El Magnicidio de Sucre

Juicio de responsabilidad penal

Armando Barona Mesa

El autor de esta obra, Armando Barona Mesa, es un abogado colombiano nacido en el Valle del Cauca, con un dilatado ejercicio profesional, especialmente en el campo del derecho penal. Hombre de estudio, también ha transitado por el terreno de la política, habiendo desempeñado todos los cargos que otorga la democracia en las corporaciones públicas. De paso ha ejercido la diplomacia como embajador de su país en varias oportunidades.

Consagrado a la historia como una pasión, es autor de varios libros de ensayos histó-

Continúa en la segunda solapa

EL MAGNICIDIO DE SUCRE
JUICIO DE RESPONSABILIDAD PENAL

El magnicidio de Sucre

Juicio de Responsabilidad Penal

Armando Barona Mesa

Cali, Colombia, 2006

Barona Mesa, Armando
El magnicidio de Sucre: juicio de responsabilidad penal/ Armando Barona Mesa. -- Cali: Editora Feriva, 2006.
256 p.; 24 cm.
ISBN 958-97794-5-X
1. Sucre, Antonio José de, 1795-1830 – Muerte. 2. Víctimas de homicidio político – Historia – América del Sur. 3. América del Sur – Historia – Guerras de independencia, 1806-1830. 4. América del Sur – Política y gobierno – Siglo XIX. I. Tít.
923.587 cd 20 ed
A1080272

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

© Armando Barona Mesa
2006

ISBN 958 - 97794 - 5 - X

Derechos reservados

Diagramación:
Departamento de Arte de Feriva S.A.

Impreso en los talleres gráficos
Impresora Feriva S.A.

Calle 18 No. 3-33
PBX: 883 1595
www.feriva.com
Cali - Colombia

INDICE

Introducción 7

Bolívar y la noticia de la muerte de Sucre

I La noticia. El hundimiento. Los recuerdos 12

II El recuerdo de los acontecimientos en Venezuela 32

III Nadie como Sucre en su afecto. Las expresiones de su dolor 43

IV Manuela en su nostalgia 48

V Reminiscencia del último viaje. El río Fin del camino 55

Sucre

I Prosapia de los Sucre. Infancia. Juventud 62

II Las derrotas. Se levantan de nuevo. Vuelven a caer 72

III Los caminos del mar. Cartagena. Haití. Naufragios. Triunfos 76

Obando

I Orígenes. El crimen. Buena fortuna 84

II La juventud. Su vida contradictoria. Su presidencia. Su condena por el Senado 99

III Al lado de Mosquera. Su muerte.
Venganza de Mosquera 109

El crimen

I La marcha de Sucre. Como Cervantes,
había perdido un brazo. 118

II Primeros indicios. El club.
Publicaciones indicadoras. La marcha.
Berruecos 123

El primer juicio

I Cartas con Flores.
Una carta comprometedora
al general Murgueitio 132

II Otros aspectos contradictorios de Obando 156

El segundo juicio

I Descubrimiento por azar. Pruebas a granel 163

II Falso que haya habido halagos
y engaños para los que confesaron 204

III El comienzo del segundo proceso 225

Epílogo 237

INTRODUCCIÓN

Presenta el autor un libro seguramente mortificante para los muchos defensores del general colombiano José María Obando, pero está convencido de que éste fue la mano ejecutora de un terrible plan cuyas intenciones se encaminaron antes a eliminar a Bolívar y posteriormente al Gran Mariscal de Ayacucho Antonio José de Sucre. Ese designio se cumplió en la siniestra encrucijada de Berruecos, paraje El Cabuyal, en un sitio preciso conocido como La Jacoba, previamente escogido por el coronel Apolinar Morillo, asesino material en compañía de otros. Éste había llegado allí con instrucciones del propio general Obando, comandante militar de la región y curiosamente también recién llegado a Pasto, conocedor como era de que por allí pasaría el Gran Mariscal. Iba, según las órdenes recibidas del alto gobierno, a impedir una acción armada sobre el territorio de la Nueva Granada por parte de Juan José Flores, ya separado de Colombia.

Mas confluyeron una serie de circunstancias en el agitado cuadro político que se vivía; y fue así como se determinó en unos sectores de la capital la muerte del Gran Mariscal y se confió el desarrollo del siniestro complot a la mano experta del general Obando. Al abominable magnicidio prestaron su concurso el indio José Erazo, comandante de la Línea de Mayo; su mujer, Desideria Meléndez; el teniente coronel del Ejército Juan Gregorio Sarria, hombre de confianza del general, y el coronel Antonio Mariano Álvarez, así mismo gran amigo de Obando. Hubo, por supuesto, otros más, todos con órdenes directas del dos veces presidente de Colombia, adalid y caudillo de los liberales, personaje por lo demás de grandes contradicciones, seguramente bajo el peso de una inentendible maldición de los dioses desde antes de nacer, como el Edipo colombiano que lo llamó Salvador Camacho Roldán.

Según esa maldición, los dioses lo transportaban unas veces a las mayores alturas para luego precipitar aparatosamente su caída. De la cima a la sima, hasta la muerte trágica, tendido en el barro, alanceado salvajemente, mutilado su rostro para quitarle el característico bigote con el que hicieron escarnio en la calles de Santafé de Bogotá.

Esta obra, precisamente por sostener la tesis de la culpabilidad de Obando a sabiendas de que casi todos los historiadores que del tema se han ocupado han defendido su inocencia, acude a todos ellos y los transcribe largamente en citas cuyo propósito es mostrar una severa imparcialidad. Pero el convencimiento de aquella culpabilidad es el trasunto de un enfoque sereno y analítico a la luz de la ciencia del juzgamiento y las pruebas judiciales, desde el punto de vista

del derecho penal que el autor ha cultivado durante más de cuarenta años de ejercicio profesional. Si le fuere posible al que esto escribe poner su corazón lo habría hecho, como lo hicieron otros, para defender a esa figura gallarda y atractiva, emblema en su época de la lucha liberal. Pero pueden más la luz de la razón y del deber histórico de narrar la verdad, que el afecto.

El tema, por supuesto, todavía resulta apasionante. Siempre estuvo aplazado por el deseo de no revivir los acontecimientos traumáticos y dolorosos de nuestro agitado existir. Mas el autor piensa que el polvo de los años no puede sepultar para siempre lo que debe ser el juicio inexorable de la Historia.

Simón Bolívar

BOLÍVAR Y LA NOTICIA DE LA MUERTE DE SUCRE

I

La noticia. - El hundimiento. - Los recuerdos

En la casa de La Popa, conocida como la quinta Quisqueya, a donde había llegado el 24 de julio de ese fatídico 1830, Bolívar cenó breve y austeramente. Después, como era su costumbre cuando el humor se lo permitía, se tomó dos copas de oporto. Le daban calor a su cuerpo atormentado por el reumatismo y la bilis. Su salud, después de los días de Turbaco, había alcanzado algún progreso. Se sentía optimista y esperaba de un momento a otro la llegada del barco inglés *Shannon* en el que viajaría a Jamaica. En realidad todo estaba preparado por el general Mariano Montilla, su gran y fiel amigo, gobernador de la provincia de Cartagena, quien no ahorró esfuerzos para hacer grata la estancia del Libertador, a quien amaba. A las nueve de la noche de ese 30 de julio hacen su arribo dos coches. Las bujías ardían despidiendo un tenue pero penetrante humo negro. Y allí están Montilla, Juan de Dios Amador y otros amigos. Bolívar sale

a recibirlos afablemente. Pero nota algo extraño en la mirada de Montilla. «¿Qué ocurre general?», interroga inquieto. «Excelencia –contesta Montilla, que sabe que va a descargar un fardo aplastante sobre la débil humanidad del héroe–: Han asesinado a Sucre antes de Pasto. Fue una emboscada en un sitio tenebroso llamado Berruecos». Bolívar se llevó ambas manos a la cabeza. «¡Imposible!, ese es el crimen de Caín, que vuelve a matar a Abel». Y todo se desplomó. Entró callado a la estancia. Su dolor era tan grande que solo el silencio y la soledad podrían mitigarlo. Amablemente pidió a los visitantes, sus amigos, que le dejaran solo, y antes de que se retirasen exclamó: «Tenía el presentimiento de que si viajaba por tierra lo asesinaría Obando».

Nadie ocupaba un espacio mayor de admiración en el afecto de Bolívar que el Gran Mariscal. Precisamente lo había descrito, como lo observa Luis Peru Delacroix en la importante obra de confidencias que llamó *El diario de Bucaramanga*:[1] «Sucre es caballero en todo; es la cabeza mejor organizada de Colombia; es metódico; capaz de la más altas concepciones; es el mejor general de la República, y el primer hombre de Estado. Sus ideas son excelentes y fijas; su moralidad ejemplar; grande y fuerte su alma. Sabe persuadir y conducir a los hombres; los sabe juzgar, y si en política no es un defecto el juzgarlos peores de lo que son en realidad, el general Sucre tiene el de manifestar demasiado los juicios desfavorables que hace de ellos. Otro defecto del general Sucre es el de querer mostrarse en extremo sencillo,

[1] *Diario de Bucaramanga*, Luis Peru Delacroix.

muy popular, y el de no saber ocultar que en realidad no lo es. ¡Pero qué ligeras manchas sobre tantos méritos, tantas virtudes que no se muestran, y que para verlas es menester un ojo muy observador! A todo esto añadiré que el Gran Mariscal de Ayacucho es valiente entre los valientes, leal entre los leales, amigo de las leyes y no del despotismo, partidario del orden, enemigo de la anarquía, y, finalmente, un verdadero liberal».

Bolívar conocía a los hombres. Era apasionado, certero y analítico en su juicio en relación con ellos, ciertamente, y poseedor de una honda penetración de los seres humanos. En esas confidencias que tuvo con su amigo el general Peru Delacroix en la Casona de Bucaramanga donde se hospedó cuando la Convención de Ocaña, había descrito a José Hilario López y a José María Obando con pinceladas de gran desprecio y precisión. Eran sus enemigos más cerrados e intransigentes. «López –anota Peru como expuesto por Bolívar– es un malvado, un hombre sin delicadeza y sin honor… Todo su saber consiste en el engaño, la perfidia y la mala fe, en una palabra, es un canalla.» Y de Obando: «Más malvado que López, peor si es posible. Es un asesino con más valor que el otro; un bandolero audaz y cruel; un verdugo asqueroso y un tigre feroz no saciado todavía por la sangre colombiana que ha derramado»[2].

López, a la sazón, era gobernador en Neiva. Obando era comandante en las provincias del Sur y recién había llegado a Pasto. Ambos tenían mando en momentos de una

[2] *Diario de Bucaramanga*, Luis Peru Delacroix.

gran agitación política. Desde 1828 las pasiones se habían desbordado. Bolívar, al asumir la dictadura, se convirtió para la facción de los demócratas liberales, a cuya cabeza se acreditaba al general Santander, en un oprobioso tirano. La conspiración septembrina dejó mayores heridas y rencores, que ni el Libertador ni nadie pudo menguar. Santander, a la sazón, estaba en Europa desterrado. Su pena de muerte había sido conmutada por el destierro, después de los días aciagos de su terrible prisión en las bóvedas de Bocachica, en Cartagena, donde fue recluido un tiempo largo a la espera de la orden de su partida. Entonces, por ese motivo, se había profundizado más la división feroz. Y los liberales, sin la dirección de Santander, al fin y al cabo moderado por temor al juicio de la historia, escribían en todas las publicaciones de que disponían encendidas proclamas, ya no contra la dictadura que había cesado, sino contra los sucesivos gobiernos que siguieron al del Libertador: el provisional del general Domingo Caicedo, el de don Joaquín Mosquera, breve y poco comprometido en los bandos, y el del general Rafael Urdaneta, fruto de un golpe de estado.

En precedencia había tenido lugar, aún en el gobierno del Libertador, un suceso aparentemente sin mucha importancia, pero agrandado por esa oposición feral e intransigente. Esa gran turbulencia se produjo cuando un gabinete al que pertenecían José María del Castillo y Rada y el general Rafael Urdaneta se atrevió a darles a conocer a unos visitantes ilustres de nacionalidad francesa –enviados por el rey de Francia Carlos X–, el conde de Bresson y el duque de Montebello, ambos entusiastas bolivarianos y amigos de que en Colombia se instaurara una monarquía constitucional

con la presencia de Bolívar, que acababa de llegar de una gira, según apunta Guillermo Ruiz Rivas,[3] una decisión que decía así: «El Consejo de Ministros, después de un detenido estudio sobre la forma de gobierno que más conviene a la Nación, acordó por unanimidad que la monarquía constitucional presenta todo el vigor y estabilidad que debe tener un gobierno bien cimentado; al mismo tiempo que da a los pueblos y a los ciudadanos cuantas garantías necesitan para asegurar su bienestar y prosperidad». Bolívar se quedó atónito y rechazó sin ambages la «decisión del Consejo de Ministros».

Por la mente del Libertador no pasaba la idea de un trono. Pero por la de sus seguidores, sí. Las pasiones habían subido tanto su nivel, que los bolivarianos entendían que lo único que podría salvar los destinos de un país desangrado, pobre, sin industrias, montañoso, era una mano dura pero constitucional, ostentando el máximo del poder. Joaquín Posada Gutiérrez,[4] encendido bolivariano, expresa sobre este mismo punto y momento histórico: «Establecer una monarquía constitucional en Colombia era, lo repito, una idea irrealizable, imposible, pero nacida del más puro patriotismo en los que sinceramente deseaban evitar su disolución y establecer un gobierno que, en su concepto, aseguraba la libertad civil, la libertad verdadera de que goza el pueblo más poderoso de la tierra».

---

[3] Autor citado, *Simón Bolívar más allá del mito*.
[4] Autor citado, *Memorias histórico-políticas*.

El gabinete, por decisión del Libertador presidente, renunció; pero no obstante esa medida, entre los enemigos de éste pertinazmente cundió la idea de que estaba acariciando la posibilidad de erigirse en rey, monarquía que por cierto ya antes había rechazado, cuando estaba en la cúspide de su gloria en la ciudad de Lima. Y de allí se acrecentaron más los sentimientos de repudio al dictador y a la casta de militares venezolanos o espadones, como se les llamaba, que se habían quedado en la Nueva Granada, próxima a separarse de la Gran Colombia, para seguir, con sentido realista, el ritmo separatista iniciado por Páez en Venezuela y Flores en el Ecuador. Eran momentos en los cuales el espíritu de lucha se había doblegado en Bolívar, abatido por la enfermedad, cansado y lleno de desengaños. No era la tuberculosis, como casi siempre se creyó, la que quebrantaba su aliento vital, sino un absceso de amibas en la vesícula biliar que infectó y terminó socavando y destruyendo el pulmón derecho.

Guillermo Ruiz Rivas[5] cita un concepto del médico colombiano Luis Ardila Gómez en el que expone sobre ese tema específico: «Desde cuando el doctor Alejandro Próspero Reverend en sus boletines clínicos diarios y en la diligencia de autopsia sentó la tesis de que Bolívar había muerto a consecuencia de una tuberculosis pulmonar, los historiadores, de manera unánime, y con ellos la opinión universal, aceptaron ese diagnóstico como verdad inconcusa. Y sin embargo, el estudio atento de la escasa y vaga

[5] Autor, obra citada.

documentación histórica que tenemos está lejos de reunir las exigencias mínimas esenciales para que se le acepte siquiera como criterio de aproximación y de probabilidad. Se comprende sin dificultad que las condiciones incipientes y en gran parte erróneas en que se encontraba la medicina en aquella época remota, no permiten abarcar la totalidad científica de la cuestión para llegar a una certidumbre. Se siente el ánimo conturbado ante la penosa tarea de revisar las doctrinas patológicas reinantes en aquellos tiempos y la falta de datos que hubieran sido preciosos para llegar al descubrimiento de la verdad. Pero la confrontación de aquellos relatos inconexos con el estado actual de los conocimientos científicos, deja en el espíritu la impresión nítida de que está muy lejos de poder aceptarse sin reparo el diagnóstico de tuberculosis pulmonar. En tal sentido, llama en primer término la atención la brevedad inverosímil de la dolencia. De acuerdo con los boletines médicos emitidos desde su llegada a Santa Marta hasta el día de su muerte, la enfermedad tuvo exactamente diecisiete días de duración, es decir, desde el primero hasta el diecisiete de diciembre de 1830. Se podría argüir, naturalmente, que la infección pulmonar venía evolucionando desde mucho tiempo atrás y que el Libertador no se dirigió a Santa Marta sino cuando la gravedad de sus padecimientos lo hizo presentir que la muerte estaba cercana.

«No concuerda, sin embargo, tal interpretación con las informaciones que sobre el particular nos proporciona la historia. (…) Me ha sido imposible, desde luego, hallar alguna luz que permitiera inferir desde cuándo, aproximadamente, se sentía enfermo el grande hombre y esta es una de las deficiencias incomprensibles de la anamnesis, pero

se aplican en hechos sucedidos hace ya más de un siglo. Parece, de todos modos, que el Libertador gozaba de buena salud hasta poco antes de su llegada a Santa Marta, a juzgar por las siguientes frases que copio literalmente del relato que hace el doctor Reverend: "En esta primera conversación, que tuvo lugar ya en castellano, ya en francés, me enteré de que él (el Libertador) había desdeñado la asistencia de los médicos al principio de su enfermedad, que comenzó por un catarro en Cartagena, curándose él mismo, como lo acostumbraba, mediante un tratado de higiene que siempre llevaba consigo, y que él había venido embarcado para desocupar su estómago de bilis por medio del mareo, así como lo logró (...) y que, a pesar de su repugnancia a los auxilios de la medicina, él tenía la esperanza de que yo lo pondría bueno, por su cuerpo virgen de remedios (sic)". De lo transcrito se deduce claramente que el enfermo no se sentía grave cuando llegó a Santa Marta, puesto que abrigaba la esperanza de una curación rápida, y tampoco parece razonable suponer que la enfermedad viniera evolucionando desde mucho tiempo atrás, porque los síntomas de una tuberculosis pulmonar que mata al enfermo en diecisiete días tenían que ser lo bastante graves para obligarlo a buscar los auxilios de la medicina, aun como una manifestación instintiva.

«Y si cuando una tisis común acaba con el enfermo en seis meses hablamos de evolución rápida de la enfermedad, ¿qué decir de este caso insólito en el que el diagnóstico y la muerte se hallan separados por un lapso de diecisiete días?

«Pero el análisis del cuadro sintomático proporciona elementos de juicio mucho más convincentes que este

argumento indirecto fundado en la rapidez del proceso. De los boletines clínicos del doctor Reverend se deduce claramente que los síntomas cardinales de la enfermedad del Libertador eran los siguientes: tos, expectoración, fiebre, dolor retroesternal, adelgazamiento progresivo y anorexia. Ya dije en el capítulo respectivo que todos estos síntomas son comunes a una caverna tuberculosa en evolución y a un absceso amibiano del hígado abierto en los bronquios. Y si en el estado actual del progreso científico resulta todavía difícil el diagnóstico diferencial entre estas dos afecciones, cuando para hacerlo se dispone solamente de elementos clínicos y la certidumbre tan sólo se logra hoy mediante la radioscopia y el examen bacteriológico de los esputos, ¿qué pensar de las dificultades que la solución del problema tenía en aquella época lejana, cuando los recursos de laboratorio ni siquiera se sospechaban todavía?

«Pero hay más aún. El médico de cabecera de Bolívar insiste en casi todos sus boletines diarios en que el hipo torturaba al enfermo de manera casi constante, a todo lo largo de su penosa dolencia. Y aunque posible naturalmente como fenómeno esporádico en cualquier momento de su evolución, la patogenia de este hipo persistente no encaja cómodamente dentro del diagnóstico de una tuberculosis pulmonar. Nueve veces de cada diez –afirma un sabio clínico francés– el hipo tiene un origen gástrico. Y ya dije también en el capítulo correspondiente de qué manera franca y tenaz repercute sobre el estómago la amibiasis del hígado y de las vías biliares.

«Como si no fuese bastante lo anotado hasta ahora, el doctor Reverend agrega que el enfermo, en los últimos días de su vida, presentó síntomas inequívocos de una cistitis,

con emisión involuntaria de orina. También este síntoma concuerda admirablemente con el que se observa en la evolución de la amibiasis intestinal y hepática, según lo expliqué en el lugar correspondiente.

«Tampoco puede pasar inadvertido el hecho, repetidamente subrayado por el médico del Libertador, de que los esputos tenían siempre cierta coloración verdosa. Bien sabido es que la tisis común, en cualquier momento de su evolución, pudiera dar esputos con ese carácter, pero resulta muy singular la persistencia de tal coloración, que hace pensar involuntariamente en el color de la bilis.

«Con ser muy elocuentes las constataciones que dejo anotadas para llegar a una rectificación del diagnóstico, más poderosos me parecen aun en tal sentido los resultados de la autopsia, que como se puede inferir sin dificultad, fue labor incompleta, deficiente e inspirada, desgraciadamente, en los errores médicos que dominaban en aquella época. A despecho de tales lagunas, la diligencia necroscópica proporciona datos de sumo interés, como vamos a verlo.

«"El estómago –dice literalmente el doctor Reverend– dilatado por un color amarillento del que estaban fuertemente impregnadas las paredes". En un movimiento retrógrado, diríamos ahora de manera exacta y precisa, que la bilis había refluido al estómago impregnando fuertemente las paredes. Y continúa el doctor Reverend: "El hígado, de un volumen considerable, estaba un poco escoriado en su superficie convexa. La vejiga de la hiel muy extendida". Traducido al lenguaje actual, esta aseveración se enunciaría así: El hígado, bastante aumentado de volumen y lesionado en su superficie convexa, y la vesícula biliar distendida muy por

encima de su tamaño normal, delataban la existencia evidente de un proceso inflamatorio de tales órganos, es decir, que la autopsia vino a demostrar, de manera cierta, que existía una hepatitis y una colecistitis. Y viene ahora la más interesante de las constancias de la autopsia. "De los dos lados superior y posterior estaban adheridas las pleuras costales por producciones semimembranosas; endurecimiento de los dos tercios superiores de cada pulmón; el derecho, casi desorganizado, presentó un manantial abierto del color de las heces de vino"... Al abrir el pulmón derecho –diríamos ahora con propiedad– se encontró un absceso cuyo pus de color oscuro había destruido, casi por completo, el órgano. "El izquierdo –prosigue la diligencia de la autopsia– aunque menos desorganizado, ofreció la misma afección tuberculosa y dividiéndola con el escalpelo se descubrió una concreción calcárea irregularmente angulosa del tamaño de una pequeña avellana". Este nódulo de calcificación lo conservó el doctor Reverend, según su propio testimonio.

«Tenemos en resumen que en el pulmón izquierdo se halló un foco tuberculoso curado por calcificación, hallazgo vulgar que nada significa, puesto que vestigios semejantes de una infección antigua vencida por las defensas orgánicas naturales, se encuentran con mucha frecuencia en la autopsia de personas sanas, que han muerto a consecuencia de un accidente traumático o de otro orden. El pulmón derecho, por el contrario, estaba casi completamente destruido por un absceso cuyo pus oscuro fluyó en abundancia al abrir el órgano. Resulta sumamente significativo el hecho de que fuera precisamente el pulmón derecho, es decir, el que está colocado encima del hígado y en íntimo contacto

patológico con él, el que presentara las lesiones capaces de explicar suficientemente la muerte del enfermo, y aunque se pudiera pensar que esta circunstancia obedeció a una simple casualidad, los síntomas concomitantes a que me acabo de referir en este análisis nosográfico no permiten llegar a tal conclusión eventual. El color del pus, por otra parte, inclina decididamente al ánimo a pensar que se trataba de un pus hepático, puesto que no habiendo existido en toda la enfermedad una hemoptisis, pero ni siquiera alguna tendencia hemoptoica, la coloración del pus no tendría explicación satisfactoria si se hubiera de admitir que era de origen exclusivamente pulmonar. (…)

«Con lo dicho queda demostrado que, vistas las cosas a través de una información clínica y necroscópica tan deficiente como la que, por razones explicables, nos proporciona la historia, y confrontando tanto el cuadro en conjunto como los elementos que lo integran, con los conocimientos científicos actuales, el criterio de probabilidad se inclina a concluir, con poderosas razones, que el Libertador Simón Bolívar no murió a consecuencia de una tuberculosis pulmonar, como se venía creyendo hasta ahora, sino de un absceso amibiano del hígado abierto en los bronquios porque no hay ninguno de los síntomas comprobados que no concuerde con este diagnóstico, mientras que, por el contrario, sería preciso forzar un tanto la interpretación para encajar el conjunto dentro de la concepción de una tuberculosis pulmonar. [6] »

[6] Luis Arcila Gómez, *La amibiasis intestinal y hepática en Colombia*, citado por Guillermo Ruiz Rivas, *Simón Bolívar más allá del mito*.

Al iniciar ese año 1830, el más ferviente deseo de Bolívar era dejar el mando. Si bien era un hombre curtido en la dureza de la guerra, con la inclemencia de las privaciones, de los climas, de la incertidumbre de un día sí otro no de existencia, resuelto a dar la vida en cualquier momento, o a quitarla, culminada su obra tenía la aspiración de que en sus compatriotas hubiese un reconocimiento a todos esos desvelos y fatigas de la víspera y a su voluntad y talento, conductores de la gigantesca hazaña. Pero eso no era lo que vivía por entonces, porque estaba rodeado de incomprensiones y de odios.

El golpe de la noche septembrina había penetrado muy hondo en los bastidores de su vida afectiva. Y él, como casi todos los seres humanos, sufría las punzadas del sentimiento de ingratitud y el desengaño, que expresó en sus cartas repetidamente y que lo hizo pensar con dolor que «aré en el mar y edifiqué en el viento». Por esa razón quiso que en la ciudad de Ocaña se hubiera dictado una nueva Constitución que le permitiera irse del gobierno con las garantías suficientes de que la patria nueva no cayera en el caos que él presentía.

Ni siquiera estuvo en Ocaña para no presionar con su presencia las deliberaciones de aquellos a los que él había entregado la libertad. Oscar Aguirre Gómez apunta sobre el encanto y la capacidad personales de Bolívar con sus interlocutores una interesante anécdota de Santander. Cuando en la Convención de Ocaña se dijo que Bolívar, a la sazón en Bucaramanga, se aprestaba para ir hasta aquella ciudad, Santander dizque exclamó: «Que no venga. Tal es su influencia y la fuerza secreta de su voluntad, que yo mismo,

infinitas ocasiones, me he acercado a él lleno de venganza, y al sólo verle y oírle, me he desarmado y he salido lleno de admiración. Ninguno puede contrariar cara a cara al General Bolívar, ¡y desgraciado del que lo intente! Un instante después ha confesado su derrota…»

Claro que Bolívar no fue a Ocaña, Pero se mantuvo en esa discreta cercanía de Bucaramanga, donde pasó un tiempo de meditación que recoge en su libro el general Peru Delacroix, como ya se comentó.

Pero sus opositores eran tan fuertes, que la Convención se disolvió sin haber llegado a los acuerdos básicos; y los odios adquirieron mayores dimensiones. Es entonces cuando Bolívar, de regreso a Bogotá, asume los poderes dictatoriales que tanto irritaron a sus adversarios y que, ciertamente, constituyen un lunar en la vida del gran caraqueño. Vendría todo ese negro itinerario del atentado y el estado de conspiración permanente. Con mayor convicción comprende que antes de que todo se desplome es preciso intentar la adopción de una nueva Constitución que otorgue la carta de navegación a la República, en un ambiente en el que prive solo el amor a la patria por encima de las banderías o partidos. Y así, con su convencimiento más sincero de estadista, convoca el que él mismo llamó el "Congreso Admirable", que era una asamblea constituyente, la cual debía reunirse en enero de 1830. Vendrían delegados escogidos por asambleas locales de todos los confines de Colombia.

Entre otros también lo haría, como delegado por el departamento del Ecuador, el mariscal Francisco José de Sucre. Y precisamente por sus altos méritos, el último de los cuales

era la reciente victoria contra los invasores peruanos en el Portete de Tarqui, fue elegido presidente.

El 13 de septiembre de 1829, desde la ciudad de Guayaquil a donde se había trasladado Bolívar después de la batalla del Portete de Tarqui, le envía una extensa misiva a su edecán Daniel Fulgencio O'Leary[7] de la que vale la pena extraer esta parte que revela el pensamiento claro del héroe en relación con la contumelia de ambicionar la monarquía, y toda esa precipitación de hechos en el mar encrespado de sus opositores. Nunca un documento del Libertador fue tan clarividente y tan sesudo como este:

«La fuerza de los sucesos y de las cosas impele a nuestro país a este sacudimiento o llámese mudanza política. Yo no soy inmortal; nuestro gobierno es democrático electivo. De contado las variaciones que se puedan hacer en él no han de pasar de la línea de provisorias; porque hemos de convenir en que nuestra posición o estado social es puramente interino. Todos sabemos que la reunión de la Nueva Granada y Venezuela existe ligada únicamente por mi autoridad, la cual debe faltar ahora y luego, cuando quiera la Providencia, o los hombres. No hay nada tan frágil como la vida de un hombre; por lo mismo, toca a la prudencia precaverse para cuando llegue ese término. Muerto yo ¿qué bien haría a esta república? Entonces se conocería la utilidad de haber anticipado la separación de esas dos secciones durante mi vida; entonces no habría mediador ni amigo ni consejero común. Todo sería discordia, encono, división.

---

[7] *Simón Bolívar. Obras completas*, tomo III.

«Supongamos que la sabiduría del Congreso constituyente que va a reunirse en enero lograra acertar en sus reformas legislativas, ¿cuáles pueden ser éstas? Consultemos la extensión de Colombia, su población, el espíritu que domina, la moda de las opiniones del día, el continente en que se halla situada, los estados que la rodean y la resistencia general a la composición de un orden estable. Encontraremos por resultado una serie de amenazas dolorosas que no nos es dable desconocer. Nuestra extensión exige una de dos especies de gobierno enteramente opuestas, y ambas a dos extremadamente contrarias al bien del país: la autoridad real, o la liga general son las únicas que nos pueden convenir para regir esta dilatada región. Yo no concibo que sea posible siquiera establecer un reino en un país que es constitutivamente democrático, porque las clases inferiores y las más numerosas reclaman esta prerrogativa con derechos incontestables, pues la igualdad legal es indispensable donde hay desigualdad física, para corregir en cierto modo la injusticia de la naturaleza. Además, ¿quién puede ser rey en Colombia? Nadie, a mi parecer, porque ningún príncipe extranjero admitiría un trono rodeado de peligros y miserias; y los generales tendrían a menos someterse a un compañero y renunciar para siempre la autoridad suprema. El pueblo se espantaría con esta novedad y se juzgaría perdido por la serie de consecuencias que deduciría de la estructura y base de este gobierno. Los agitadores conmoverían al pueblo con armas bien alevosas y su seducción sería invencible, porque todo conspira a odiar ese fantasma de tiranía que aterra con el nombre solo. La pobreza del país no permite la erección de un gobierno fastuoso y que consagra todos los abusos del

lujo y la disipación. La nueva nobleza, indispensable en una monarquía, saldría de la masa del pueblo, con todos los celos de una parte, y toda la altanería de la otra. Nadie sufriría sin impaciencia esta miserable aristocracia cubierta de pobreza e ignorancia y animada de pretensiones ridículas… No hablemos más, por consiguiente, de esta quimera.»

Quienes hayan podido, por ignorancia, dudar en relación con la muy clara definición del pensamiento bolivariano en cuanto al rechazo de una monarquía, tienen en este documento de extraordinario dominio del tema y de fino análisis político, una respuesta unívoca y directa.

El 20 de enero de este agitado año de 1830 se instaló el Congreso Admirable en Santafé de Bogotá. Bolívar estuvo presente y pronunció un emotivo discurso. Luego, con humildad republicana, salió hacia palacio y dejó a los congresistas instalados y deliberando. Ante esa augusta Corporación había cesado en las funciones de dictador que antes, por sí y ante sí, se había arrogado en el entendido de que, como Cincinato, podía sortear las dificultades de una gran crisis política ejerciendo el poder omnímodamente para luego retornar a la normalidad y a la sencillez del ciudadano común y corriente.

Al llegar a la sede del gobierno redactó otro documento en que se descubre su sinceridad y el deseo de retirarse definitivamente de los destinos públicos:

«Hoy he dejado de mandaros. Veinte años ha que os he servido en calidad de soldado y magistrado. En este largo período hemos reconquistado la patria, libertado tres repúblicas, conjurado muchas guerras civiles, y cuatro veces he devuelto al pueblo su omnipotencia, reuniendo espontánea-

mente cuatro congresos constituyentes. A vuestras virtudes, valor y patriotismo se deben estos servicios; a mí la gloria de haberlos dirigido… Escuchad mi voz: al terminar mi carrera política, a nombre de Colombia os pido, os ruego que permanezcáis unidos para que no seáis los asesinos de la patria y vuestros propios verdugos.»

Ciertamente, frente a un escrito de esta naturaleza en que un hombre que tanto ha luchado hace ostentación de su desprendimiento y deja el poder ante un Congreso soberano y determina el fin de su carrera política, la historia no puede otra cosa que admirar al coloso de la libertad, así hubiese tenido muchas deficiencias humanas.

Leamos lo que anota el historiador ya citado Guillermo Ruiz Rivas[8] sobre el desarrollo de los sucesos en ese momento: «Conservando su posición presidencial, mientras el Congreso resolvía sobre su renuncia, Bolívar encargó de la Presidencia al general Domingo Caicedo, en su calidad de dignatario del Consejo de Ministros. Caicedo se hizo cargo del puesto el 1º. de marzo. Con esto terminó la dictadura, pues el encargado restableció la libertad de imprenta, lo que inmediatamente aprovecharon los periodistas de la oposición para reanudar sus tiros contra el gobierno.»

Y vino una vez más la agitación y el disgusto. Los bolivarianos, especialmente los venezolanos, querían que su jefe volviera a asumir el mando. Los santanderistas –en ausencia del desterrado– encendieron con mayor ahínco sus diatribas. Se combatía con ardor, mientras el Congreso

[8] Autor citado, *Simón Bolívar más allá del mito*, tomo II.

estudiaba las bases de la nueva Carta Política, en los albores de la desintegración inevitable de esa Colombia grande que había forjado Bolívar como su gran obra y que él sabía, como acaba de leerse, que desaparecido él del gobierno, también desaparecería.

Bolívar, por los quebrantos de salud, se había dirigido a pasar una temporada en la quinta de Fucha, de su amigo el general Domingo Caicedo, encargado, como ya ha sido dicho, por designación del propio Libertador, del poder ejecutivo. Pero estaba atento al desarrollo de todos los sucesos y, lamentablemente, a pesar de sus palabras reiterativas, aun calaban en su ego las aspiraciones de sus amigos más allegados que lo veían como insustituible en la dirección del Estado.

O sea que Bolívar un día pensaba en el abandono del poder y en su viaje a Europa, pero al siguiente reconsideraba la posibilidad de seguir como presidente si el Congreso lo elegía. Mas en verdad nada hizo de maquinación en aras a lograr ese objetivo.

Entretanto el general José Antonio Páez, a la sazón jefe civil y militar en el departamento de Venezuela, había hecho las primeras manifestaciones de separación. Los venezolanos estaban lanza en ristre contra Bolívar en quien veían un bastión en contra de sus intereses y ambiciones.

Ante el conocimiento de los sucesos en Venezuela, el Congreso, en un esfuerzo desesperado, decide mandar a Sucre y al obispo Esteves, presidente y vicepresidente del cuerpo legislativo, respectivamente, en una embajada de diálogo con Páez y sus amigos. Y Sucre y su compañero, sin pérdida de tiempo, emprenden el largo viaje. Pero todo

iba al rumbo vertiginoso de una nave ebria. Y no los dejan entrar a Venezuela. No obstante, el Gran Mariscal no se desanima. Él también era venezolano. Entonces envía una nota al líder Páez solicitándole que designe una comisión de diálogo. Éste lo hace y se tienen que reunir en la Villa del Rosario de Cúcuta, o sea, sin penetrar al territorio de la hasta ayer hermana nación en el conjunto de esa Gran Colombia. Total, nada facilita un avenimiento. Las cartas del destino ya estaban echadas y los comisionados Sucre y Esteves deben regresar con una gran frustración.

II

El recuerdo de los acontecimientos en Venezuela

En las meditaciones que provoca la noticia aterradora del alevoso crimen del noble Sucre, rememora Bolívar la celeridad con que se habían precipitado los acontecimientos en Venezuela. Por supuesto que eran reflejo de las violentas expresiones de rechazo a la política de Bolívar, coyuntura ideal para las ambiciones inconmensurables del general José Antonio Páez, mano escondida y sibilina en todos los sucesos que de manera inmediata iban a desarrollarse, precisamente en la patria del Libertador. Todo esto se había desarrollado en el año de 1829. O sea que cuando Sucre llega en los comienzos del año 30 ostentando la alta representación del Congreso, realmente el nudo gordiano había sido cortado en un camino sin regreso por Páez, mientras Bolívar, como se anotó, se ha retirado del poder y cuece sus dolamas a fuego lento en la casa campestre del general Domingo Caicedo.

José Manuel Restrepo [9] pinta estos antecedentes en los siguientes términos: «El proyecto de monarquía, concebido por el consejo de ministros y adelantado hasta el punto que hemos visto, sirvió admirablemente a los enemigos de Bolívar para pintarle como un ambicioso que deseaba coronarse y dominar a los pueblos con un cetro de hierro. En vano quisiéramos excusar a Páez y a otros magnates de Venezuela de que no contribuyeran a extender y acreditar esta calumnia, que tanto convenía a sus miras de futuro engrandecimiento. Aunque es cierto que el primero tuvo desde el principio noticia comunicada particularmente por el ministro de la guerra Urdaneta, sin que se opusiera al proyecto, pues solamente exigió saber lo que pensara el Libertador, y aunque le enviara con este fin al comandante José Austria, quien fue hasta Quito; con todo, tenemos datos para creer que Páez no obró en este negocio con la franqueza que aparentaba en sus cartas particulares. Toda su conducta en aquel tiempo y sus hechos posteriores nos persuaden, que aparentando a los miembros del gobierno de Bogotá que procederían de acuerdo con sus miras se aprovechó diestramente de las circunstancias a fin de abrirse el camino para obtener la primera magistratura de un Estado independiente rompiendo la unión colombiana.»

En tales condiciones, y sin que se viera la mano de Páez, el pueblo fue convocado en Caracas a un cabildo y, con la presencia de unas quinientas personas, entre las que obviamente no se encontraba el general Páez, sesionó los días 25 y 26 de noviembre de ese mismo año 1829. Se dio

[9] *Historia de la revolución de la república de Colombia*, tomo 6.

comienzo a la reunión, a manera de legitimación de lo que allí acordaran, con la lectura de una circular que el mismo Bolívar les había enviado a los venezolanos, cuyo propósito era concitarlos a que expresaran con franqueza sus deseos y anhelos insatisfechos a fin de resolverlos a su favor, pero dentro de la integridad de la república. Lo pertinente de tal mensaje dice: «...He mandado publicar una circular convidando a todos los ciudadanos y corporaciones para que expresen formal y solemnemente sus opiniones. Ahora puede usted instar legalmente para que el pueblo diga lo que quiera. Ha llegado el caso en que Venezuela se pronuncie sin atender a consideración alguna más que el bien general. Si se adoptan medidas radicales para decir lo que verdaderamente ustedes desean, las reformas serán perfectas y el espíritu público se cumplirá. El comercio abrirá sus fuentes, y la agricultura será atendida sobre toda cosa. En fin, todo se hará como ustedes lo quieran. Yo no me atrevo a indicar nada porque no quiero salir responsable estando resuelto a no continuar en el mando supremo...»

Y, ¿qué pasó en la susodicha asamblea ? Que los asistentes tomaron literalmente el párrafo transcrito y se dieron el alcance pleno de autoridad constituyente. Y el día 26 promulgaron la declaración cuyo texto, citado por el mismo historiador Restrepo, es el siguiente:

«Primero, separación del gobierno de Bogotá y desconocimiento de la autoridad del general Bolívar, aunque conservando siempre paz, amistad y concordia con sus hermanos de los departamentos del centro y sur de Colombia, para entrar a pactar y establecer lo que convenga a sus intereses comunes.

«Segundo, que se dirija el acta justificativa del proceder y que contenga estas resoluciones al excelentísimo señor general jefe superior (este por supuesto es Páez), pidiéndole que consulte la voluntad de los departamentos que forman la antigua Venezuela, y se sirva convocar con toda la brevedad posible las asambleas primarias en todo el territorio de su mando, para que según las reglas conocidas se haga el nombramiento de electores y sucesivamente el de representantes que deben componer una convención venezolana para que tomando en consideración estas bases, proceda inmediatamente al establecimiento de un gobierno republicano, representativo, alternativo y responsable.

«Tercero, que esta convención extienda el manifiesto que se dirigirá a nuestros hermanos de Colombia y a todo el orbe, expresando las razones que imperiosamente han ocasionado esta resolución.

«Cuarto, que S.E el benemérito general José Antonio Páez sea jefe de estos departamentos, y que reuniendo como reúne la confianza de los pueblos, mantenga el orden público y todos los ramos de la administración bajo las formas existentes, mientras se instala la convención.

«Quinto, que Venezuela, aunque impelida por las circunstancias, ha adoptado medidas relativas a su seguridad, separándose del gobierno que la ha regido hasta ahora, protesta que no desconoce sus compromisos con las naciones extranjeras, ni con los individuos que le han hecho suplementos para consolidar su existencia política, y espera que la convención arregle estos deberes de justicia del modo conveniente». El acta que contenía estas resoluciones se firmó por cuatrocientas ochenta y seis personas.

Tres comisionados, los señores Alejo Fortique, Félix M. Alonso y Antonio Leocadio Guzmán, llevan el acta a Valencia, donde se encuentra en discreto retiro el general Páez, y le exigen que se ponga al frente del gobierno del naciente estado. Pero Páez, taimado y escurridizo, analiza de un lado la victoria que ha obtenido el ejército libertador en Portete de Tarqui, y de otro la suerte aciaga que ha corrido el general José María Córdoba, levantado en armas y muerto a machetazos en El Santuario. Y piensa, con alguna prudencia, que ese mismo sino bien podría ser el suyo. Entonces, mientras se reúne el Congreso Admirable, escribe al ministro del Interior –cuyo destino era el propio Libertador– una extensa misiva en cuyos apartes finales[10] expresa: «Ahora es la oportunidad para escribir a usted a fin de que se sirva ponerlo en conocimiento del consejo de gobierno, añadiéndole que si la separación de Venezuela es un mal, ya parece inevitable porque todos los hombres la desean con vehemencia, creo no dejan pasar esta ocasión sino a costa de sacrificios sangrientos, horrorosos y desgraciados. La opinión es general, superior al influjo de todo hombre que es en realidad la opinión del pueblo. Yo no me he querido mezclar en nada, porque S.E. el Libertador me ha prevenido que deje a los pueblos obrar y decir lo que quieran con entera franqueza y libertad. Así lo han hecho, y yo por mi parte diré que he llenado mis deberes si sosteniendo el régimen jurado puedo mantener el orden, la tranquilidad y la administración hasta que el congreso constituyente resuelva en la materia. Así lo

[10] Cita de José Manuel Restrepo, obra citada.

he encargado a todas las autoridades que están bajo de mi mando en estas provincias, dando órdenes al mismo tiempo para que se conserve el respeto, veneración y obediencia a S.E., el Libertador presidente».

Carta maestra de estratega astuto e inasible, porque era precisamente él quien alentaba la revolución. Y así llegan, animados por el propio general Páez, otros pronunciamientos de todas la provincias de Caracas y de Carabobo, algunos de las cuales envían al Congreso Constituyente Admirable. Pero para los otros no se dan ese trabajo. Son publicados por bandos y carteles en las esquinas, en medio de algazaras. Valencia y Puertocabello se suman igualmente.

El 28 de septiembre de ese año 29, los notables de Valencia suscriben su segunda acta y en ella son los primeros en consignar el destierro de Bolívar. Abominable honor. Entonces, para diciembre, el León de Apure ve la manzana jugosa y madura. Y se muestra en todo el esplendor del nuevo jefe.

Restrepo[11] describe así estos hechos: «Entre tanto habían corrido los meses de noviembre y gran parte de diciembre. Páez, luego que vio el apoyo que tenía en los pueblos el proyecto de separación, abandona su moderación aparente. Trasládase a Caracas al terminar diciembre, aprueba lo hecho y ofrece sostener con las armas el pronunciamiento de la capital y demás pueblos de Venezuela que lo habían seguido. Escribió al mismo tiempo una carta particular a Bolívar, manifestándole su resolución y excitándole a que

[11] Historiador José Manuel Restrepo, obra citada.

no se empeñara en contrariar la voluntad decidida de los venezolanos; que si los atacaba, el país entero se cubriría de guerrillas que lo destruirían; y que por último recurso más bien se entregarían a los españoles. No creemos que Páez y sus partidarios hubieran pensado jamás en cumplir esta amenaza criminal; ella era sin duda el peor medio para inclinar el ánimo constante del Libertador. Los valientes no ceden ni se arredran con amenazas».

Pero viene algo bien curioso. Cuando se pensaba que Bolívar se opondría fuertemente a la segregación de su patria venezolana, precisamente porque eso era lo que más deseaban sus enemigos políticos en la Nueva Granada, hacia los finales de ese año 29, encontrándose aún en el Ecuador, y notificado de la carta de Páez por el consejo de ministros, él da su opinión favorable.[12] Considera el Libertador que la separación de su país no solo es conveniente sino inevitable.

Con muchas otras demostraciones separatistas, Páez asume el mando y mediante decreto crea tres secretarías. La primera, en la que fue nombrado el doctor Miguel Peña, se encargaba del Interior, Justicia y Policía. La segunda se encargaba de la Hacienda, y la tercera era el despacho de Guerra y Marina para el cual fue nombrado el general Carlos Soublette, héroe de la independencia de la Nueva Granada.

Y así constituido el nuevo estado y su gobierno, el mismo Páez convocó un congreso constituyente, sin importarle el que en el próximo enero habría de reunirse en Bogotá.

---

[12] Restrepo, ibídem.

Entretanto y en medio de las negras nubes de la disolución, en los primeros días de ese tormentoso enero de 1830 comienzan a arribar los diputados al congreso en Bogotá. Bolívar, que como se ha apuntado se encuentra en el Ecuador, es llamado con insistencia y llega el día 15, cuando ya están instalados en Bogotá cuarenta y siete congresistas de setenta y siete. El quórum era de cuarenta y cinco. Oigamos otra vez al historiador Restrepo, ministro a la sazón y diputado al Congreso:

«En tan críticas circunstancias, era mucha la ansiedad con que en la capital de la república se aguardaban la instalación del congreso constituyente y el arribo del Libertador, de quienes dependía la resolución de un problema de vital importancia, la subsistencia o disolución de Colombia. El 2 de enero no pudo reunirse el congreso, pero se formó la diputación preparatoria con treinta y cuatro representantes. El doctor José María del Castillo y Rada fue nombrado director, y el señor Juan García del Río, secretario. Debía ocuparse la diputación preparatoria de calificar la elección de los diputados, y exigir la pronta concurrencia de los ausentes, compeliéndoseles hasta con multas. El número total de los electos era de sesenta y siete, por consiguiente para la instalación se necesitaban cuarenta y cinco, que componían las dos terceras partes. Esperábase que pronto lo lograrían, porque varios diputados estaban en camino hacia Bogotá, entre ellos cuatro de Venezuela para notificar su separación definitiva. Una de las primeras providencias de la diputación fue llamar al Libertador para que acelerando su viaje viniera a instalar el congreso. Llegó, en efecto, a la capital el 15 de enero, y fue recibido con la pompa y los honores

que siempre se le habían tributado. Todos deseaban conocer su opinión actual sobre la separación de Venezuela; él no la ocultó y dijo que estaba a su favor (...) Improbó, sí, las actas de Caracas y demás lugares que la hubieran imitado, como vías de hecho ilegales a todas luces...

«(...) Llegó por fin el día que tanto se anhelaba de la instalación del congreso constituyente. Realizóse el 20 de enero con el número de cuarenta y siete diputados y con el Libertador en persona. Este recibió a los representantes el juramento de cumplir bien y fielmente los deberes de sus destinos. Presidió la elección de presidente del cuerpo, que recayó en el Gran Mariscal de Ayacucho; la del vicepresidente, que se declaró a favor del doctor José María Esteves, obispo de Santa Marta y la del secretario, que fue el señor Simón Burgos, que no era diputado.»

Nadie presagiaba el éxito de tal congreso. Ni lo deseaba alguno distinto a Bolívar. Los ecuatorianos, en ciernes, atisbaban el suceso de Venezuela. Juan José Flores era venezolano, pero aspiraba al gobierno del país del Sur. Los neogranadinos amigos y enemigos de Bolívar querían, como ya lo enseñaba Maquiavelo, dividir para reinar. Por supuesto los enemigos querían a ultranza ver partir al Libertador. Nada de él recordaban con gratitud. Todo hacia él era un odio encarnado.

La misma fecha de la instalación del congreso, Bolívar hace pública otra proclama suya:

«El congreso constituyente que en este día se ha instalado, se halla encargado por la Providencia de dar a la nación las instituciones que ella desea, siguiendo el curso de las circunstancias y la naturaleza de las cosas.

«Temiendo que se me considere como un obstáculo para asentar la república sobre la verdadera base de su felicidad, yo mismo me he precipitado de la alta magistratura a que vuestra bondad me había elevado.

«Colombianos, he sido víctima de sospechas ignominiosas, sin que hayan podido defenderme la pureza de mis principios. Los mismos que aspiran al mando supremo, se han empeñado en arrancarme de vuestros corazones, atribuyéndome sus propios sentimientos, haciéndome parecer autor de proyectos que ellos han concebido, representándome, en fin, con aspiración a una corona que ellos me han ofrecido más de una vez, y que yo he rechazado con la indignación del más fiero republicano. Nunca, nunca, os lo juro, ha manchado mi mente la ambición de un reino, que mis enemigos han forjado artificiosamente para perderme en vuestra opinión.

«Desengañaos, colombianos, mi único anhelo ha sido el de contribuir a vuestra libertad y a la conservación de vuestro reposo: si por esto he sido culpable, merezco más que otro vuestra indignación. No escuchéis, os ruego, la vil calumnia y la torpe codicia que por todas partes agitan la discordia. ¿Os dejaréis deslumbrar por las imposturas de mis detractores? Vosotros no sois insensatos. (...)»

Y entonces, como atrás se anotó, cuando el héroe deja el mando, se entrega al reposo para su cuerpo castigado en la finca de Fucha del general Domingo Caicedo, encargado del poder, y entre las perplejidades de un porvenir incierto cargado de infernales pasiones, la terquedad de Sucre, también venezolano, lo lleva a proponer al congreso el envío de una misión a Venezuela para ver si posible era aún

encontrar una fórmula que permitiese conservar incólume la integridad de una obra que, paradójicamente, admiraban en el mundo los grandes gobernantes, los pensadores, los estadistas y hasta los poetas. Byron le había puesto a su goleta el nombre de Bolívar.

Pero a esas alturas de la historia, solo Santander, desterrado y huésped de los países europeos, había podido calibrar el encendido y creciente prestigio de Bolívar en el Viejo Mundo. Para esas gentes extrañas, Bolívar era esa Colombia integrada por Venezuela, la Nueva Granada, Ecuador y Panamá, obra máxima de la libertad y el pensamiento liberal, que ahora, por egoísmos y ambiciones, estaban empeñados en volver añicos.

III

Nadie como Sucre en su afecto.
Las expresiones de su dolor

Había muchos motivos para entender hasta dónde llegaba el afecto del Libertador por Sucre. En realidad eran conocidos por todos. Pero para la psiquis de Bolívar iban mucho más allá, porque no hubo para él un ser humano que en algún momento no hubiere mostrado sus flaquezas y debilidades, bien dentro del desarrollo de la epopeya, o en el decurso de los días de paz –más turbulentos que los anteriores–. Sucre jamás había dado muestras de debilidad, o de ambición, o de inseguridad en sus sentimientos patrióticos y en la amistad con aquél.

Ahora, muerto Sucre por la iniquidad, Bolívar entra en una depresión que aumenta la agudeza de sus males físicos. Es fácil imaginar el impacto que desgajaba en Bolívar su poder depresivo al ver sus carnes menguadas, una vejez prematura, el feroz ataque de la bilis, el dolor en las articulaciones que le producía el reumatismo, la pérdida de las

fuerzas por la debilidad, pues para evitar la bilis ayunaba. Pero por encima de tan crueles dolencias estaba ese dolor moral que muerde con mayor dureza y crueldad.

Escribe bajo el volumen de su terrible pesadumbre a la marquesa de Solanda, María Carcelén vda. de Sucre, y en la misiva le dice: «No concibo, señora, hasta dónde llegará la presión penosa que debe haber causado a Vd. esta pérdida tan irreparable como sensible; únicamente me atrevo a juzgar por mí mismo lo que pasará por una esposa que lo ha perdido todo de un golpe y del modo más bárbaro. Todo nuestro consuelo, si es que hay alguno, se funda en los torrentes de lágrimas que Colombia entera y la mitad de la América deben a tan heroico bienhechor.»

Y en los mismos días le expresa a Juan José Flores, entre otras cosas: «El inmaculado Sucre no ha podido escaparse de las asechanzas de estos dos monstruos (se refiere a Obando y a López). Yo no sé qué causa habrá dado este general para que atentasen contra su vida, cuando ha sido más liberal y más generoso que cuantos héroes han figurado en los anales de la fortuna, y cuando era demasiado severo hasta con los amigos que no participaban enteramente de sus sentimientos. **Yo pienso que la mira de este crimen ha sido privar a la patria de un sucesor mío**.»[13] (El resaltado es del autor).

Todo lo ignora en relación con la perfidia de unos amores maculados de la señora Carcelén con un viscoso general llamado Isidoro Barriga, pérfido y criminal, con quien habría

[13] *Simón Bolívar más allá del mito*, autor citado.

de casar menos de un año después. Su hijita, la de Sucre, párvula y desprotegida, de nombre Teresa, muere también, estrellada contra el pavimento, cuando aquél la deja caer del alto balcón en el que la cargaba temerariamente con débil y escurridiza mano ante el vacío.

Los recuerdos surgen aceleradamente en la mente extasiada de Bolívar. Ve a Sucre en tantos momentos de la vida. Allí está su estampa imponente y gallarda gobernando los vientos en Junín y Ayacucho y decretando con su genio y su valor el destino victorioso de América. Lo recuerda cuando viajó en la comisión, ante la que era escéptico su ya desengañado corazón, partiendo aceleradamente desde la comodidad del congreso en Bogotá, vencedor poco tiempo antes en Portete de Tarqui, hacia Venezuela en un intento que solo un optimista impenitente y un gran patriota podría emprender para hacer entrar en razón a Páez en orden a preservar la integridad de Colombia. Y luego lamenta no haberlo visto cuando partió el 10 de mayo de 1830 de esa Bogotá sombría, bajo la niebla helada, recorriendo sus calles solitarias, no obstante lo cual, a su paso y desde las bocacalles, los estudiantes le gritaban, con irrespeto soez, Longaniza, apodo bellaco que él no había oído jamás.

Mentalmente relee la carta que le envió el Gran Mariscal con conmoción anímica y revive el presentimiento, desde entonces, de que no volvería a ver a ese ser querido de sus entretelas, flor de sus afectos, hoy desgarrados: «Cuando he ido a su casa –escribe Sucre– para acompañarlo, ya se había marchado. Acaso esto es un bien, pues me he evitado el dolor de la más penosa despedida. Ahora mismo, comprimido el corazón, no sé qué decir a usted. Mas no son palabras

las que puedan fácilmente explicar los sentimientos de mi alma respecto a usted; usted los conoce, pues me conoce desde hace mucho tiempo, y sabe que no es su poder, sino su amistad lo que me ha inspirado el más tierno afecto a su persona. Lo conservaré, cualquiera que sea la suerte que nos quepa, y me lisonjeo de que usted me conservará siempre el afecto que me ha dispensado. Sabré en todas las circunstancias merecerlo. Adiós, mi querido general: reciba usted por gaje de mi amistad las lágrimas que en este momento me hace verter la ausencia de usted. Sea feliz en todas partes y en todas partes cuente con los servicios y con la gratitud de su más fiel y apasionado amigo».

Y caen amargas lágrimas sobre los surcos de sus mejillas, secos y curtidos por el sol. Es insondable su desolación.

Rememora lo que fueron esos últimos días en Bogotá. Las intrigas, los chismes. El cargo de sus enconados enemigos de querer ostentar una corona, cuando sus palabras, expuestas en discursos, proclamas, en profusión de cartas, eran inequívocas de querer dejar el mando. Sus amigos más allegados iban a la quinta de Fucha del general Caicedo a halagarle el oído para que volviera a hacerse elegir presidente; y cuando él, como Jesús, sentía las punzadas de la tentación, de inmediato volvía a rechazar la idea. Situación que retornó cuando, meses después, fracasada la presidencia de don Joaquín Mosquera, vuelve a ser objeto de tentaciones por parte del usurpador Rafael Urdaneta, su amigo y paisano.

Entonces escribía muchísimas cartas de respuesta, porque eran muchas las que recibía de toda la república. En una, fechada el 8 de marzo, contesta fría, secamente, una misiva del general José María Obando, y le anota además de

otras cosas: «Vd. debe estar entendido de que yo he dejado el mando al señor Caicedo con ánimo de irme del país, luego que el congreso nombre otro presidente; por esta causa debe Vd. dirigirse al señor Caicedo siempre que tenga que quejarse o tomar medidas contra cualquier persona, en la inteligencia de que yo no me mezclo en nada, nada, nada. Yo he muerto políticamente y para siempre. Vd. haga lo que tenga por más conveniente con "Vargas" o su jefe, bien persuadido de que yo nada tengo que hacer en los negocios públicos. Deseo sí el acierto de Vd. en todo y que mande a su mejor amigo y afmo. servidor. Bolívar.»

IV

Manuela en su nostalgia

En medio de todo el desánimo, con un humor taciturno, un ramalazo de iluminación le llega y ve a Manuela. Imprudente, impulsiva, irreflexiva, valiente. Fueron muchos los disgustos que le ocasionó. Muchas las enemistades que le granjeó. Tal vez la de Santander, aquel amigo lejano y compañero, enemigo visceral de ahora, a quien puso el apodo de Casandro por los males que predecía, no habría llegado a los extremos a que llegó si no hubiera sido porque Manuelita, en una charada, lo mandó a fusilar en efigie. Quizás sin esto no habría tenido lugar la noche septembrina. De pronto sí.

Todo hoy es tan brumoso. Pero allí está ese recuerdo vivo. Es tan bella y sensual esa Manuela, la misma que enfrentó a Carujo y a los conjurados que iban a matarlo sin conmiseración, la que lo despertó entre los vapores de la fiebre y le indicó el pequeño balcón para que saltara hacia

los laberintos de la noche. Precisamente por eso la llamó la Libertadora del Libertador. Amable loca a la que había dejado viviendo a diagonal de la Casa de San Carlos. La amó volcánicamente, pero su recuerdo ahora era tibio y tierno. Tenía por cierto que nunca la volvería a ver. Era realmente la única mujer a la que había amado en la plenitud de su gloria, y en medio de las tormentas. Tampoco se despidió de ella el 10 de mayo, pero al día siguiente le escribió una pequeña nota: «Mi amor: Tengo el gusto de decirte que voy muy bien y lleno de pena por tu aflicción y la mía por nuestra separación, Amor mío, mucho te amo, pero más te amaré si tienes ahora más que nunca mucho juicio. Cuidado con lo que haces, pues si no nos pierdes a ambos perdiéndote tú. Soy siempre tu más fiel amante. Bolívar.»

¡Ah Manuelita!, después de muerto Bolívar, un día llegó a su casa, temprano como buen madrugador que era, el alcalde don Lorenzo María Lleras, abuelo de dos ex presidentes colombianos, y un pelotón de patialzados policías municipales, y algunos presos de obras públicas, a sacarla de su lecho y a desterrarla. Era el año de 1832. Ella, soberbia, en ropas interiores ligeras, mostrando el afilado perfil de su seno, echó mano a un sable y a una pistola, coronela como era, y sacó corriendo al diligente burgomaestre.

Pero éste no se desanimó. Cumplía órdenes que renovó con su jefe, como buen burócrata, y regresó con fuerzas dobladas; y la sacó violentamente, cogida de todas las extremidades, como una potra cimarrona, sin importar la involuntaria desnudez de la dama. Y la puso fuera de su jurisdicción, y luego fuera del país. ¡Qué hazaña la del señor Lleras!

Era presidente, a la sazón, el general Francisco de Paula Santander, columna inconmovible de la rudeza y vindicador de todo cuanto recordara a Bolívar. Ninguna gracia le hacía esa "amable loca" que a él, duro de convicciones y fácil en los fusilamientos, había escarnecido con burlas y cuchufletas. Y es de anotar que con ella ni siquiera se había atrevido Obando en el breve tránsito presidencial del año 31. Pero con Santander era otra cosa.

Manuelita, por supuesto, conspiraba. Fue una de las que azuzaron al general Rafael Urdaneta para que diera el golpe de estado que reclamó la presencia, una vez más, de Bolívar al frente del gobierno. Invitación que en extensas misivas, desde la Costa Atlántica, el Libertador declinó por la razón potísima de que se había consumado la ruptura del estado de derecho.

Desprendida –como lo fue el propio Bolívar– de las riquezas, la quiteña nada guardó en previsión de los años declinantes. Solo sus alhajas, muchas de las cuales comenzó a vender cuando la ausencia de Bolívar se convirtió en una dura realidad. Los restos de las sortijas y collares que le dio su hombre le alumbraban la incierta parte del camino por venir. Pero eso tampoco le importaba. Y cuando se enteró de la muerte del héroe en San Pedro Alejandrino, loca de amor y con el impulso de vivir con su presencia los momentos finales de su amado en el último escenario, salió con sus dos esclavas negras y hombrunas, Jonatás y Natán, hacia el mar del Caribe que ella no conocía.

Pero en la escala obligada de Guaduas decidió, con la mente confusa, permanecer más largo. Y en la casa de albergue que consiguió, bajo el furor de ese amor sin calma,

cerrado el camino por la pérdida irreparable que ella más que nadie padecía, con la misma mística resolución de Cleopatra, muerto Antonio, decidió su muerte mordida por un áspid criollo. Y así, sobre la cumbre de su desesperación, se hizo morder, preparada para el viaje singular allende la vida.

Pero no murió porque sus esclavas, adoradoras de su recia personalidad, corrieron por el pueblo en busca de ayuda, entre brujos, chamanes, yerbateros y mediquillos empíricos de trastienda. Y con el ánimo deshecho, permaneció en Guaduas una larga temporada procurando el olvido inasible y veleidoso que no llegaba para dar paz a su almohada.

Al fin volvió a Bogotá, donde, como ya se dijo, era el foco esperanzado de los que pertenecieron a eso que los franceses de la Revolución llamaron *l'ancien régime* y veían en ella las ruinas de la gloria pasada en la esperanza de un renacimiento, a pesar de saber que éste no vendría jamás.

Esa singular Manuelita de ojos soñadores que podían adquirir los destellos bituminosos del carbón encendido, fue la misma que, ya por aquellas épocas de borrasca, con su varonil estampa y en un sagrado día de Corpus Christi, montada en brioso corcel, ceñido uniforme de coronela de húsares, con agresivo porte, hermosa y soberbia, seguida de sus dos negras, chalanas igualmente de regio porte, cabalgaron al galope tendido por las empedradas calles santafereñas hasta llegar a la Plaza Mayor –hoy en día de Bolívar– y allí, como moderna Atila, irreverente en la mojigata parroquia, a lanzazos destruyó el castillo de pólvora que iba a ser quemado, porque le dijeron que tenía una alusión despectiva para el Libertador. Este quizás fue el punto de no retorno

para que se determinara su salida del país por el rígido e inflexible presidente Santander.

Vale la pena, para tener una visión exacta sobre las turbulentas pasiones de la época en el gobierno de retorno del general Santander, revanchista con lo que supiera a Bolívar, acudir al ex presidente colombiano Alberto Lleras, quien aun sintiendo una inmensa devoción por su abuelo, don Lorenzo María, en respeto a la verdad rememora estos tiempos y escribe:[14]

«Durante la administración de Santander, Lleras pone su infatigable actividad –y toda su abnegación– al servicio de su jefe, cuyo pensamiento político interpreta y cuyas pasiones comparte. El gobierno de Santander es menos eficiente que la formidable vicepresidencia de la Gran Colombia, años atrás. Santander ha sido tratado injustamente por el Libertador y por sus amigos y ahora, a pesar de la muerte del primero y de las purgas de Obando en el Ejército para eliminar a los espadones venezolanos y perseguir a los bolivianos, hecha rigurosamente desde la caída de Urdaneta, Santander sigue viendo por dondequiera "santuaristas y godos", y Lleras ayuda a señalarlos a la vindicta pública. El presidente es duro y tajante como un sable y tiene su manera peculiar de aplicar la ley, cuando se trata de conspiradores. Fusila sin vacilaciones, como en los días de Barreiro y sus compañeros. Jamás concede un indulto y a los conspiradores que se le escapan, los vuelve a coger y los ejecuta. Santander, además, desconfía de todo el mundo. Desde las hojas redactadas por

[14] Alberto Lleras, *Mi gente*.

Lleras y González (Florentino), a las cuales envía sus propias producciones, sin firma o con seudónimo, se lanzan suspicacias, se ahondan diferencias y se comienzan a conformar los partidos, a base de ultrajes inolvidables y de personales rencores. Los partidarios de Bolívar, aun después de muerto Sardá en la más atroz "ejecución" de nuestra historia, parecen no descansar, al menos para el jefe del Estado. Y entre ellos, la amante del Libertador, la "amable loca" instalada a la sombra de la Catedral...»

Y entonces, desterrada de la Nueva Granada, ambuló Manuelita por varios puertos sin encontrar hospitalidad ni querencia. Rechaza, estando en la pobreza, la herencia que le deja quien fuera su marido, el noble doctor Thorne, para recalar, cansada y para siempre, en la cálida población peruana de Paita. Y allí discurre una vida opaca sin importarle que su belleza inexorablemente se fuera ajando y que su cuerpo lúbrico y cimbreante se desvaneciera en la adiposidad. Y luego llega una plaga de difteria que todo lo convierte en desolación y muerte, que a ella lamentablemente no le alcanza. Pero hay algo más terrible: debe quemar, con dolor en sus entrañas, los archivos amados de Bolívar. Casi todos. Pero ya nada importa.

Y es allí cuando, inválida, veinte años después, vivía más que de los muñequitos azucarados con miel por dentro que vendía, de unos recuerdos que la alejaban de la ruda tierra que pisaba, para elevarla a los oníricos pasajes de los sueños perdidos y de los fantasmas de los hombres que conoció en la epopeya incomparable que forjó su héroe.

Y una tarde polvorienta y sofocante llegó a conocerla y a rendirle el homenaje de su admiración el que iba a ser

el padre de la libertad y unificación de Italia, con barba rubia y gallarda estampa. Se inclinó en reverencia galante, el sombrero alón en su mano derecha y con gran cortesía se presentó: «*Io sonno Giuseppe Garibaldi*».

V

Reminiscencia del último viaje.– El río. Fin del camino

Y en ese sopor de los recuerdos, casi aturdido, evoca Bolívar, como si su existencia fuera una ruleta, el penoso viaje a través de las aguas aleonadas del río de la Magdalena, en lento champán, con zancudos que picaban con aguijones infernales; el calor, la incomodidad, la vista rutinaria de las playas grises y los caimanes desperezándose bajo el sol canicular. La idea de Europa, donde sabía que se lo admiraba, le daba vueltas y vueltas en su cabeza. Esa Europa en la que pasó interminables horas de *dolce vita*, pero donde había cultivado su intelecto y, al lado de Simón Robinson o Rodríguez, había hecho la peregrinación a pie hacia Ginebra para rendir homenaje a Voltaire y a Rousseau. En la que se codeó con las grandes luminarias de la ciencia y la intelectualidad, donde se hizo masón, donde vio a Napoleón coronarse y donde juró, en el Monte Sacro, que libertaría a su patria. Qué lejano era ya todo aquello.

Quizás pudo escribir días después, en la letanía de tales recuerdos dilacerantes, esa hermosa carta a su prima Fanny de Villars, seguramente apócrifa, pero en la que palpitan su espíritu y aquellas remembranzas del París de su juventud, la poesía inflamada de su talante romántico y la conciencia de su misión, como un relámpago iluminando en un instante las tinieblas para luego perderse en el vacío.

No hacía tanto calor en Turbaco. Pero sí en Mompox y en Tenerife. Y en esa Cartagena, escenario veinte años atrás de sus primeras luchas victoriosas después del fracaso de Miranda, de la derrota de San Mateo, de la traición de Binoni en Puerto Cabello. Pérfido italiano al que hizo fusilar en el puente de Boyacá después de la gloriosa batalla.

El horizonte estaba cerrado, pero él intuía una nueva oportunidad. Había recibido la notificación grosera de que en Venezuela le estaba prohibido pisar su suelo. Por esa razón no se embarcó, porque la fragata haría escala en La Guaira.

Vale la pena oír el testimonio del general Joaquín Posada Gutiérrez, su gran amigo, jefe militar de Honda, a donde llegó un día antes que Bolívar para prepararle la marcha de ese viaje fantasmagórico por el río, que otrora hizo tantas veces al frente de un ejército mal equipado, pero heroico y la mayoría de las veces victorioso. Posada escribió uno de los mejores libros de historia sobre esos tiempos,[15] que es preciso transcribir en lo pertinente:

[15] Joaquín Posada Gutiérrez, *Memorias Histórico-políticas*.

«Ya conoce el lector los exiguos recursos que llevaba –el Libertador– para su viaje. El hombre que por tantos años había gobernado la potente Colombia y el opulento Perú, habiendo consumido la mayor parte de lo que heredó de sus mayores en la guerra de la independencia. Afectado con la idea de verse en la indigencia en un país extranjero, escribió de Guaduas a su apoderado en Caracas una carta manifestándole su absoluta penuria y previniéndole que vendiese cuanto le quedase de sus posesiones para no verse en la mendicidad en tierra extraña; carta que la historia ha conservado por ser ella un testimonio más de la probidad y honradez del grande hombre perseguido, comprobando su pobreza.

«Al llegar el Libertador a Honda fui a recibirle al puerto con el concejo municipal, los empleados públicos y los principales ciudadanos. De los pueblos inmediatos habían ido a la ciudad cuantas personas pudieron, algunas con sus familias, y como en todos los del tránsito fue recibido con iguales demostraciones de afecto y gratitud, su corazón se ensanchó y se complacía en manifestarlo.

«Al caer la noche, el capitán de la compañía de granaderos se puso a colocar centinelas en el balcón, en los patios, en las esquinas de las calles, y algunos de los oficiales acompañantes aparentaron una vigilancia ostentativa mirándome de reojo. Esto me disgustó y manifesté al Libertador que en la ciudad de Honda y en mi casa gozaba de completa seguridad y que por tanto le rogaba que mandase cesar esas precauciones, y así lo hizo.

«Para preparar de un todo los champanes eran necesarios todavía tres o cuatro días. Aprovechando este intervalo,

el director de las minas de plata de Santa Ana, que estaba en Honda, le invitó a pasar un día en aquel establecimiento, distante unas seis leguas de la ciudad, y lo hizo con tanta insistencia, que aceptó Bolívar la invitación más por condescendencia que por curiosidad. En Honda no ha sido ni es fácil conseguir buenos caballos de pronto para más de dos o tres personas, por cuya causa no pudimos salir sino muy tarde en la mañana siguiente.

«El sol en el cenit derramaba torrentes de fuego quemando la tierra cuando llegamos a la quebrada de Padilla, bello oasis de los llanos de Mariquita. El Libertador, en extremo fatigado y débil como estaba, quiso descansar allí, y echando pie a tierra, hubimos todos de hacer lo mismo con mucho gusto, acostándonos sobre nuestros pellones a la orilla del cristalino arroyuelo. La frescura del ameno sitio que la sombra de los árboles seculares producía; el murmullo apenas perceptible de las límpidas aguas que se deslizaban reflejando oscilantes sobre las hojas los rayos del sol que podían penetrar por el espeso follaje; el roce de las ramas que un suave vientecillo blandamente balanceaba; el bramido sordo y lejano del río Gualí, que estrellándose de una en otra roca sobre su lecho pedregoso, se precipita al Magdalena en rápida y espumosa corriente; el reposo de la naturaleza en aquella hora en que todo lo que vive, menos el esclavo, descansa en los campos de los climas ardientes: todo, todo producía en nosotros un dulce sopor que excitaba a unos a la meditación, a otros al sueño. Después de más de media hora en que descansábamos en una especie de somnolencia levantó Bolívar la cabeza, se sentó impaciente, y dirigiéndose a mí, que estaba a su lado, me preguntó: "¿Por qué piensa

usted, mi querido coronel, que estoy yo aquí?". Tan extraña pregunta me sorprendió. Si yo hubiera respondido lo que instantáneamente se me ocurrió, le habría contestado que por el gravísimo error político que cometió al regresar del Perú no sosteniendo el principio de legalidad, sofocando la revolución de Venezuela de una manera diferente de como lo hizo; pero tímidamente, por no ofenderle, le contesté: "La fatalidad, mi general". "¡Qué fatalidad! ¡No!", me replicó con vehemencia, "yo estoy aquí porque no quise entregar la república al colegio de San Bartolomé", y calló inclinando meditabundo la cabeza sobre el pecho. El general Santander había sido colegial de San Bartolomé, el mayor número de los miembros de la Sociedad Filológica y de los conjurados del 25 de septiembre eran o habían sido del mismo colegio, y ellos figuraban como corifeos del partido liberal: a esto hacía alusión aquella palabra de Bolívar, que manifestaba la preocupación incesante de aquel hombre desgraciado que no podía olvidar a Santander y el atentado del 25 de septiembre. Levantándose apresurado pidió a un criado una sábana de la maleta y dijo que iba a bañarse; yo le hice algunas observaciones sobre el riesgo que había de hacerlo en aquella hora, después de una agitada marcha y acabando de llegar de un clima frío, respecto de Honda, como lo era el de Bogotá, y le dije: "Recuerde vuestra excelencia que Alejandro Magno murió en la flor de su edad por haberse bañado estando acalorado". Mirándome con indefinible acuciosidad me contestó: "Cuando Alejandro se bañó acalenturado estaba en el apogeo de su gloria: yo no corro ya ese peligro; además, la muerte de Alejandro la atribuyen unos a que Antípater lo hizo envenenar con el mismo ob-

jeto con que Santander me quiso asesinar, y otros a que su enfermedad se agravó por el exceso de vino en una orgía, y yo jamás me he embriagado...” »

En ese desplome vertical de su vida, un Bolívar vencido por la ingratitud, no hay duda que la muerte de Sucre fue la estocada que llegó más profundo, porque dejó herida el alma, que antes estaba sana. Y no había posibilidad de recuperación. Para Bolívar se acababa el camino.

Antonio José de Sucre

SUCRE

I

Prosapia de los Sucre. – Infancia. – Juventud

Antonio José de Sucre había nacido en Cumaná, pintoresca ciudad abierta al mar, cálida y sensual, dividida por el río Manzanares como Madrid, el 3 de febrero de 1795, en hogar noble de rancias tradiciones francesas y españolas. El historiador venezolano J. A. Cova [16] reseña la alcurnia de los Sucre de la siguiente manera: «La casa de los Sucre tenía uno de los primeros asientos en la Diputación y Juntas Generales en los Estados de Flandes, lo que da fe de su asentada nobleza y limpieza de sangre por no admitirse a semejantes Juntas otros de los que no son hijos y descendientes de las primeras casas del País de Flandes. Don Carlos Adrián de Sucre nació en Cambray el 4 de agosto de 1641 y como señor de Preux tomó el título de

[16] J.A.Cova, *Sucre, Ciudadano de América.*

Barón y más tarde por Real Carta del 2 de agosto de 1680, fue autorizado por el Rey Carlos II para timbrar sus armas con una corona de Marqués. Usó desde entonces el título de Marqués de Preux. Sucesivamente fue don Carlos, Capitán de infantería de Walona, Maestre de Campo, Coronel de Caballería, sargento General de los Reales Ejércitos de su Majestad Católica, Gobernador y Capitán General de la ciudad y Provincia de Cartagena de Indias. Investido de este último cargo falleció en Madrid en noviembre de 1712. Las armas de don Carlos campean en escudo llano, sin morrión ni corona, el cual se compone de cuatro cuarteles iguales y en el primero y último se divisan dos fajas negras en campo de plata; y en segundo y tercero, dos cruces negras ancoradas en campo de oro y por la orla una letra que dice: CONTESTEZ VOUS DE SUCRE.»

Pasa nuestro personaje sus primeros años igual que todos sus hermanos y vecinos. Nada le falta. Estudia con especial interés las materias de primaria y bachillerato. Todo es común y corriente. Pero hay un hecho qué destacar. A Cumaná ha llegado un médico sabio llamado José María Vargas, quien en las noches, con fe y desvelo revolucionarios, se reúne con los jóvenes, entre ellos Antonio José, y les traduce, como ocurrió en su momento con Bolívar bajo la instrucción que le da Simón Rodríguez, la literatura de Rousseau. Allí están el *Emilio* y *El contrato social* ardiendo en la mente afiebrada del adolescente.

A los trece años viaja a Caracas a estudiar ingeniería militar, y estando en tales estudios donde se destaca en matemáticas, llega el grito del 19 de abril de 1810. El muchacho se ha espigado, tiene el perfil pronunciado, el cabello castaño

un poco enmarañado, ojos despiertos y límpidos, es apuesto, pero la prematura muerte de su madre le ha dejado la marca de la tristeza. Es ya, un joven retraído y triste.

Sucre, por supuesto, participa ávidamente en todos los sucesos. La junta que se forma en Caracas adopta la fórmula de constituirse en "Junta conservadora defensora de los derechos de don Fernando VII". Era una manera sucedánea de rechazar a los franceses que habían usurpado el trono de España, pero al mismo tiempo constituía, como ocurrió en las provincias de la Nueva Granada, una manera pretextada de asumir, como de hecho sucedió, el gobierno autónomo. Y entonces el joven aristócrata viaja a su tierra de Cumaná con la misión de representar a la Junta de Caracas. En estas cálidas provincias ya ha ocurrido un estallido similar, aunque incruento y ordenado. Al gobernador Eusebio Escudero, a diferencia de lo que ocurrió en Caracas con el gobernador Vicente Emparrán a quien expulsaron del territorio, le ofrecen un puesto en la junta de gobierno, que él cortésmente declina y se embarca rumbo a Cartagena de Indias. Los revolucionarios le pagan el pasaje y los sueldos atrasados.

El padre del futuro mariscal, don Vicente Sucre, es nombrado por la junta de gobierno como jefe militar de la provincia. Es entonces cuando su mismo progenitor nombra al joven de quince años como subteniente, cargo que asume con un elegante uniforme, y participa en las primeras escaramuzas frente a un realista comandante de tropas de apellido La Hoz. Allí tiene su bautismo de fuego, y el muchacho muestra para entonces su valentía, inteligencia, pundonor y fidelidad a la causa republicana. Así sería el resto de su vida.

Ascendido al grado de comandante de artillería, cuando la República se erige por decisión de un congreso constituyente, el joven Sucre, en Caracas, entra a las órdenes de quien ha sido nombrado ya Generalísimo de los ejércitos emancipadores, el veterano general de la Revolución Francesa, precursor de la independencia americana, luchador en Rusia, en España, fundador de las Logias Lautaro en Sudamérica, de los Caballeros de la Razón en Cádiz, Francisco de Miranda, bajo cuyas órdenes también se encuentra un joven y afiebrado soñador de la libertad, Simón Bolívar.

Pero hay algo que la historia aún no entiende. Un hombre de la experiencia de Miranda en todos los combates y guerras feroces del Antiguo Continente, llega a su patria por la que ha mantenido una devoción casi religiosa, y no se adapta al subdesarrollo tropical. Esa patria lejana no es la misma que él ha acariciado en las noches de desvelos y en los ensueños despierto, a la que incluso le dio su bandera que hoy lucimos con orgullo. Él ya es un europeo acostumbrado a uniformes flamantes y a carruajes refinados de cortinas. Aquí debe andar con sombreros de paja y ruanas, caballero en mulas y mulos de trote agotador. Y deja de ser el brillante estratega que deslumbró a la propia Catalina la Grande, para convertirse en un capitán mediocre y medroso, sin seguridad en sí mismo, predestinado al fracaso. Démosle la palabra una vez más al historiador venezolano Cova[17] para ver de manera patética la abrumadora realidad de los hechos que subsiguen:

[17] J. A Cova, obra citada.

«Entre los jóvenes oficiales que se alistan entonces a las órdenes del Generalísimo, Sucre es de los más equilibrados, y en las primeras campañas sobre los valles de Aragua y Valencia ya se ha hecho notar por su actividad, inteligencia y serenidad. En los combates de Valencia, los Guayos y Guaica está haciendo sus primeras experiencias de soldado frente al enemigo.

«Ante la desgraciada capitulación de San Mateo, en la que el Generalísimo Miranda, con un ejército de cuatro mil hombres, sin disparar un tiro, sin arriesgar una batalla, por causas que aun no están muy bien averiguadas, se rinde al aventurero Monteverde, Sucre es de los que logran escapar y con aquel su ecuánime equilibrio, lejos de seguir a los oficiales díscolos que aspiran a vengar en el viejo soldado de la Revolución Francesa todos los fracasos militares de la campaña, toma de nuevo el camino de Cumaná donde su angustiado espíritu logrará serenarse.

«Pero Cumaná no es ya aquella plácida ciudad, encanto de curiosos viajeros. Ambiente de desolación y de lágrimas se percibe en todas partes. Allí está ya Cerveriz comisionado de Monteverde para exterminar implacablemente a todos los patriotas cumanenses complicados en la revolución. Escenas terroríficas se desarrollan cada día: a los patriotas delatados por "insurgentes" se les despalma y se les hace caminar sobre arenas encendidas; el desorejamiento se ha convertido en una institución y Antoñanzas y Zuazola ofrecen en cartelones públicos un peso por cada oreja de insurgente. También se mutila a los muertos y hasta más de un valiente patriota es desollado vivo en presencia de estos monstruos.

«Un grupo de patriotas orientales, entre los que se cuentan Mariño, Bernando y José Francisco Bermúdez, Valdés, Armando Ascue, Isaya, Piar, Sucre, Cova y otros oficiales, han logrado escapar de esas mostruosas persecuciones y llegar hasta la isla inglesa de Trinidad. Las autoridades de la isla evidentemente son parciales de España, aliada ahora con Inglaterra en la guerra contra Napoleón. El gobernador Woodford, hostiliza y casi persigue a los emigrados; sus justas reclamaciones nunca son oídas y finalmente llega a negárseles, en nombre de la liberal Inglaterra, hasta el derecho de asilo. Contestando a una de las justas demandas de Mariño, el indigno inglés le responde groseramente, calificándole de "general insurgente de Costa Firme". Mariño, de genio arrebatado, encarga a Sucre, quien ya goza entre sus compañeros de armas de ser hombre sereno y recto, de contestar la nota del gobernador. Con toda dignidad y entereza y poniendo en sus palabras el aplomo en él ya tradicional, Sucre dice al gobernador al hacer alusión a la injuria recibida; "Cualquiera que haya sido la intención de V.E. de llamarme insurgente, estoy muy lejos de considerar deshonroso el epíteto, cuando recuerdo que con él denominaron los ingleses a Washington."»

Santiago Mariño era un hombre astuto y valeroso. Miranda lo había nombrado coronel en el año 1812. Y mientras Bolívar sentía por primera vez las desolaciones del destierro voluntario para salvar su propia vida en Jamaica, Mariño, soportando a mal sabor las hostilidades del gobernador de Trinidad, decide salir de esa isla; y con sus pocos hombres se enruta hacia la isla de Chacachacare, de propiedad de una hermana suya, en una goleta que le ha

facilitado Manuel Carlos Piar. En la isla encuentra armas que previsivamente había dejado y se dispone a atacar tierra firme, previo un juramento solemne de vencer o morir. Todos sus amigos están allí, iluminados en el propósito patriota con gran coraje. Entre ellos está el joven Sucre. Es el 11 de enero de 1813.

Y tiene lugar una campaña de increíble efectividad. Al día siguiente, en la tarde, se hacen a la mar en una pequeña embarcación que lleva el nombre de *Carlota* y cuyo capitán es un francés de apellido Videau. La brújula marca un rumbo hacia Caurata, en la costa de Guairía. Es una enorme hacienda de propiedad de Mariño. A más de su valor de héroe, Mariño es un hombre de gran fortuna, como Bolívar, y también como éste, listo a arriesgarla toda en aras de un ideal, hasta entonces sin mucho porvenir.

Y allí, en el lar familiar, se traza un plan que busca la toma de Guairía e Irapa, posiciones claves para estas primeras escaramuzas. Y con tan pocas tropas, Mariño y Bermúdez acarician el triunfo. Tienen visión y arrojo.

Dueños de la costa, se desplazan a la importante ciudad de Maturín, que también cae bajo el impulso patriota. Entretanto Piar abate a La Hoz y a Zuazola y no se hace esperar la derrota de Monteverde, el jefe más aguerrido de las fuerzas españolas.

Este Monteverde, español nacido en Canarias, estaba asentado en Caracas con un grueso de tropas y poderío logístico. Cuando sabe de los triunfos patrióticos en el Oriente, se pone en movimiento hacia allá con toda su fuerza. Pero Piar era un terrible hombre de combate. Y cuando Monteverde llega, le ataca por todos los costados hasta hacerle empren-

der una escapada vergonzosa dejando en el campo todo su armamento y quinientos hombres entre muertos y heridos. Se diría que en ese momento estelar se había decidido la suerte de la colonia. Pero aun estaba lejos tal ocurrencia. Y Cova[18] agrega: «Con la entrada triunfal de Mariño y sus compañeros de armas a Cumaná y Barcelona, queda brillantemente concluida la campaña. Organizados nuevamente los Municipios, las regiones orientales se constituyen en una entidad política y militar con la Jefatura de Mariño, bajo el nombre de Provincias Unidas de Cumaná, Barcelona y Margarita».

Intrépida campaña llena de una gloria que en sus inicios nadie apreciaba. Y parte muy importante de ella era el joven Sucre, inicialmente como el ayudante de Mariño y posteriormente, ya ascendido y con mando, como Comandante del batallón "Zapadores", que él mismo conformó, instruyó y dirigió desde la primera fila. Es así como se lo ve en la victoria de Maturín y luego en la defensa de la ciudad. Y se lo encuentra al lado del virtuoso Mariño, persiguiendo las dispersas y anarquizadas tropas de Monteverde en Los Magueyes, el Corosillo y Cumanacoa. Y por supuesto en la conquista de su tierra del alma, Cumaná, de donde pasan a dominar Cariaco, Carúpano, Río Caribe, Yaguaraparo, Barcelona y la isla Margarita. Todo ha sido un desfile cerrado de golpes de la buena fortuna y la bizarría.

[18] Cova, ya citado.

Entretanto estos patriotas han avanzado triunfalmente en la forma dicha, Bolívar, por su parte, solitario ha regresado de Jamaica y se ha presentado en Cartagena donde ha recibido la confianza de los patriotas de ese puerto heroico y avanza vertiginosamente, aunque sufre también los rigores de la derrota. Fue ciertamente el "Hombre de las dificultades". Camilo Torres, presidente del Congreso granadino, le da la mano y de esa manera emprende con siniguales ímpetus la que es conocida como la Campaña Admirable, que penetra a esa Venezuela de su alma con inigualable decisión.

Y, con la pluma de Cova, veamos cómo se desarrolla ese año de 1814, con Bolívar de nuevo sobre la escena patria, y cómo tiene lugar el primer encuentro de Sucre, ya consagrado guerrero, con Bolívar victorioso:[19]

«En las expediciones del año 1814 sobre el centro, en auxilio de Bolívar –se refiere a Sucre–, también al lado de Mariño, combate contra Rosete en los Pilones, y es de los que triunfan sobre Boves en la batalla de Bocachica. Acompañado de su hermano Pedro, asiste en La Victoria a la primera entrevista de Bolívar y Mariño. Los ojos fulgurantes del caraqueño inmortal y su palabra cortante y persuasiva, llamando a la concordia y a un franco entendimiento al caudillo oriental, han conquistado por entero a Sucre. En efecto, aquel hombre pequeño, nervioso, resuelto, desde ese momento memorable ejerce sobre él una atracción magnética. Sucre piensa que ciertamente en aquel guerrero triunfador desde el Táchira hasta Caracas, a quien comienzan ya a

[19] Autor, obra citada

llamar el Libertador, está encarnada la Patria. Sucre le está observando detenidamente y ya se siente unido para siempre al héroe de la Campaña Admirable. Mentalmente por sobre sus inmediatos jefes superiores, Mariño, Bermúdez y Piar, ya se ha trazado su invariable línea de conducta.»

Un magnetismo irresistible le hace ver al cumanense su destino al lado del caraqueño, en medio de las obvias rivalidades entre Piar y Mariño con Bolívar. Celos de mando que Mariño venció, pero no así Piar.

II

Las derrotas.– Se levantan de nuevo. Vuelven a caer

Pero nada es para siempre. Todo es efímero. Las dos caras del dios Janos. Y después de encendidos combates, en un tira y afloje sin definición, el esfuerzo, y la cadena de victorias tanto de Bermúdez como de Piar y Mariño, se ven relegados en una sola derrota en La Puerta.

Al mando de Tomás Boves, el asturiano feroz y cruel como ninguno, caen los patriotas. Y allí muere Pedro Sucre, el hermano del ya coronel, con apenas veinte años por cumplir, Antonio José. Éste se encuentra con Mariño en Maturín. Los españoles llegan a Cumaná, donde van sembrando en todas las casas el terror. Ciertamente sabían hacerlo. Cova describe: «Mientras tanto, Cumaná, después de la derrota de Piar en la sabana del Salado por las hordas de Boves, está sintiendo en carne viva el implacable exterminio a que la somete el bárbaro asturiano. A Sucre han llegado las noticias del desastre: su hermano Vicente,

recluido en un hospital, es lanceado en su cama de enfermo, su hermana Magdalena, también en su lecho de enferma, agoniza en el preciso instante en que su hogar es violado por la soldadesca y su madrastra doña Narcisa Márquez, enloquecida de espanto, se arrojó desde un balcón antes de sentir la humillación de ser ultrajada en su propia casa. Más tarde, en 1817, su hermano Francisco cae prisionero de Morillo en Cariaco y también es pasado por las armas. "La infortunada Cumaná –escribe don Laureano Villanueva– puede pintarse como Niobe, desolada en medio de sus hijos muertos o heridos…"»

Pero si todo lo anterior no hubiere sido suficiente en el cúmulo de las desgracias patriotas, sobrevendría un ataque de mayor crudeza, una derrota más notoria y terrible que la de La Puerta. Este nuevo desastre tiene lugar en Urica y a manera de estocada final, en Maturín. Ha sido tan pavorosa para los americanos la acción de los españoles al mando de Tomás Boves, tan ensañada, tan encarnizada, que ni la muerte de éste, que allí cae con el corazón atravesado por la lanza del guariqueño Ambrosio Bravante, llega a atenuar esa furia salvaje en la horrible matanza que Morales, en reemplazo de Boves, acomete en Maturín.

Pero aún lo peor no había sucedido. Porque si el temible Boves asumía el papel de un nuevo Atila, derribando troncos humanos como de árboles, saqueando, incendiando y violando, su desaparición provoca un furor mayor en los que le siguen. Y entonces, ya sin resistencia alguna, silenciados los rebeldes, Morales desata los fusilamientos en todas las ciudades y pueblos. Las expropiaciones y las conculcaciones

dejan en la miseria a los habitantes. Sobreviene una vida miserable para el pobre pueblo. Ese bravo pueblo del himno venezolano. En realidad, todo estaba perdido.

Y de allí, con el alma estremecida por la humillación de la derrota, aquellos soñadores enfrentan el dolor de la pobreza, el exilio y la incertidumbre de un destino vendido a los aleatorios designios del azar.

Sucre, con su familia y su fortuna aniquiladas, en la flor de la juventud, ya es un veterano de la crudeza de la guerra y del dolor.

Simón Bolívar, citado por Cova,[20] habría de resumir el periplo vital del cumanense, ya en la cúspide de su esplendor glorioso, en 1825, en Lima:

«Cuando los generales Mariño, Piar, Bermúdez y Valdez, emprendieron la reconquista de su patria, en el año 13, por la parte oriental, el joven Sucre les acompañó en una empresa, la más atrevida y temeraria (...) Sucre siempre se distinguía por su infatigable actividad, por su inteligencia y por su valor. En los célebres campos de Maturín y Cumaná, se encontraba de ordinario al lado de los más audaces, rompiendo las filas enemigas, destrozando ejércitos contrarios, con tres o cuatro compañías de voluntarios, que componían todas nuestras fuerzas (...) La Grecia no ofrece prodigios mayores (...) El General Sucre era uno de los que se distinguían en medio de estos héroes (...) Él era el alma del ejército en que servía; él metodizaba todo; él lo dirigía todo, más con esa

[20] Autor, obra citada.

modestia, con esa gracia con que hermosea cuanto ejecuta (...) Él era el azote del desorden y, sin embargo, el amigo de todos…»

III

Los caminos del mar.– Cartagena.– Haití.– Naufragios.– Triunfos

Errabundos parten por los agrestes senderos del mar. Nadie los nota, pero secretamente les ayudan los simpatizantes de la causa americana cuando llegan a Trinidad o a Martinica o a Granada o a Saint Tomas y, finalmente, a Cartagena, donde los patriotas locales los reciben con esperanza. Ya se anuncia la presencia de don Pablo Morillo, en plena campaña de reconquista, haciendo gala de su "persuasivo" poder de represión.

Los patriotas cartageneros dan el mando a José Francisco Bermúdez, quien de inmediato toma las iniciativas de fortificación de la plaza y almacenamiento de vituallas y provisiones. Se avecina la presencia de un ejército bien formado, bien apertrechado y veterano de la formidable lucha española contra el invasor francés. Ese ejército sobrevendría, y con él un sitio a la ciudad tan devastador, que solo podría parangonarse con el de Sagunto, narrado por Blasco Ibáñez.

El autor venezolano tantas veces citado, Cova,[21] describe descarnada y magistralmente aquellas dolorosas hazañas: «Ante la obstinada resistencia que allí ofrecen los patriotas, Morillo formaliza el sitio de la ciudad que queda bloqueada por mar y tierra. Entre los organizadores de la resistencia que más se han destacado está Sucre quien justamente con el neogranadino Pombo ha dirigido con gran actividad y pericia la construcción de casamatas y fortificaciones.

«Cartagena, la ciudad prócer, Troya de América, vive largos días de martirio. Las penalidades causadas por el hambre y las fatigas degeneran al fin en espantosas epidemias. Se han agotado todos los combustibles; las raciones de los soldados disminuyen cada día. Para fines de diciembre ni las más ricas familias consiguen alimentos. Llega el momento en que hasta un pedazo de gato, perro, rata, o bien piernas de mulos o caballos son manjares suculentos. Las mujeres y los niños, transidos por el hambre, llenan las calles y las plazas públicas, mientras los mismos defensores vagan macilentos por sus trincheras y cuarteles como espectros salidos de sus tumbas. ¡Muy pocos ejemplos como el de Cartagena de Indias ofrece la antigüedad!

«Bermúdez, quien manda en jefe la plaza, antes que rendirse, concibe la idea de evacuar la población con una pequeña flota de bergantines y goletas que todavía mantiene bajo sus órdenes. Mil seiscientos hombres, entre jefes, oficiales, soldados y civiles, se deciden a correr la aventura

[21] Autor, obra citada.

de desafiar los cañones enemigos que vomitan sobre los fugitivos "cien proyectiles por minuto". La goleta de guerra *Constitución* sale rompiendo audazmente con sus fuegos, por delante de los barcos españoles que custodian la amplia bahía. En ella van a su bordo, Aury, su comandante, Bermúdez, Sucre, Montilla, Soublette, Salón, Piar, Plaza y Palacios y tras de la *Constitución* la escuadrilla, que no combate para vencer, sino para abrirse paso, y salvar a aquel puñado de valientes».

Entonces, cuando finalmente logran zarpar, se estrella contra el mar un vendaval. La pequeña flota sortea, cayendo aquí, levantando allá, las procelosas aguas. Pero naufraga en su mayor parte. Muchas familias que se enrolaron en la desesperada evasión perecen de hambre cuando ganan el litoral. Otras son devoradas por el Caribe. En la embarcación principal van Bermúdez, Soublette, Piar y Sucre. Con todas las dificultades del mar embravecido llegan a Haití, donde el presidente Alexander Pétion los recibe con especiales atenciones. Este personaje quizás no sea de grata recordación para los haitianos, pero fue un gran americano y mecenas para los patriotas del sur de las Antillas.

Bolívar está preparando una gran expedición a Venezuela, bajo su mando supremo. Pero Bermúdez no acepta tal jefatura y, curiosamente, es secundado por Mariano Montilla, precisamente el que después fue su excepcional amigo hasta la muerte y en cuya casa de Cartagena pasaría Bolívar esa estancia postrera de la que hablamos antes, precisamente cuando recibió la noticia de la muerte de Sucre.

En la enconada división que provoca la sangre latina en Haití, Sucre esquiva tomar partido y solo regresa a Trinidad.

Él es, como se recuerda, un partidario de Bermúdez, con quien ha combatido fieramente y con el que afrontó los más disímiles y aterradores peligros. Pero advierte en Bolívar un genio mayor, lo que se diría una empatía, y por eso su sustracción del viscoso mundo de las intrigas personalistas.

Por supuesto la rencilla habría de subsistir mucho tiempo entre Bermúdez, Mariño y Piar con el Libertador. Pero, ya Sucre había tomado su decisión.

En Trinidad espera impaciente, hasta que es informado que Bolívar, por segunda vez procedente de Haití, ha desembarcado en la costa oriental con una expedición pequeña. Allí está su deber, su llamado, su instinto, su sed de lucha por la independencia de la patria. Y se embarca en una débil goleta que naufraga en alta mar. Bellamente describe este episodio Cova:[22] «Una frágil embarcación lo conduce ahora por el golfo de Paria. Durante la noche un violento temporal hace naufragar al barquichuelo y, como en la aventura de Cartagena, de nuevo Sucre es juguete de las olas de un mar embravecido. Durante muchas horas, sobre un viejo baúl, marcha a la deriva entre las tinieblas de una noche de tormenta. Apenas el zig-zag de los relámpagos por algunos momentos ilumina el encapotado cielo. Al amanecer, apaciguado el mar, un grupo de pescadores de la costa de Guiría rescatan al náufrago que ya desfallecía. Mariño, que providencialmente se encuentra en el puerto, brinda al camarada y compañero de armas los primeros auxilios».

Entretanto estos invencibles luchadores han regresado al combate. Piar ha reconquistado gran parte del Oriente, y

[22] Autor, obra citada.

Mariño ha hecho lo propio, levantando tropas mal comidas y sin vestido apropiado. Cuánta fe y cuánto poder mental había que tener para resurgir de las anteriores cruentas derrotas y volver a sentir el gusto de la victoria. Sucre no alcanza a Bolívar, pero se enrola con Mariño, también victorioso. Asume el cargo de comandante del batallón Colombia. El nombre de Colombia y su bandera son un patrimonio que les legó Miranda. Y luego pasa a comandante del estado mayor. Son los años 1816 y 1817.

A pesar de los nuevos triunfos de Bolívar, Mariño se niega a reconocer la autoridad de éste. Él, piensa Mariño, es un jefe de mayor mérito. En contraste, Bermúdez, y su compañero Mariano Montilla, de la rebelión de Haití, ya lo han acogido y acatado.

Y cae Angostura del poder español. En la Guayana ondea el pabellón tricolor de la patria nueva, gracias a las acciones de Piar. Pero la división interna se agudiza. Y es entonces cuando Mariño convoca el que se llamó el congreso de Cariaco, para el que maniobra e intriga en orden a que a Bolívar lo releguen a una posición subalterna. Sucre no asiste, se sustrae, pero tiene claro cuál es su lugar. Y se entiende con Rafael Urdaneta, el aguerrido amigo de Bolívar, su ministro posterior y compañero hasta la muerte. Y entre todos desconocen las intrigas y el cabildeo de los conspiradores. Para Bolívar ya no cabe duda de que se impone hacer un acto ejemplar. Y ordena un consejo de guerra en el que, como es natural, domina la voluntad del jefe. Es el comienzo de 1817. La sentencia sumaria ordena el fusilamiento de Manuel Carlos Piar, ese gran líder mulato, lleno de coraje, de pundonor y de talento para el combate. Triste

y doloroso epílogo en la vida de un héroe revolucionario que creyó en la libertad de su país y luchó por ella. Sobre todo porque no lo fusiló el enemigo español.

Lunar en la vida de Bolívar, que empañó su brillante carrera. Solo al final de su existencia habría de escribir, como un autorreproche, sobre este episodio amargo de la política y la guerra.

Consecuencia del endurecimiento de Bolívar es la destitución de Mariño, quien es reemplazado por Bermúdez. Sucre es nombrado comandante del estado mayor. Y si al fusilamiento de Piar no siguió el de Mariño, ello se debió a la intercesión del propio Sucre. Oigamos de nuevo a Cova[23] expresar lo que aconteció con Mariño: "Mariño, quien todavía dispone de gente armada y que cuenta con numerosos soldados y oficiales adictos, está resuelto a ofrecer resistencia, y Bermúdez en cumplimiento de órdenes precisas del Libertador, está también a punto de emplear la fuerza para someter a su antiguo compañero de armas; pero Sucre, espíritu contemporizador, inclinado siempre a la bondad y a la tolerancia, y a quien misericordiosamente ha colocado allí el destino, logra, con abundancia de buenas razones, que Bermúdez interceda ante el Jefe Supremo por aquel que desde los primeros años de la revolución ha sido el compañero y camarada de ambos. Bermúdez, gracias a las sugerencias de Sucre y bajo su personal garantía, arranca del Libertador el perdón para el amigo y para el jefe de los días de Chacachacare. ¡De no haber mediado Sucre, Mari-

[23] Autor, obra citada.

ño, irremediablemente, habría corrido la misma suerte del infortunado Piar!"

Ya nada habría de parar la victoria, aunque zigzagueante y elusiva muchas veces. Y nada pararía la gloria del cumanense, erguido como un demiurgo en Junín, multiplicado como un semidiós en Ayacucho, donde Bolívar, por cosas incomprensibles de una Constitución que él mismo había otorgado, no pudo estar. Pero era Sucre, su mejor soldado, su mejor amigo, su más intrépido general, el que garantizaba la victoria y la libertad de la América del Sur. Por esto cuando se le ofreció a Bolívar por los libertados una corona ornada de piedras preciosas, él, el Libertador, la entregó con elegancia y patriotismo a Sucre, el más sobresaliente de todos los hombres que hicieron posible la libertad.

José María Obando

OBANDO

I

Orígenes. – El crimen. – Buena fortuna

La apuesta figura del general caucano, nieto de las liviandades de doña Dionisia Mosquera, vástago –aunque ilegítimo– de esa familia de gran linaje, parientes cercanos de la española doña Eugenia de Montijo, esposa de Napoleón III, su valor y coraje en múltiples batallas, sus controvertidos amigos y su apego radicalizado por las doctrinas liberales, le dan una especial atracción en la historia a José María Obando. A eso es preciso sumar que su vida era objeto, desde el manchado nacimiento de su madre, de una especie de inexorable maldición que, en sentir de quien fue su fiscal en el juicio público, don Salvador Camacho Roldán, identificaba su vida y su sombra con las de Edipo, rey de Tebas, el trágico protagonista de la tragedia griega signado por una ineludible maldición, fruto de torcidas coordenadas de los dioses, es decir, de un destino ajeno a sus propias decisiones.

Este destino ha subyugado con pasión a los pueblos, en especial a las huestes decimonónicas amantes de la libertad. Baste decir que José María Obando se convierte en el símbolo viviente del partido liberal y galvaniza con su presencia a las masas de irredentos que fueron savia del liberalismo colombiano. Caudillo, dos veces presidente de la República, guerrero valeroso y gran amigo.

Empero, en esa existencia trazada por dioses siniestros –si los hay–, habrá de verse grandes sombras. La mayor de las cuales es, sin duda, su vinculación a la muerte del Gran Mariscal de Ayacucho, Antonio José de Sucre.

En Obando se dan enormes contradicciones. Levantado del ultraje y el crimen, es al mismo tiempo un muchacho afortunado, hijo adoptivo de un hogar de virtudes acendradas y bienes de fortuna. Discurre su niñez plácida, su juventud, fogosa y altanera; su madurez, bajo la gloria de la elección como presidente de la República, pero destronado por un golpe de estado que le valió una afrentosa condena del Congreso. Signado por el dolor del proscrito y luego su muerte vejatoria e injusta, en la encrucijada de Cruz Verde. Todo esto conmueve al estudioso de la historia, como conmovió en su momento a su más terrible enemigo durante gran parte de su vida, Tomás Cipriano de Mosquera, a la sazón Supremo Director de la Guerra y aliado final de ese paisano y pariente lejano, en la revolución triunfante de 1860 contra el gobierno de don Mariano Ospina Rodríguez.

Siendo que sobre Obando especialmente recayó la sindicación principal del nefando crimen que agotó la preclara vida del Gran Mariscal de Ayacucho, en una discusión que aun no se ha cerrado y alrededor de la cual ha habido defen-

sores y acusadores, me parece que, cuando apenas estamos en el umbral del álgido tema, vale la pena tomar en cuenta a quien, con la extraordinaria autoridad del gran jurista que era y experto en pruebas judiciales, doctor Antonio Rocha Castilla, ha sido el gran defensor. Posteriormente miraremos los conceptos de éste sobre el crimen y los del doctor Antonio José Lemos Guzmán, el maestro extraordinario de quien estas notas escribe, también apologista de Obando y encumbrado defensor de su inocencia. Y del general ecuatoriano Buenaventura Reinales, hombre de la época, escritor e historiador brillante, también encendido defensor de Obando. En fin, de todos los que se han ocupado del tema. Ya veremos todos estos aspectos.

Y en preludio de lo que se anotará adelante, es del caso apuntar que el autor de este libro no solo mira el conjunto y el detalle de lo ocurrido en Berrucos, sino que lo hace con gran rigor histórico, en el claro propósito de aportar sus luces de jurista en el aún ardiente tema de la responsabilidad penal del horrendo magnicidio.

Pero antes, para tener una idea física de Obando, conviene transcribir el retrato escrito que de él hace el eminente colombiano ya nombrado, doctor Antonio Rocha: [24]

«Físicamente era un hombre de gran hermosura, de tez blanca, ojos azules, cabello rubio y ensortijado, frente alta, un verdadero ejemplo de tipo romántico del pasado siglo. Parecía, dice un biógrafo, "un mariscal de raza anglosajona". Murió malamente en 1861, mutilado, en las filas del

[24] Antonio Rocha, *De la prueba en derecho*.

hombre que fue su enemigo y detractor más obstinado –el gran general Mosquera–, con quien se había reconciliado poco antes de su fin lamentable. Porque ocurrió que montado en un brioso caballo, lucha fieramente con el enemigo, resiste el embate de un ejército superior, pero al saltar con brío una zanja de la sabana de Bogotá, cae del caballo y así indefenso y caído recibe de un soldado que ha llegado hasta él golpes terribles de lanza que se hunden en su cuerpo hasta causarle la muerte desastrosa. Sus restos reposan al fin de varios años, en el único lugar apacible que le tocó en suerte gozar: en el paraninfo de la Universidad del Cauca. Empero fue tanto lo que Obando cavó en la historia, tales el empuje y actividad de su alma enérgica, que aún se escriben y se seguirán escribiendo páginas de discusión y de crítica apasionada y vehemente, no menos encendidas que las que suscitara en vida, unas exultantes de su nombre y otras denigradoras y amargas.»

Su madre llamó Ana María, asentada en la parroquia como hija de padres desconocidos, al igual que aquél, nacido en una pobre choza arrimada a la rica hacienda de García en las inmediaciones de Corinto, en el departamento del Cauca. Allí habían situado las circunstancias a la niña que, fruto de la deshonra y el crimen, nació de nobles familias, asentadas en esa Popayán de pergaminos y blasones, ciertos o falsos, guardados con más celo que el dinero. Era vástago de los tórridos amores de doña Dionisia de Mosquera y Bonilla, casada con el rico caballero y comerciante don Pedro de Crespo, con el que fue su socio, tocayo y gran amigo, de nombre Pedro de Lemos, joven arrogante, así mismo de linajuda prosapia, apuesto, nervudo y galante.

Crespo alternaba con él –Lemos– la obligación de moverse cada cierto tiempo hacia las Antillas para proveerse de mercancías. El viaje se hacía desde Popayán tomando en buena mula hacia Coconuco, luego a La Plata en el departamento del Huila de hoy, y de allí, embarcándose en champán en el caudaloso río de la Magdalena, hacia los puertos de Santa Marta o Cartagena, en donde se tomaba el buque de velas hasta Curazao, gran centro comercial de las Antillas. Al que le correspondía el turno dejaba hecho testamento y cambiaba el despacho de todos sus negocios al otro socio. Era el año 1769 y le tocaba el turno a don Pedro de Crespo.

Instruyó de negocios al socio Pedro de Lemos, le hizo entrega de llaves, cajones y hasta del testamento. Y en cuanto a la joven y bella esposa, vástago de familia muy principal de la que, dos generaciones después, nacería un individuo que fue regente de la corona española y una tercera posterior dos hermanos presidentes, Joaquín y Tomás Cipriano, le hizo todas las recomendaciones que pueden hacerse a un hermano. Que viera por ella todos los días, que no le faltara nada material, que consolara la nostalgia de su ausencia de tal suerte que ella encontrase en él reclinatorio para sus hondas devociones religiosas y paño de consolación para su llanto por el ausente.

Y así lo hizo el cumplido caballero don Pedro de Lemos. Solo que exageró la nota, como consecuencia de lo cual, cuando el confiado socio, transido por el dolor de ausencia, abrevió su retorno, doña Dionisia estaba en embarazo indisimulable. Naturalmente que si Crespo hubiese regresado en los previstos dos meses finales, ya la criatura habría nacido

y se habría repartido entre los hijos de la gleba, sin que nadie supiese de su bastardía. Cosas del destino, caprichosas y crueles.

Al recibir la noticia del prematuro regreso del esposo, doña Dionisia tembló porque sabía que no estaba en condiciones de cumplir con sus deberes conyugales frente a los requerimientos que el largo ayuno de su marido le reclamaba con urgencia y casi desesperación. Durante muchos meses él soñó con el regreso, el lecho perfumado y la querencia recatada, pero ardiente, de su dulce consorte.

Y ella fingió enfermedad una noche y hasta dos. Pero no podía ya con la tercera. Así que, con frío cálculo, la pareja de amantes ubicó la única solución posible a aquellos tiempos y a esa sociedad recoleta y pacata, tan ovillada en las buenas costumbres del amor a Dios y el respeto a la familia y a los fueros sagrados del marido. Y para que éste no se diera cuenta de la infidelidad de su socio y de su virtuosa esposa, solo para salvar el honor y sin ningún otro sentimiento personal, idearon darle muerte, fingiendo, como lo han sido tantas muertes de reyes y papas y aristócratas, un accidente. Sí, un accidente inevitable en medio de una tempestad de rayos y centellas, como las que ocurren en las tardes estivales de esa ciudad, para ese época de unos veinte mil habitantes. Se le preparó delicioso almuerzo de gastronomía lugareña que él tanto había extrañado, y se le dispuso la silla señorial en la que, haciendo honor a su origen español, dormitaba, como costumbre inalterable desde antes del viaje, las horas tediosas de la siesta.

Con cómoda satisfacción don Pedro de Crespo reposó sus largas fatigas en una lenta digestión en medio de la

calma y el sosiego. En realidad nadie podría afirmar que no murió feliz porque, entregado al sueño, no sintió la destreza con que la mano fornida de un esclavo le pasó la soga y ajustó con rigor inapelable el cuello. Ese tipo de muerte no deja más que dos segundos de conciencia por la oclusión de los grandes vasos de irrigación sanguínea al cerebro. Es decir, pudo abrir los ojos durante dos segundos, pero luego, aunque los mantuviera abiertos –ya carecía del poder de cerrarlos– su estado de conciencia había desaparecido. Y dos minutos después, había muerto. Con el rostro cianótico, los ojos desmesurados y seguramente alguna babaza en los bordes de la boca. Pero bien muerto y sin un sufrimiento mayor, si es que éste lo admitimos como un estado de conciencia.

Luego, mientras la tempestad azotaba los techos grises de las viejas tejas castellanas de la villa, en el barrio La Pamba, otros esclavos diferentes a aquel que había ajustado con maestría la soga, pero del mismo dueño, don Pedro de Lemos, le clavaron en el corazón un cuerno entero de res muerta antes y soltaron un toro bravo que estaba previsto a corta distancia. Se anunció en medio del aguacero, como con voz de alerta: "Va toro bravo". Y ya para entonces habían levantado al infortunado don Pedro de Crespo de su silla episcopal, lo habían conducido al portón de grueso roble y piedra tallada de la casona, y al momento que el toro pasó en su estimulante carrera, lo soltaron. No hizo falta de verdad que el toro lo empitonara, ni siquiera que pasara cerca suyo, porque ya soportaba la cornada de otros cuernos y sobre su cuello amoratado brillaba lo que en medicina legal se conoce como los surcos del estrangulamiento.

Pero para la ciudad atónita, saliendo perezosamente de sus viviendas después del chubasco, la tragedia de un absurdo accidente había caído como una gigantesca mariposa negra sobre el respetable y acatado hogar, en el que, más que el olor a gardenias de los arreglos florales que inundaron la habitación en que se depositó el rico cajón de cedro que contenía a don Pedro de Crespo, turbaba la sensibilidad de los fúnebres desfilantes el abatido e inconsolable manantial de lágrimas y palabras de desesperación de la viuda, rigurosamente vestida de negro hasta el rostro.

No hubo un mayor dolor que el suyo en lo que se tenía por una memoria colectiva de tradiciones elegantes y refinadas.

Y mientras las exequias se cumplían con los más severos cánones de la religión y el dolor embargaba a las rancias familias sumidas en el duelo, no faltó un funcionario perspicaz y malicioso del gobierno español que, no obstante el cuello elevado del vestido que acompañaría a don Pedro por los caminos de la eternidad, alcanzó a distinguir el rastro apergaminado que queda inconfundible en el cuello de los ahorcados y estrangulados. Y malició también del toro cuyos pitones había examinado sin descubrir manchas de sangre; pero especialmente su sospecha le permitió recordar en esos momentos de inenarrable dolor que don Pedro de Lemos había sido visto en ciertos acercamientos a doña Dionisia en la ausencia del difunto, que dejaban a la habladuría local un sabor picante de maledicencia que confundía la amistad con los amores clandestinos y pecaminosos.

Y como consecuencia de tales sospechas, el funcionario localizó a los esclavos. Éstos, después de una larga noche

de interrogatorios en los que se aplicaron las refinadas artes que los investigadores españoles habían heredado de la Santa Inquisición, asistidos por el dolor y la sangre del tormento, confesaron. Se dispuso entonces la captura de don Pedro de Lemos, quien huyó, y de doña Dionisia, la que, dado su avanzado estado de gravidez, hubo de refugiarse en un convento y de allí, en una caravana cobijada con la mayor discreción y sigilo, partió hacia el norte, a las tierras de Caloto en donde su hermano, don Francisco Mosquera y Bonilla, era cura párroco.

Ya en esas latitudes, bajo la protección de la Iglesia y de unos cuantos propios y allegados a la familia, nació en la clandestinidad más absoluta la hija despreciada, a la que las almas caritativas pusieron al bautismarla por nombre Ana María, pero la que no podría llevar absolutamente ninguno de los apellidos de sus progenitores, porque la ley civil de entonces la llamaba "hija de dañado y punible ayuntamiento".

El juicio por el parricidio fue sonoro. Nada en esas épocas coloniales se puede parangonar con el escándalo y la conmoción pública que se generó.

Las draconianas leyes españolas establecían como pena principal el descuartizamiento, que los verdugos practicaban a la perfección. Pero el poder parroquial de las ilustres familias a las que pertenecían los reos hizo que se pensara en que el juicio, rápido como fue, se trasladara a la Real Audiencia de la capital, que era Quito, en donde se los condenó ejemplarmente.

El caso, por los antecedentes nobiliarios de los asesinos, hubo de pasar al conocimiento del propio rey, a la sazón don

Carlos III, quien en una pieza jurídica de recordar, asentó con su sello esta sentencia:

«Lugar de Proc.: Popayán

«Fecha: 28 de julio de 1772- 18 de marzo de 1773.

«Folios: 6 – Observaciones: Manuscrito. Original

«Deteriorado.

«Real Provisión. – Don Carlos III por la Gracias de Dios Rey de Castilla, de León, de Aragón, de las Dos Cecilias, de Jerusalén, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdova, de Córcega, de Murcia, de Jaen, de Los Algarbés de Algecira, de Gibraltar, de las Islas de Canaria, de las Indias Orientales y occidentales, Islas y Tierra Firme del Mar Océano, Archi Duque de Austria, Duque de Borgoña, de Bravante y Milán, Conde de Aspriag, de Flandes, Tirol y Barcelona, Señor de Vizcaya y de Molina, etc. a voz mi Theniente de Governador Justicia Mayor de la Ciudad de Popayán ante quien ésta mi Carta y Provisión Real que en esta Muy Noble y Muy leal Ciudad de San Francisco de Quito ante mi Presidente y Oydores de élla los Autos Criminales seguidos en dicha Ciudad contra Don pedro García de Lemos, doña Dionisia Mosquera, Juan Perdomo, Pedro Fernández de Borja, Francisco Fuche, negros, y demás cómplices por el enormísimo delito de Parricidio perpetrado con Alevosía y Asesinato en la persona de Don Pedro López Crespo de Bustamante marido legítimo de la referida Doña Dionisia Mosquera, los que remitió el juez de la causa para su determinación de que mande dar vista a mi Fiscal quien haviéndo respondido difusamente se pidieron los Autos

y hechos de élla se pronunció la sentencia definitiva que su tenor situaciones y tasación en su virtud fecha sacada todo a la letra es como sigue:

«En la Causa Criminal seguida de oficio el Teniente de Governador y Justicia Mayor de la Ciudad de Popayán contra Don Pedro García de Lemos, Doña Dionisia Mosquera, Joaquín Perdomo, Pedro Fernández de Borja, y Francisco Fuche Negro esclavo de dicho Lemos, Fliphe Palacios, Lorenzo Galíndez, Clemente Eguizábal, mulato esclavo, Isabel de Mosquera e Ignacia de Rivas, mulatas esclavas, con el Defensor nombrado a los presos y a los fugitivos por el enormísimo delito de Parricidio perpetrado con Alevosía y Asesinato en la persona de Don Pedro López Crespo de Bustamante Marido legítimo de la referida Doña Dionisia con el dicho Don Pedro Lemos procedió en consorcio de éste y de los otros que resultan a quitarle la vida alevosamente del modo inhumano y cruel que consta en el proceso. Vistos los autos y lo demás que verse y considerarse combino con lo expuesto por el señor Fiscal Fallamos y haciendo Justicia y en fuerza de los Méritos del proceso devemos de Condenar y Condenamos en la pena ordinaria de Muerte a Don pedro García de Lemos, a Doña Dionisia de Mosquera, mujer que fue de Don pedro Crespo, Joachín Perdomo, a Pedro Fernández de Borja y a Francisco Fuche, la que se ejecutará en la manera siguiente Don Pedro Lemos y Doña Dionisia Mosquera serán conducidos a un Cadalso Público donde sentados y arrimados a una Garrote se les ahogará con un Cordel hasta que naturalmente mueran: Joachín Perdomo, Pedro Fernández de Borja y Francisco Fuche se sacarán arrastrados a la Cola

de un Caballo y serán conducidos por las calles públicas hasta el Lugar de la Horca donde serán colgados del Pescuezo hasta que mueran manteniéndolos en élla bastante tiempo con correspondiente guardia y puestos después los Cuerpos en el suelo serán trozados y descuartizados, cuyas cabezas en Jaulas de Fierro se clavarán en las puertas de la Cárzel y los demás quartos serán puestos en vigas altas repartidos por los Caminos de Patía y por quanto en estos Autos se reconoce no haberse hecho el secuestro y confiscación de vienes con la formalidad devida lo que se ha extrañado de la conducta del Juez se le prebiene proceda prontamente hazer prolijo embargo de todos los vienes de los expresados reos y formal inbentario de éllos para el cumplimiento de la condenación siguiente: La mitad de los vienes de Don Pedro Lemos se aplican a la Real Cámara cuyo importe entregará el Juez en estas reales cajas reservando la otra mitad para los herederos legítimos de éste Reo. La mitad de los vienes de Doña Dionisia Mosquera se aplica igualmente a la Real Cámara quedando la otra mitad con la Dote íntegra de ésta a beneficio de los herederos del difunto Don Pedro Crespo, los de Joachín Perdomo si éstos tuviesen se aplicarán igualmente mitad para la Cámara y la otra mitad para sus herederos sacándose primero del cuerpo de todos los viernes el importe de todas las costas procesales emprendidas en la solicitud y captura de los Reos los que se satisfarán por tasación arreglada del arancel de aquella Ciudad y por las causadas en este Tribunal, el Tasador de esta Real Audiencia hará su tasación la que con intervención de esta sentencia se revisará en Real Provisión para su pronta ejecución y cumplimiento que-

dando estos Autos originales archivados en la Secretaría de Cámara a que pertenece. Así mismo se le previene al Juez de la Causa que con el mismo celo que ha mostrado en la solicitud y averiguación de los Reos prófugos y que son los principalísimos delincuentes de tan atroz crimen son de excusar la diligencia que de este fin sean conducente para que se jecute el castigo condigno y porque tanto clama la República para su satisfacción. Y por lo que mira a Felipe Palacios, Lorenzo Galíndez y Clemente Eguisábal los absolvemos de la instancia de este juicio: y a Isabel Mosquera e Ignacia Rivas declaramos enteramente libres del delito y en su conformidad sean vueltos unos y otros de la Carzel y prisión que se hallan. Y por quanto de los Autos resulta que Don Pedro de Lemos compareció ente el Escribano del Cabildo don Joachín Sánchez de la Flor para otorgar la protesta y exclamación y testigos de élla que fueron Don Joseph Hidalgo y Arozena, Don Manuel Sancha Barahona y el Doctor Vicente Hurtado que deviendo denunciar la fuga de este Reo no lo hicieron se les condena al Escribano en cuatrocientos pesos y a los tres testigos mancomunados con dicho Escribano con doscientos pesos a cada uno: cuya mitad de los mil pesos de esta multa mancomunada se aplica para penas de Cámara, cuyo importe y el de las costas procesales causadas en este Tribunal prontamente exigirá el Juez para sus respectivos destinos, y la otra mitad se aplica para refacción y prisiones de la Cárzel de Popayán por la ninguna seguridad que de los autos resulta tener y sacándose dos testimonios de la Provisión el uno se ponga en el Archivo de Cabildo de aquella Ciudad y el otro se entregue a los Oficiales Reales

de las Cazas de ella, para que a su tiempo practiquen la recaudación de los vienes confiscados y por esta Nuestra Sentencia definitivamente.»

Lo que sigue de este drama, en su primera parte, es anodino. No se sabe cómo pasó el resto de sus días doña Dionisia, huyendo con el sobresalto permanente del fugitivo. Dicen unos versos ignaros de ese Popayán de calambures y apuntes cáusticos, que finalmente, viuda como era, casó con un indio. Pero se sostiene que vivió treinta y cuatro años más. De su hijo legítimo, del que fue privada, nada se conoce de relieve. De su hija ilegítima se sabe que vivió en la sumisión de una vida miserable, no obstante ostentar una singular belleza, fruto de genes que no distinguen las leyes civiles y los convencionalismos sociales.

Y moza de fácil acceso, fue seducida por un rico caballero, hacendado de oficio y vizcaíno de nacimiento, arraigado en esa misma Popayán de pergaminos y blasones, aventurero por lo demás, llamado José de Iragorri.

Y así nació el niño de ojos azules, blanco como la leche, sin ostentar apellidos, que fue sujeto de mimos de la fortuna, pero al mismo tiempo de dolorosos y crueles infortunios.

Ese niño, por insinuación de José Segura y Mendieta, un amigo de su padre, fue adoptado por un matrimonio sin hijos y dueño de una apreciable hacienda, radicado en Popayán, cuya cabeza era don Juan Luis Obando y la esposa doña Agustina del Campo. Y amaron al niño como a propio hijo. Vivieron con él en Popayán, en donde, por la alcurnia y medios económicos de la familia Obando, el hijo adoptivo, ya con el nombre de José María Obando, fue acogido en

los mejores colegios y al tiempo era recibido por los niños como su igual. Entre éstos había uno pequeño, flaco, pero endemoniado de genio, con el que trabó la mejor amistad. Era Tomasito. Tomasito Mosquera.

II

La juventud. – Su vida contradictoria
Su presidencia. – Su condena por el Senado

Después, por las circunstancias de los primeros brotes insurreccionales de los pueblos americanos, don Juan Luis se fue a Pasto, donde tenía haciendas y entre cuyas gentes gozaban de acogida sus pensamientos favorables a la corona española. José María conoció desde la mocedad toda la arisca zona del Patía, de Nariño y bien pronto del Ecuador, porque hacia allá tomó su padre cuando avanzaba la revolución. Y es allí en donde el muchachón, con la gran simpatía de su padre y de su madre, entra a las milicias del rey Fernando VII, en las que se distinguiría por su valor y arrojo.

Y allí estuvo moviéndose como un tigre en los ardores del Patía y cabalgando día y noche por los desfiladeros del Guáitara y el Juanambú, astuto en la emboscada guerrillera, duro en el combate y recio ante los sinsabores del peligro. Hasta que lo encontró Bolívar y, antes que fusilarlo, lo cau-

tivó y vinculó a su ejército libertario en la campaña del Sur. No por mucho tiempo.

Con Tomás Cipriano de Mosquera fue amigo Obando la mayor parte de su vida, hasta que, en uno de los altibajos de la guerra permanente, Obando le habría de infligir una derrota, tal vez no tan aplastante, pero sí sonora: La Ladera. Y luego algunas otras, no tantas ciertamente, pero duras y dolorosas para el temperamento agresivo y dominante del general Mosquera. En una de ellas éste debió escapar a pie, perdida su caballería, desde los riscos y escarpados caminos de la cordillera Central, cerca de El Tambo, por largo trecho de ese departamento del Cauca hasta salir a La Sierra, en caminos rodeados de partidarios de Obando. Luego, enrolados ambos en las huestes libertadoras, mantuvieron discrepancias, emulaciones, disgustos y fueron objeto, ambos, de intrigas propias y ajenas. Pero la amistad personal se conservaba a salvo, sin mácula.

Esa situación afectiva perduró hasta que fueron conocidas las primeras pruebas que comprometieron a Obando en el crimen de Sucre. No hay que olvidar que Mosquera era bolivariano. Había sido secretario del Libertador y su devoción por él y por su causa subsistió hasta el final de sus días. A su último hijo, nacido cuando el gran general tenía más de ochenta años, puso por nombre Bolívar.

Fue, pues, a partir de la muerte de Sucre cuando Mosquera se convirtió en irreductible enemigo y feroz perseguidor de Obando, aun más allá del territorio patrio. No obstante, y como hecho significativo, fue en el gobierno de Mosquera en el que se le concedió indulto y pudo retornar a marchas forzadas desde las lejanías del Perú. Ya de regre-

so, al terminar el gobierno de su amigo José Hilario López, logró ser elegido presidente de la República, esta vez por elección constitucional.

De interés resulta transcribir todo el párrafo de las *Memorias* de don Salvador Camacho Roldán sobre estos episodios de la vida de Obando, cuando regresa del Perú, a donde lo había llevado el destierro y en donde, sumido en la mayor pobreza, había trabajado los oficios más humildes, entre ellos hortelano. Tan pronto conoció la amnistía del gobierno Mosquera, que tenía nombres propios, reventando caballos logró llegar a Bogotá. Oigamos al doctor Salvador Camacho Roldán,[25] admirador entonces en grado sumo, como se verá, de Obando, no obstante que después, por ironías amargas del destino, habría de ser su implacable fiscal en el juicio que se le adelantó ante el Senado, caída la dictadura de Melo que lo había destronado del solio de Bolívar:

«El general Mosquera había dictado el 1º. de enero un decreto de amnistía general para todos los delitos políticos cometidos en épocas anteriores y para los delitos comunes anteriores a 1840, el cual favorecía a algunos desterrados por los hechos de 1840 a 1842: Entre ellos se contaba el general Obando, quien desesperado con una expatriación de siete años, voló desde Lima, lugar en que había hecho su residencia, hasta Bogotá, a donde llegó por caminos extraviados el 10 de marzo, probablemente sin saber de la elección presidencial y sin que aquí se tuviese noticia anticipada de

[25] Autor citado. *Memorias*.

aquella resolución audaz. A las dos de la tarde, hora en que se supo la aproximación del proscrito, empezaron a salir a encontrarlo los primeros grupos de sus amigos políticos, y a las siete de la noche, cuando penetró en las calle de la ciudad, más de cuatrocientos jinetes y de dos a tres mil personas a pie lo acompañaban. Alójase en una pobre casa del barrio de Las Nieves, en donde vivía una parienta suya, y al siguiente día, a las doce, la sala y los corredores estaban llenos de visitantes de todas las clases de la sociedad. Entre ellos vi, no sin alguna extrañeza, a los secretarios de gobierno y de guerra, señores doctor Alejandro Osorio y General Joaquín María Barriga. Durante tres días siguieron estas visitas a toda hora del día y aun parte de la noche. ¿A qué se debía esa extraordinaria popularidad?

«Desde 1831, en que el general Obando había hecho un papel distinguido en la restauración del régimen constitucional conculcado por la usurpación del general Urdaneta, sólo una vez había venido a la capital: en 1836 había ocupado el puesto poco envidiable de candidato oficial a la presidencia de la república, en competencia con otro candidato liberal, el doctor Vicente Azuero, y esta división en las filas liberales había sido causa de que ambos fuesen derrotados por una candidatura de reacción: la del doctor José Ignacio Márquez. Desde 1832 hasta 1840 había vivido tranquilo en Popayán, consagrado a trabajos agrícolas. Su participación en la guerra civil de 1841 a 1842 había sido desgraciada, pues en 1841 fue vencido en Huilquipamba por las fuerzas combinadas, eso sí, de Nueva Granada y el Ecuador, mandadas por los tres generales Herrán, Mosquera y Flores, y en 1842 por el ejército granadino a órdenes

del general Joaquín María Barriga, en La Chanca. La persecución enconada de que fue objeto en los siete años de su expatriación en el Perú, fue sin duda una de las causas que le atrajo la simpatía especial de una gran parte de sus conciudadanos.

«Era de alta y erecta estatura, blanco, de ojos azules, bigote y cabellos castaños, fisonomía seria de ordinario, pero muy afable y cortés en la conversación, especialmente con los pobres, los niños y los ancianos. Tenía dotes especiales para captarse fácilmente el afecto popular. Al siguiente día de su llegada, estando llena de personas conocidas la sala de la casa, entró un zapatero pobre y viejo, que a la vista de tanta gente se sintió muy azorado, preguntando en dónde estaba su general Obando. Evidentemente éste no lo conocía, pero notando su cortedad se levantó de su asiento, y dirigiéndose a él con un abrazo estrecho:

«"¡ Ah! Mi viejo amigo, venga siéntese aquí a mi lado", le dijo, y en efecto le dio asiento en el mismo canapé.

«No eran notables sus talentos y muy poca su ilustración, pero tenía aires de persona distinguida y su conversación era alegre y discreta, Sus enemigos, especialmente el general Mosquera y el señor Julio Arboleda, lo acusaban de actos de ferocidad durante las guerras civiles de 1838 y 1841 a 1842; pero su conducta posterior en 1860 y 1861, época en que mostró mucha generosidad y benevolencia con los vencidos,[26] a la vez que la popularidad, casi el amor, de que gozó siempre entre las poblaciones del Sur,

[26] Evidentemente el doctor Camacho Roldán se equivoca en esta cita, pues fue en esa revolución de 1860 en la que cayó muerto Obando.

parecen desmentir esa imputación. Los hijos son un testimonio inequívoco del carácter de los padres; y las hijas del general, a juzgar por la opinión uniforme, que he oído expresar acerca de ellas, fueron un dechado de virtudes y gozaron de la estimación de todos los que las conocieron. Los hijos varones, tres de los cuales conocí y traté, fueron jóvenes dotados de un genio dulce y benévolo, especialmente el mayor de ellos. Si, queriendo agotar este asunto, buscáramos también el concepto de sus esposa, me bastará decir que esta distinguida señora le fue adicta sin reserva durante la vida, y profesó luego culto a su memoria hasta el último día.

«Me he detenido en estos pormenores porque la vida del general Obando, tan enlazada con los sucesos de nuestra historia desde 1828 hasta 1861, lo está igualmente con un problema histórico relativo a uno de los grandes crímenes políticos de nuestro siglo.

«Decía, pues, que había llegado este personaje, víctima durante siete años de persecución encarnizada en los países extranjeros, y, como era natural, animado de pocos deseos de conciliación entre los partidos. En tales circunstancias estaba llamado a ser el jefe del liberalismo, el sucesor inevitable del general López en la presidencia de la república y un elemento de modificación en la marcha política del país. Su primera manifestación fue la de que el objeto de su venida era someterse a juicio por el asesinato del general Sucre, ocurrido diez y nueve años antes, del cual se le había acusado, por el que se le había querido juzgar en 1840, en medio de la guerra civil suscitada en ese año por la insurrección de Pasto, y había servido de pretexto para solicitar

su extradición del gobierno del Perú durante la legación del general Mosquera en ese país en 1843 y 1844. En este sentido dirigió, pues, en los primeros días de su llegada, una representación al congreso, en la discusión de la cual precisamente tenían que exhumarse todas las pasiones que en 1830 y 1840 habían agitado el espíritu público, agregándose esos nuevos combustibles a los que ahora hervían en los ánimos con motivo de los sucesos de la última elección presidencial.

«La justicia exige, sin embargo, confesar que el general Obando no podía proceder de otro modo, después que esa acusación había amargado toda su vida, en 1831, 1840, 1843 y 1844, lo había obligado a precipitarse en la guerra civil de 1841, y había embargado todo su pensamiento durante el destierro en la tarea de contestar los libros que el general Mosquera, el señor Irisarri, agente pagado por aquél, y otros, habían regado por todo el continente para propagar esa verdad o esa calumnia. Dado el puesto que ocupaba en la consideración de sus conciudadanos, su silencio enfrente de ese cargo podía servir como una prueba más de su responsabilidad. Vindicándose, a todo podía aspirar; sin vindicarse, todo lo podía perder.

(…) «Su deseo de que nuevamente fuese abierto el proceso por el asesinato de Sucre, no tuvo efecto. Fue general el concepto de que el esclarecimiento de ese enigma se dejase al tiempo y no se envenenase con esos recuerdos la ya peligrosa situación del país. Los dos lados de las cámaras estuvieron de acuerdo en que la amnistía de 1º. de enero cerraba la puerta a nuevas indagaciones sobre ese oscuro problema en que todavía hoy vacila la historia."

He allí, con la pluma elegante y el patriotismo del doctor Camacho Roldán, la descripción de un caudillo, que lo fue Obando. Amado por las multitudes, afable hasta la demagogia, como pasó con el zapatero del cuento; de no muchas luces ni preparación, pero dueño de una hidalguía que se conjugaba con su apostura personal. Y sobre todo un halo mezcla de leyenda, de victimario y víctima, de ferocidad y buenas maneras. Eso era Obando, mimado de nuevo por los dones de la diosa Fortuna. De la sima a la cima y, otra vez, a la sima. Porque se hizo elegir presidente de la República en reemplazo de su amigo el general José Hilario López. Pero cuando todos esperaban una presidencia liberal, moderna, de grandes conquistas sociales, no fue así.

Todo sería un fracaso que culminaría en el golpe de José María Melo, que todos dijeron entonces que había sido con el consentimiento del propio Obando. Luego hubo un juicio, a instancias de Mosquera, vencedor de Melo, ante el Senado, que lo condenó por indignidad en el ejercicio de la Primera Magistratura de Colombia. De paso es bueno recordar que esa Corporación solo ha condenado a Obando, a Tomás Cipriano de Mosquera y a Gustavo Rojas Pinilla, los tres presidentes de la República; y a don Florentino González como Procurador.

El Congreso se había reunido en la ciudad de Ibagué en virtud de convocatoria del vicepresidente don José de Obaldía, y había hecho un pronunciamiento en contra de Obando por haber permitido el golpe de estado. Éste, por lo demás, durante todo el tiempo del gobierno dictatorial fue mantenido casi prisionero, unas veces en el palacio presidencial –que era el de San Carlos–, otras en el cuartel de San Francisco.

En una oportunidad trató de buscar la mediación del representante diplomático de Inglaterra para que el usurpador lo dejara salir, y a él le dijo que su propósito era ir a unirse a las fuerzas legitimistas. Pero Melo no accedió.

La estrategia para derribar el gobierno de facto fue meticulosa, excesiva tal vez. Había un ejército del Sur al comando del anterior presidente José Hilario López y el general Joaquín París. Había otra fuerza al comando del general panameño Tomás Herrera, quien había asumido el mando como jefe de estado antes de que su paisano Obaldía pudiera hacerse cargo. Herrera habría de morir heroicamente al entrar a Bogotá y ser recibido por las ráfagas de las fuerzas de Melo. Por el Norte estaba el general Pedro Alcántara Herrán, recién llegado de la legación diplomática en los Estados Unidos, conjuntamente con Mosquera.

El 4 de diciembre de 1854 entran triunfalmente a la capital las diferentes fuerzas. Melo iza la bandera blanca y se entrega. Obando es tomado prisionero a las órdenes del Congreso. Se dijo que había sido factor decisivo, incomprensiblemente, de la audacia del general Melo.

Obando está enfermo. Tiene sesenta años y se halla abatido por un ciclo depresivo. Es llevado a las barras del Senado, donde se le hará un juicio por indignidad. La Cámara designa fiscal a Salvador Camacho Roldán, que no tiene treinta años. El mismo que había escrito las páginas que atrás vimos, hijo de don Salvador Camacho, gran obandista.

La catilinaria que el joven fiscal pronuncia para la historia, con acento heroico, en la parte del exordio, reconstruido por el doctor Carlos Lozano y Lozano, increpa:

«Hay en la vida del general Obando un drama intrincado que confunde la imaginación y conmueve el espíritu. Hay en las variadas peripecias de su agitada carrera pública, ya acusado, ya vindicado; ya vencedor, ya vencido, ya despreciado, ya enaltecido; ya en la cumbre del poder y la popularidad, ya en un abismo sin fondo cavado por su propio crimen, una fatalidad misteriosa que lo arrastra como al Edipo de la fábula del bien al mal, y de la gloria del mando a la maldición de los parricidas».

Y retornó la desgracia para el general Obando, encumbrado como estaba. Otra vez en el abismo, mientras llegaban los días grises de una vejez que se anunciaba terrible. Y al paso de los años, al iniciar 1860, como cosa curiosa, sobreviene otra vez Mosquera a la soledad en que vive en Popayán. Lo visita en su casa; y con acento seguro de su destino, le dice: "Dame la mano José María, vamos a luchar por la libertad". Y Obando le da la mano, y después de la mano el abrazo. Porque si Mosquera, lleno de ambiciones, enérgico y altanero, tenía que aliarse con el diablo para triunfar, así lo hacía, y así lo hizo con Obando y López.

III

Al lado de Mosquera. – Su muerte. Venganza de Mosquera

Discurrido un tiempo dentro de ese eterno agitar, Mosquera levantó medio país y mostró una vez más su gran capacidad para la guerra. Su oponente de turno es el gobierno de don Mariano Ospina Rodríguez. Y es entonces cuando, al calor de las urgencias revolucionarias, sin inhibición alguna, se muestra ante la historia de la mano tanto de José Hilario López como de ese archienemigo del pasado, Obando. E hicieron la revolución triunfante de 1860 bajo el comando de Mosquera, quien, orgulloso y enérgico, usaba el pomposo título de Supremo Director General de la Guerra. En esa empresa habría de rendir su jornada en condiciones lamentables José María Obando. La amistad, indisoluble ya, los uniría por la eternidad.

Vale la pena anotar, en relación con la estrecha amistad que en los primeros años de su vida unió a los dos generales caucanos, que cuando Obando se encarga por primera vez

de la presidencia ha tenido un duelo familiar muy doloroso. Se le ha muerto una hija que, buen padre de familia como lo fue, amaba con infinita ternura. La llamaba "La Pastusita", porque había nacido en Pasto.

Y entre sus dolores, la soledad del poder, su presencia en tierras que no eran las suyas, le escribe fraternalmente a Mosquera invitándolo a que lo visite en Bogotá y a que juntos compartan el solaz montesco de una cacería por los cerros circundantes de la capital. «Tráete –le dice– perros pintados, que es lo que importa para matar aquí los malos ratos que nos dan las penas familiares. Hoy hace veinte días que murió mi hijita pastusita, y estoy muerto de sentimiento. Esto no tiene compensación posible, y sólo podemos distraernos corriendo venados».

Como lo anota Lemos Guzmán,[27] «el mejor homenaje a sus amigos era invitarlos a irse monte adentro, arma al hombro, por montañas o cerros…» Y agrega Lemos,[28] tratando el mismo tema de la amistad de ambos: «A Mosquera, en alguna ocasión, le escribe –Obando- con franqueza y le dice: "Nuestra cuestión fue noble, y noblemente sostenida; los dos no fuimos contendores de pasiones sino de principios; alguno de los dos fue el equivocado, y cualquiera de los dos habría sido suficientemente caballero para ceder, debiendo ser el otro lo mismo para aceptar, y ambos generosos, cumplidos y eternamente consecuentes y unidos para la

[27] Autor, obra citada.
[28] *De cruz verde a cruz verde*, Antonio José Lemos Guzmán.

Patria, y la mutua amistad, que debe distinguirnos, mucho más delante del mundo que nos vio entonces en entredicho político, pero no personal"».

Todo esto que se ha dicho demuestra que entre el férreo general Tomás Cipriano de Mosquera y José María Obando podrían identificarse, al estilo de Plutarco, dos vidas paralelas. Cercanos pero distantes, sin que, salvo al final, pudieran encontrarse. Mas hay un hecho diamantinamente cierto en el final de la vida del segundo, y es que el primero estuvo en su propio bando y cobró, a su estilo inquebrantable, la venganza que su ley le permitía en homenaje al amigo de infancia y al compañero, bajo la misma bandera, que moría vencido sin ninguna consideración con él por parte del matador.

De otro lado, es preciso decir que para entonces Mosquera había dejado de ser conservador y se había identificado con la ideología liberal de Obando.

La muerte de Obando, por supuesto, hace parte de ese sino fatal que lo perseguía desde antes de su nacimiento y que lo agobia en la madurez. Para unos fue un castigo divino; para otros, resultado de aquella misma maldición. Dispénseseme que esos aciagos momentos finales los consigne con el patético relato del historiador José María Cordovez Moure:[29]

«De Bojacá salió Obando en las primeras horas de la mañana del día 29, atravesó la sabana hasta llegar al sitio

[29] Autor citado, *Reminiscencias de Santafé y Bogotá*.

llamado "Tres Esquinas de Bermeo", y se detuvo en la venta que allí tenía Vicente Salinas, antiguo sirviente del Libertador. En este sitio le encontró don Pedro Pulido, rico hacendado liberal, quien aseguró al general Obando que hacía tres días que por allí no pasaba ninguna caballería del Gobierno.

«Con Obando venían, entre otros, el coronel Patrocinio Cuéllar, don Juan de Dios Restrepo, don Ramón Carvajal, Aníbal Mosquera, hijo del general; el coronel Francisco Troncoso, comandante de la compañía que llamaban La Marina, compuesta de bogas del Magdalena; el capitán Daniel Aldana y los restos de las ambulancias que habían quedado atrás del ejército revolucionario, compuestas de 70 reemplazos, 150 hombres de caballería mal montados, 30 altas del hospital, 100 soldados del batallón noveno y unos 30 hombres que el coronel Cuéllar había sacado de los hongos de guerra, que no podían caminar con velocidad a pie; 380 hombres entre todos, según consta en la circular del presidente provisorio de los Estados Unidos de Nueva Granada a los presidentes y gobernadores de los Estados, fechada en Fusca el 1º de junio de 1861 e inserta en los actos oficiales del Gobierno Provisorio, páginas 93 a 99, mal armados, peor vestidos y en situación tal que, si se presentaba, como sucedió, el caso de sostener un combate, tenían el 90 por 100 de probabilidades en contra.

«Al continuar la marcha, el coronel Cuéllar indicó a Obando la conveniencia de que tomara el camino de El Rosal, para reunirse en el mismo día con las fuerzas del general Mosquera, añadiendo que lo contrario podría traducirse como miedo. "Puesto que es cuestión de miedo,

vamos adelante", dijo Obando, al mismo tiempo que dio al capitán Aldana la orden de que hiciera devolver la fuerza que ya había tomado el camino de La Vega.

«Tan luego como el amigo de La Mesa llegó al cuartel general el ejército del gobierno e impuso al general en jefe de la aproximación de la gente de Obando, destacó al entonces coronel Heliodoro Ruiz con fuerzas de infantería y caballería, bien armadas y montadas, para que saliera al encuentro de aquél.

«El coronel Ruiz, militar experimentado y valeroso, situó las fuerzas de que disponía en los puntos llamados "El Rosal", "Tierra Negra" y "Cruz Verde", cubiertos de malezas, que favorecían el éxito del plan concebido.

«Entretanto se acercaba el general Obando al término funesto de su destino; con una imprevisión y confianza inconcebibles, marchaba en dirección del campamento liberal, cuando la guerrilla de Infantería del Gobierno rompió los fuegos, y casi al mismo tiempo, atacó la Caballería. La sorpresa apenas dio tiempo a las fuerzas revolucionarias para desplegarse y contestar al fuego; pero, después de una débil resistencia, se declararon en derrota, en el momento en que el oficial Joaquín Pulido entregaba al general Obando la comunicación del general Mosquera en que le ratificaba el itinerario de La Vega como el único seguro para llegar al cuartel general. "Es tarde", contestó el infortunado jefe.

«Consumado el desastre de las fuerzas que mandaba el general Obando, éste trató de huir, y, al efecto, hizo desensillar la mula en que montaba para ensillar el caballo bayo careto que llevaba de diestro el asistente, y, una vez cambiada la cabalgadura, se alejó del campo de combate con

probabilidades de salvación, cuando al pasar por un puente inclinado y resbaladizo cayó el caballo en una zanja; el capitán Aldana, que lo acompañaba, alcanzo a oír las palabras de Obando con que invocó a la Virgen del Carmen. El caballo del general salió del atolladero y echó a correr hacia el sur, asustado por los gritos de los vencedores que se acercaban, y cuando Aldana se ocupaba en cogerlo, llegó un lancero a donde estaba Obando y le dio una lanzada, sin atender a las voces de éste que se declaraba rendido.

«Al cadáver del general Obando lo sacaron arrastrado por los pies y lo dejaron a la vera del camino. Estas escenas de muerte y desolación tuvieron por teatro uno de los sitios más lúgubres y desapacibles de esa comarca, a la pálida luz de un sol de invierno. A la caída de la tarde recogieron el cadáver de Obando y al doctor Cuéllar moribundo, para conducirlos a Funza con el fin de dar decorosa sepultura al primero y proporcionar auxilios al segundo. Los doctores Bernardo Espinosa, quien se hallaba en el cuartel general del gobierno, llamado a recetar al general París, que estaba enfermo; Joaquín Maldonado y Antonio Vargas Vega, a quienes condujo personalmente en carruaje propio el caritativo caballero don Ruperto Restrepo, acompañado de don Gregorio E. Mulet, alcanzaron a prestar algunos cuidados médicos al desgraciado coronel Cuéllar, quien murió en la noche del 30 de abril, después de recibir los Sacramentos.

«Tocó a los profesores antes citados, asociados al doctor Ignacio Ardila, hacer el reconocimiento de los dos cadáveres. Del acta que levantaron consta que el general Obando tenía una cortada profunda en la nariz y cinco heridas mortales de lanza, de las cuales una le atravesó, interesándole un

pulmón y el hígado; varios raspones y contusiones y cortada con navaja la mitad del bigote».

Esa revolución, como es conocido, la ganó Mosquera con la última batalla del 18 de julio de ese año 61. El presidente Ospina ya había hecho abandono del cargo y había asumido interinamente el Procurador, doctor Bartolomé Calvo. Mosquera llegó a Bogotá y se hospedó en casa de su hija Amalia, a la que adoraba, casada con el general Pedro Alcántara Herrán.

Entonces, lo primero que hizo fue mandar poner presos a los señores doctor Andrés Aguilar, quien era intendente de Cundinamarca; a don Plácido Morales, Prefecto de Bogotá y al coronel Ambrosio Hernández. A los dos últimos les atribuía la autoría en el plan de la fuga de los presos del 7 de marzo, para asesinarles después, como ocurrió, indefensos. El primero estaba comprometido, a los ojos implacables del Director Supremo de la Guerra, como el principal autor de la muerte de Obando y del doctor Cuéllar. Y ordenó, desde el mismo día, la ejecución.

Sus subalternos utilizaron varias estrategias para dilatar la orden, cosa que enfureció a Mosquera. Un día después llegó a visitarlo el eminente patricio don Miguel Samper. Un poco aterrorizado le dijo al general: «En la calle se dice que usted ha mandado a fusilar al doctor Andrés Aguilar, a don Plácido Morales y a Ambrosio Hernández». Y Mosquera, encrespado, contestó:[30] «La noticia que usted ha escuchado es cierta. Esos hombres serán fusilados, porque yo juré cas-

[30] Cordovez Moure, obra citada.

tigar con todo rigor al asesino de Obando y Cuéllar y a los autores del asesinato de los presos el 7 de marzo». Samper replicó: «Pero, general, esos caballeros tienen derecho a que se les oiga en juicio y a que se les absuelva si son inocentes, como yo lo creo.» Mosquera, indignado, respondió: «Señor Samper, yo no soy un juez que administra justicia en un juzgado, sino un general vencedor que aplica el derecho de gentes. He resuelto fusilarlos y usted sabe que yo sé hacerme obedecer.»

Y contra los ruegos de su propia hija Amalia y de toda la ciudad, los hizo fusilar en la conocida Huerta de Jaime, hoy plaza de Los Mártires.

Sucre yace asesinado en el paso de Berruecos

EL CRIMEN

I

La marcha de Sucre
Como Cervantes, había perdido un brazo

Entre las brumas de una mañana muy fría, el 15 de mayo de 1830, salió el pequeño cortejo de una Bogotá adormilada. Lloviznaba. Las gotas de la lluvia caían como alfileres sobre los rostros y las manos. Una recua de mulas iba a la retaguardia portando el equipaje definitivo de quien aspiraba a quedarse para siempre en su lejano destino, entregado a las delicias del hogar, la esposa tierna, la pequeña hija, las labores del campo y los recuerdos, algunos gloriosos, otros de frustrantes desengaños.

A la cabeza montaba, de civil, con sombrero, el brazo y la mano derecha inválidos, un hombre aun joven, alto, delgado, de perfil romano, con majestad en los movimientos acompasados, blanca tez y sin ostentación alguna. Era el Gran Mariscal de Ayacucho Antonio José de Sucre, que así emprendía el viaje de regreso a Quito donde, como ya ha sido comentado antes, se había casado con la también

mencionada marquesa de Solanda, doña Mariana Carcelén Larrea y con la cual tenía una hija muy pequeña, Teresita. El deber con la patria le había impedido dedicar el tiempo apropiado a la esposa y a la prole. Tenía afán, casi desesperación por llegar.

Ese camino lo había hecho antes muchas veces, algunas solo, otras con el ejército libertador. La jornada era dura, la cresta de Los Andes arisca, empinada, sembrada de precipicios y de selvas. La víspera, cuando fue a despedirse del vicepresidente encargado del poder ejecutivo, general Domingo Caicedo, su gran amigo, éste le había casi suplicado que no tomara el camino de Pasto sino el de Buenaventura. Sabía que hervían las pasiones y que Sucre, desaparecido del gobierno el Libertador, era el imán de todas las miradas feroces de los enemigos. Y de todos los odios. Porque veían en él al sucesor leal. Y porque de Sucre podría decirse lo que tal vez se dijo de Pericles: que le servían de defecto sus virtudes. Y la virtud, más que reconocimiento y admiración, suscita recelos y enemigos.

Como Cervantes, prácticamente había perdido un brazo heroicamente en Chuquisaca, siendo presidente de Bolivia, en un motín organizado por peruanos y argentinos, en el que también, con intrepidez y coraje, el Gran Mariscal enfrentó solo a los conjurados.

Leamos lo que al respecto escribe Cova:[31]

«Cuando Sucre regresó de La Paz a Chuquisaca después de su encuentro con Gamarra, ya estaba desligado definiti-

[31] Cova, *Sucre Ciudadano de América*.

vamente de Bolívar. Desde La Paz había escrito a Flores: "Lo más tarde, estaré en Quito a fines de agosto... Estoy cierto de que el país (Bolivia) me ama y que las nueve décimas partes quieren que me quede... Con todo, mi honor y mi reputación exigen que me marche el 6 de agosto y nada me detendrá..."

«Pero la sincera resolución de Sucre de alejarse del país donde se consideró siempre "un extranjero", vino a precipitarla la insurrección del cuartel de "granaderos a Caballo". Capitaneado por el argentino Caínso y el peruano Victorio, agentes ambos del General Gamarra y del argentino Bustos, representante diplomático de su país en Chuquisaca. Los cabecillas a las tres y media de la mañana del día 18 de abril asesinaron al oficial de guardia, alférez Contreras, se apoderaron de la fuerza existente, con cuya complicidad contaban, se pronunciaron contra el gobierno y principiaron a organizarse para sorprender a Sucre en el Palacio Presidencial, ya que la ciudad estaba desguarnecida, pues las tropas colombianas habían ya salido con destino a Guayaquil.

«Al amanecer las tropas de Caínso y Victorio se encontraban formadas y ya listas para entrar en acción, cuando de repente, el Gran Mariscal, que había sido informado de la rebelión, irrumpía a caballo seguido de su ministro Infante y de sus ayudantes Escalona y Andrade, en el propio cuartel. Al mirarle los insurrectos marchar sobre ellos, sable en mano, y de manera resuelta, le hicieron algunos tiros, mas como el héroe siguiera avanzando veloz y avasallador, se atemorizaron y metiéronse en confusa y atropellada multitud dentro del edificio, donde también los siguió su formidable perseguidor.

"Creí contenerlos – escribía Sucre más tarde – echándomeles encima, pero me recibieron a balazos».

«En el acto de atravesar la puerta del cuartel, el centinela que había quedado allí hubiérale disparado un tiro a quemarropa si su ayudante Escalona, más ligero que aquél en sus acciones, no le hubiera atravesado con su lanza.

«El valor indomable de Sucre no logró la pacificación del cuartel, porque en el preciso instante en que el Gran Mariscal iba a descargar su pistola sobre uno de los principales y más exaltados insurrectos, un tiro de tercerola le destrozó el brazo derecho, lo que le impidió gobernar el caballo, que asustado por los fuegos, se echó a correr por toda la ciudad siempre con su jinete encima, hasta llegar a su pesebre, donde al penetrar, golpeó al Mariscal en la frente, dando con él en tierra, y causándole la caída un síncope alarmante.

«Los que siguieron el galope del caballo de Sucre, refieren que cuando cruzaba por la plaza principal el Gran Mariscal, casi desfallecido exclamó: "¡Chuquisaqueños!", y cuando fue llevado a su alcoba por los servidores de palacio, ya recobrado el conocimiento, lanzó esta amarga queja: "¡Ay, lo que no ha sucedido en toda la guerra de la independencia...!"»

El brazo, pues, lo perdió al movimiento. El brazo derecho precisamente, con el que podía blandir el sable como un tigre de Bengala o disparar certero la pistola. O sea que gobernaba las bridas con la mano izquierda y quedaba prácticamente indefenso ante cualquier ataque sorpresivo.

Salió de Bogotá casi sin testigos. La pequeña ciudad aún no se despertaba, pero los conjurados sabían el itinerario y las horas de cada jornada. Había una red de comunicaciones

tupida y eficaz que mantenía al día en las informaciones a todos los que habían estado comprometidos en el atentado de la noche septembrina contra Bolívar y seguían con la misma vesania alimentando su furia contra Bolívar y sus allegados.

Acompañaban a Sucre un hacendado ecuatoriano que había estado con él en el Congreso Admirable, de nombre José Andrés García Tréllez. Era su amigo. Dos muleros encargados de la recua y dos sargentos llamados Lorenzo Caicedo y Francisco Colmenares. Poca custodia para el hombre que había esculpido su nombre en Ayacucho, que había sido presidente por cuatro años de la nueva república de Bolivia, y el que hacía pocos meses había impuesto su genio por encima de la superioridad numérica de los peruanos, agresores en Tarqui.

Pero en realidad Sucre había declinado una escolta mayor, seguramente porque carecía de recursos para financiar una marcha de mayores dimensiones. Y, no obstante las advertencias y el crujir de dientes que oía a sus espaldas, marchó con el alma desbordante porque cada hora que pasara en adelante lo acercaba a sus seres queridos. Él que ya no tenía más familia que su esposa y su hija, porque todos los demás miembros se los había engullido la ferocidad de la guerra.

II

Primeros indicios. – El club
Publicaciones indicadoras. – La marcha. – Berruecos

Algunos historiadores cuentan cómo en Bogotá, al igual que antes, cuando la conspiración contra el Libertador de 25 de septiembre, se formó la Sociedad Filológica, ahora se había instalado un "club", en plena plaza de Bolívar –plaza de Bolívar de hoy-, en casa de un señor rico, de ascendencia antioqueña, llamado Francisco Montoya, quien la había alquilado a un amigo suyo. Y en ese club se acordó la muerte de Sucre. Le habían hecho "inteligencia", le colocaron espías y las noticias volaron por todos los cuatro costados de una patria adolorida por tantos horrores. Eran conspiradores en nombre de la libertad. Y en nombre de ella creían que el crimen les estaba permitido. Cova [32] cuenta:

«El bogotano don Genaro Santamaría fue de los asistentes al famoso "Club" instalado en la casa de don Pancho Montoya,

[32] Autor, obra citada.

y concurrió a la sesión donde se decretó el asesinato de Sucre y refería que, adoptada esa medida, se comunicó a Obando para suprimirlo si iba por Pasto; al General Murgueitio, si iba por Buenaventura y al General Tomás Herrera, si iba por Panamá (...) El mismo señor Santamaría agregaba, que él fue el primero que salió de la casa, y al llegar a la puerta, vio al General Sucre paseándose en el atrio de la catedral con los brazos cruzados; que eso lo había impresionado mucho, pues le parecía que era un espectro que le aparecía, habiéndose, momentos antes, decretado su muerte...»

Había en Bogotá dos periódicos que servían de voceros a quienes se llamaban los liberales, pero en realidad no eran periódicos sino panfletos incendiarios. *El Patriota* y *El Demócrata*. Azuzaban y envenenaban más el ambiente. En uno de ellos –*El Demócrata*– se escribió el 1º de junio, cuando el Gran Mariscal había partido de Bogotá, una nota que claramente revela la sima infernal de la conspiración:

«Acabamos de ver con asombro, por cartas que hemos recibido en el correo del Sur, que el General A. José de Sucre, ha salido de Bogotá ejecutando fielmente las órdenes de su amo, cuando no para elevarlo otra vez, a lo menos para su propia exaltación sobre las ruinas de nuestro gobierno. Antes de salir del Departamento de Cundinamarca empieza a marchar su huella con ese humor pestífero, corrompido y ponzoñoso de la disociación. Cual otro Leocadio lleva el proditorio intento de minar la autoridad del Gobierno en su cuna, ridiculizándolo aun de su misma generosidad. Bien conocíamos su desenfrenada ambición después de haberlo visto gobernando a Bolivia con poder inviolable; y bien previmos el objeto de su marcha acelerada, cuando dijimos en

nuestro número anterior, hablando de las últimas perfidias de Bolívar, que éste había movido todos los resortes, para revolucionar el Sur de la República...

«Va haciendo alarde de su profundo saber, fundado en que no se le permitió entrar a Venezuela, temiendo el influjo de sus talentos. Se lisonjea de observar una política doble y deslumbradora. Afirma que los liberales y el pueblo de Bogotá es lo más risible, lo más ridículo que ha visto, que son entusiastas de boca, y nada más... En fin, osa decir, denunciando sus aleves intentos, que si todos los pueblos son así, está seguro de cantar victoria en todos ellos...»

Y terminaba la nota con estas terribles frases:

«...Pueda ser que Obando, haga con Sucre, lo que no hicimos con Bolívar, y por lo cual el gobierno está tildado de débil, y nosotros todos y el gobierno mismo, carecemos de seguridad...»

Con estas dos pruebas que los abogados penalistas denominamos indicios graves, se puede colegir que el crimen posterior era el resultado de la conjura que había trascendido los espacios misteriosos de la sombra.

La pequeña caravana llega a Neiva. Allí se hospeda Sucre en casa del gobernador José Hilario López, a la sazón con el grado de coronel y miembro muy importante del grupo de los enemigos del Libertador. Y veamos lo que sobre ese breve episodio escribe el historiador Luis Martínez Delgado: [33] «Es bien sabido que el 15 de mayo de 1830 salió el Mariscal Sucre de Bogotá para Quito. Pudo haber viajado

[33] Luis Martínez Delgado. *Berruecos*.

bien por Panamá o bien por Buenaventura, pero prefirió la vía Popayán-Pasto, pasando por Neiva. En esta ciudad se encontró con el entonces coronel José Hilario López, en cuya casa se hospedó. No tiene excusa la conducta de López, pues se mostró cínico, como dice Tamayo. En efecto, con fecha 19 de mayo le escribió al general Caicedo, vicepresidente de la República en ejercicio, una carta denigrante contra su ilustre huésped. "Diré a usted –escribió López- que el general Sucre es un tunante completo. Para mí, Sucre no es más sino un fantasma, que desaparecerá con solo echarlo al más alto desprecio; él ha sido mirado con telescopio, y yo que he tenido ocasión y noticias de discernirlo, lo veo con una óptica exacta. Tiene la necedad de hacerse creer el más solemne caballero, no siendo, en mi juicio sino el más *brigand superchero.*"»

Uno tiene que preguntarse por qué esta carta tan llena de viscosidad, que lejos de lastimar la memoria del Gran Mariscal la exalta y enaltece, es dirigida por López a quien está ejerciendo la presidencia de la República. Precisamente al general Caicedo que había dado el consejo a Sucre de que no viajara por Popayán, conocedor como dijo ser, de rumores peligrosos, que en verdad como se ve, no eran un secreto.

Las dificultades propias de esa penosa marcha no impidieron que llegara a Popayán. Y allí sintió con ansiedad la proximidad del Sur. Se sabe que Julio César frente al adivino que le había previsto la muerte para los Idus de Marzo, hacia el medio día y con cierta jactancia, le espetó a éste: «Mira que llegaron los Idus de Marzo y nada me ha pasado», a lo que el adivino respondió: «Llegaron sí, pero no han terminado». Y así podía pensar Sucre cuando había

sorteado indemne los territorios donde tenía mando José Hilario López.

Era, por supuesto, valiente e intrépido. En Popayán Sucre se aloja en casa de la familia Mosquera. Es amigo de Tomás Cipriano y de don Joaquín, a quien encuentra en el camino en marcha hacia Bogotá para asumir la presidencia de la República para la que acaba de ser nombrado por el Congreso Admirable.

En casa de tan distinguida familia, según lo cuenta Pérez y Soto,[34] «el padre Manuel José Mosquera recibe una carta de José Hilario López para que le sea entregada por éste al general José María Obando, cosa que hace puntualmente. Unos días después de que Sucre continuara su viaje hacia Pasto, el presbítero Mosquera recibía contestación de Obando en estos términos exactos: "He recibido tu carta, te la aprecio. Sucre no pasará de aquí..."»

Vale la pena anotar que, hacia el año cuarenta y tres de ese siglo XIX, este presbítero había llegado a ser el arzobispo primado de la Nueva Granada, y fue famosa su frase: "En Bogotá andan sueltos los asesinos de Sucre". Pero nunca dijo públicamente quiénes eran. Empero, sobre este tema individual y preciso se hablará al final, en el epílogo de este libro.

En el calor sofocante del Patía, Sucre avanza. Llega a Mercaderes, donde hoy termina el Cauca. Cambia el paisaje, se elevan los caminos, hace frío. Y el 2 de junio de ese terrible año treinta llega con sus acompañantes al punto

[34] Juan B. Pérez y Soto, *El crimen de Berruecos.*

denominado el Salto de Mayo. Allí vive un forajido, amigo de Obando, de nombre José Erazo con su mujer, tan taimada e inescrupulosa como su consorte. Tienen una fonda. Es un paso obligado para los viajeros. Y todos se hospedan, comen y atienden necesidades allí. El Mariscal y sus acompañantes se recogen temprano. La fatiga los doblega. Se acuesta y se levanta temprano y reemprenden la penosa marcha.

Y ocurre entonces algo prodigioso, premonitorio sobre el peligro que acecha con torva mirada. Cuando al día siguiente, después de la larga jornada, Sucre arriba a Ventaquemada, no sale de su asombro: allí está instalado y fresco el indio Erazo, acompañado del temible Juan Gregorio Sarria, amigo muy cercano de Obando. «Usted debe ser un brujo –le espeta–, pues habiéndole dejado en su casa, y no habiéndome pasado en el camino, le encuentro ahora delante de mí...»

Erazo evade la respuesta con una sonrisa maliciosa. Sucre, por primera vez, recuerda las advertencias que le habían hecho y da instrucciones a sus escoltas de tener listas las armas, pues sin duda la presencia de tales sujetos allí movía sus sospechas grandemente. Naturalmente no podía dar muestras de temor, y como es conocido, no era su talante asustadizo. Y entonces, lejos de mostrarse medroso, con gentileza los invitó a cenar y a pasar la noche allí, con él. Los sujetos sólo aceptaron un poco de aguardiente, y expresaron, no obstante lo avanzado de la hora, la premura que los asistía para no pernoctar en el lugar. Sarria adujo que era emisario de una delicada y urgente misión y debía llegar a Popayán. Erazo estaba afanado por volver a su casa del Salto de Mayo.

El sol es esquivo y el camino largo y tortuoso. El Mariscal decide salir lo antes posible del mortificante sitio. Y así, en rompe del amanecer, se dispone la marcha. Es el 4 de junio. Parten en medio de las ráfagas heladas de la montaña. Avanzan en la oscuridad. Hacia las ocho de la mañana los viajeros alcanzan un paraje conocido como El Cabuyal, en el conjunto siniestro y escabroso del temible paso de Berruecos. La trocha es abrupta y estrechísima, en medio de la jungla húmeda de nieblas. Los musgos y los helechos sobresalen de la floración virgen de frondosos árboles. Sucre va en el medio. Adelante cabalgan el diputado García Tréllez y el sargento Colmenares, y un poco rezagados lo hacen, a alguna distancia del héroe, el sargento Caicedo y los demás de la escolta.

O sea que, dadas estas condiciones que el camino impuso, Sucre, con las manos en el arnés de la montura, ofrece un blanco absolutamente perfecto para los asesinos, puestos allí por los arteros organizadores del complot. Por lo menos ya es de día, y los temores se espantan momentáneamente con los cantos de los pájaros, en la entonación armoniosa del amanecer. Y entonces, entre los trinos sedativos se mezcla un silbo humano. Es la señal convenida. Y a continuación, de la tupida maraña sale una voz que grita: «¡General Sucre...!» Entonces el Mariscal ya sabe lo que va a acontecer. Trata de frenar su caballería y mira hacia el lugar cerrado desde donde han salido el silbo y la voz. Nada alcanza a ver en ese instante. Los asesinos están camuflados y confundidos con el follaje. Y en ese preciso momento se oyen los disparos de fusil. Sucre cae herido mortalmente en el corazón y en la cabeza. La mula que cabalga resulta

también herida en el cuello y sale despavorida, a todo trote, por la montaña.

García Tréllez no era un compañero de verdad. O por lo menos no era un compañero valiente. Cuando oye los disparos en el eco de la montaña, espolea su bestia hacia delante en una fuga cobarde, sin importarle el amigo, su compañero del Congreso Admirable. Sólo voltea a mirar hacia atrás, lo que le permite ver la mula herida del Gran Mariscal en tropel sin jinete, regando sangre por el sendero. Ha de saber entonces que Sucre ha sido vilmente sacrificado.

El sargento Colmenares se había adelantado. García Tréllez lo alcanza y le cuenta lo que ha pasado. Y agrega que cuando se produjeron los estampidos, alcanzó a oír a Sucre al desplomarse que decía; «¡Ay, balazo...!» Ambos eran cobardes. Ninguno se devolvió. El sargento Colmenares se conformó con darles órdenes a sus dos arrieros de volver al sitio del crimen para verificar lo que había ocurrido. Y pocos minutos después regresaron llevando una prueba irrefutable: el sombrero del Mariscal atravesado por las balas y con sangre.

Por su parte el sargento Lorenzo Caicedo, a la zaga de Sucre, más valiente que los anteriores, cuando oyó los disparos aceleró la marcha y al llegar al Cabuyal halló en un charco de sangre, sobre la húmeda tierra negra y los pedruscos, el cuerpo inerte del prócer. Cova[35] completa el relato: «Después de titubear un rato frente al cadáver, Caicedo regresa a La Venta donde apenas encuentra un solo hombre,

[35] Autor, obra citada.

al que le ofrece media onza de oro para que le preste ayuda. De nuevo frente al cadáver, Caicedo y su acompañante limpian el rostro del Gran Mariscal, le cruzan las manos sobre el pecho y al pie de un árbol le dan cristiana sepultura. Con una tosca cruz de madera, amarrada con bejucos en el propio corazón de la montaña y cubierta de húmedos helechos, queda signada la tumba del Gran Mariscal de Ayacucho. A través de la espesura de la selva, tímidamente, comienza a filtrarse el sol...”

Crudo relato del que sobresale la perfidia de los criminales. Fríos, sanguinarios, sin corazón, segaban en esta forma villana la vida de uno de los hombres más valientes y virtuosos de la lucha por la independencia. Nada importaban los valores éticos ni el respeto a un héroe desprevenido y justo que iba de retiro de la vida pública pensando en las ocultas, hasta ahora, dulzuras del hogar. Pocas páginas en la historia pueden parangonarse a esta ignominia.

La parte dinámica, es decir, la acción del nefando crimen en la fase conocida, quedaba agotada en el sepulcro elemental del Gran Mariscal en la entraña viva de la tierra. En la montaña oscura, entre los bejucos y el barro del piso negro, cubierto todo por árboles milenarios de la jungla virgen, quedaba cárdeno, cubierto de fango, el nuevo Abel, como lo calificó Bolívar. Solo que eran varios los Caínes y no tenían remordimientos.

EL PRIMER JUICIO

I

Cartas con Flores
Una carta comprometedora al general Murgueitio

El proceso se inició en averiguación el 8 de junio de 1830. Fue accidentado. Duraría hasta el 25 de octubre de 1842, cuando se dictó sentencia por una corte marcial en Bogotá. Desde un principio las sospechas recayeron sobre José María Obando y no se descartó la complicidad de José Hilario López, o por lo menos su conocimiento del crimen. Tampoco faltó la convicción de una coautoría de Juan José Flores. Había en la vida de Obando demasiadas acciones terribles que hoy, al paso balsámico de los años, pueden intentar justificarse arriesgando la frase: es que todo fue resultado de la época tormentosa en que vivió. Sí, ciertamente el hombre muchas veces es el resultado de su circunstancia, o mejor digamos, de la coyuntura histórica en que debe actuar.

Ahora bien, me parece que, para mayor confiabilidad en la delicada materia, es mejor transcribir textualmente lo que *in extenso* ha escrito el historiador Guillermo Ruiz

Rivas,[36] advirtiendo que no es él, como se verá en el texto mismo, un perseguidor de la memoria del general caucano. Al contrario. Y si acudo a esa importante cita es precisamente para impedir hacer la narración episódica de mi propia cosecha. Ruiz Rivas escribe:

«La primera fuente de información –en relación con la muerte de Sucre– es el proceso, iniciado en averiguación del delito el 8 de junio de 1830 y cerrado doce años después, el 25 de octubre de 1842, con una sentencia pronunciada por la Corte Marcial de Bogotá. La segunda, el "Manifiesto del Gobierno del Sur", proceso preparado por Flores para justificar sus actos y las causas de la independencia del Ecuador; y la tercera, el diabólico libro publicado en Caracas por el erudito doctor Antonio José de Irisarri, denominado *Historia Crítica del asesinato cometido en la persona del Gran Mariscal de Ayacucho*, obra dedicada a cubrir de ignominia a Obando. Ese panfleto fue pagado al guatemalteco por el granadino Tomás Cipriano de Mosquera y es un libro con documentos a primera vista contundentes, pero que en su mayoría son desconfiables. Están presentados con malicia jurídica, algunos se intercalan mañosamente con fechas que no guardan orden cronológico y son un calco de las declaraciones ordenadas por Flores para eludir su culpabilidad.

«Cuatro días después del asesinato, por orden de Obando, el Prefecto de Pasto hace comparecer a Romualdo Gallego, José Pasos y Francisco Albornoz y ellos declaran que

[36] Obra citada.

vieron cinco soldados vestidos de paisanos y armados, que cruzaron la frontera del Ecuador, jinetes en buenas cabalgaduras. Estas declaraciones favorecen la versión de que "un comandante ecuatoriano, Miguel Guerrero, había atravesado la frontera en vísperas del crimen, con fines desconocidos". Cuando Flores tuvo noticias de que su amigo Obando estaba haciendo practicar estas diligencias, hizo comparecer ante las autoridades de Guayaquil al mismo coronel Guerrero quien declaró el 12 de junio haberse encontrado en Pasto el 27 de mayo anterior "llevando una comunicación de Flores para Obando" y testificó que Obando le había dicho "que había mil modos de impedir que Sucre llegara a su casa. Ya hay un desequilibrio en las fechas, pues Guerrero, citado en declaraciones tomadas en Pasto el 8, aparece rebatiéndolas en Guayaquil cuatro días después, siendo imposible que ese lapso fuera suficiente para transmitir la noticia entre esas dos ciudades, bien lejanas una de otra. El 26 de junio declaran en Pasto Nicolás Romero, Agustín Mora y Mateo Jolla, que no vieron en la posada de La Venta ni a Erazo ni a Sarria. A su turno, Flores ordena en Ibarra se tomen declaraciones a Pedro Frías (junio 9), quien insinúa que los comentarios generales acusan como autor del delito a Obando; al presbítero Juan Antonio Valdés (12 de junio) quien sugiere la posibilidad de que Obando se encuentre complicado en el asunto; al comerciante y diputado García Tréllez, quien acompañaba a Sucre el día funesto, que declara, no contra Obando, pero afirma haber visto en La Venta a Sarria y a Erazo.

«Esta última declaración hecha por un testigo de la mayor excepción, contradice las declaraciones tomadas en

Pasto el 26 de junio. Por último, aparecen tres declaraciones iguales y sin fecha, en las que "los esclavos de don Juan Larrea, Velasco, Saligne y Fortunet, declaran que vieron en un estanco de Pasto las diligencias que hacian subalternos del general Obando para proveerse de cartuchos. Además de estas declaraciones están las de los testigos que acompañaron al Mariscal, de cuyo contenido se han tomado las informaciones para reconstruir este suceso. El año de 1830 cierra su última hoja sin que en el expediente aparezca nada más de importancia. Los sucesos políticos posteriores ocurridos en la Nueva Granada interrumpieron el proceso. (...)

«Corre Obando suerte varia en la política de Colombia, con intervenciones que no vienen al caso. En octubre de 1836 el coronel granadino José Ramón Bravo, sustraído de la influencia de Flores, declaró que en casa del doctor Pedro José Arteta, el mismo Flores le propuso ponerse al frente de un pelotón para perpetrar el crimen de Sucre, esperando que el Mariscal llegaría a Pasto. Como Bravo se excusara, Flores, poniéndole la mano sobre el hombro le dijo: "Desengáñese usted, señor Bravo; desde Rómulo hasta nuestros días, los gobiernos se han consolidado por medio de la cicuta y del puñal". Declaró Bravo además que en vista de haberse negado a aceptar esta propuesta, Flores encargó de su cometido al comandante Miguel Guerrero; que de regreso de su comisión, Guerrero fue ascendido al cargo de coronel efectivo del ejército y Flores le hizo adjudicar en propiedad una casa situada en Cuenca.

«Esta declaración fue tomada el 5 de septiembre y ratificada, bajo juramento, el día 10. El mismo mes, el coronel ecuatoriano Ignacio Sáenz declara en Popayán que él conoce

muy bien quiénes son los verdaderos asesinos de Sucre; revela que del escuadrón acantonado en Ibarra fueron extraídos cuatro soldados, un cabo y un sargento; y que puestos bajo las órdenes del coronel Antonio España, pasaron la frontera y asesinaron al Gran Mariscal. (...)»

Del relato srgen dos posiciones antagónicas, una acusadora de Obando que tiene causa en Flores; la otra de Flores, con causa en Obando. ¿Cómo –podría preguntarse cualquiera–, se puede conciliar lo que resalta como una gigantesca contradicción? En realidad es preciso recordar que, sucedido el magnicidio, Obando, cuando tiene inmediata noticia de él, lo primero que hace es comunicar a Flores, en significativa carta que envía con su amigo el presbítero Juan Ignacio Valdez, y que dice:

«Pasto, junio 5 de 1830. Mi amigo. He llegado al colmo de mis desgracias: cuando yo estaba contraído puramente a mi deber, y cuando un cúmulo de acontecimientos agobiaban mi alma, ha sucedido la desgracia más grande que podía esperarse. Acabo de recibir parte que el General Sucre ha sido asesinado en la montaña de La Venta ayer 4: míreme U. como hombre público y míreme por todos aspectos, y no verá sino un hombre todo desgraciado. Cuanto se quiera decir, va a decirse, y yo voy a cargar con la execración pública. Júzgueme U. y míreme por el flaco que presenta siempre un hombre de bien, que creía en este general el mediador en la guerra que actual se suscita.

«Si U. conociera esto con todo su frente, U. vería que este suceso horrible acaba de abrir las puertas a los asesinatos; ya no hay existencia segura y todos estamos a discreción de partidos de muerte. Esto me tiene volado: ha sucedido en las

peores circunstancias, y estando yo al frente del Departamento: todos los indicios están contra esa facción eterna de esa montaña; quiso la casualidad de haber estado detenida en La Venta la comisaría que traía con algún dinero, quedó ésta allí por falta de bestias, y es probable hubiesen reunídose para este fin; pero como mandé bestias de aquí a traerla, vino ésta, y llegara la partida cuando no había la comisaría, llegando a este tiempo la venida de este hombre. En fin, nada tengo que poder decir a U. porque no tengo que decir sino que yo soy desgraciado con semejante suceso.

"En estas circunstancias, las peores de mi vida, hemos pensado mandar un oficial y al capitán de Vargas para que puedan decir a U. lo que no alcanzamos.- Soy de U. su amigo.- JOSÉ MARÍA OBANDO."

La primera impresión que deja es que parece una carta sincera y conmovedora. Pero más allá de esas palabras, se advierte cómo el general Obando, de una vez, señala como autores del horrendo crimen a la facción de facinerosos al mando del bandido Juan Andrés Noguera, que durante un tiempo largo asoló la región.

El destinatario, Flores, a la sazón en Guayaquil, contestó en carta de 14 del mismo mes de junio. Era una carta en que daba respuesta a tres más del general Obando. Cuando estaba en ese menester, según el mismo Flores lo anota, le llegó la carta en que se da parte de la muerte de Sucre. Es una misiva cuidadosa, calculada. De un ser frío. Se nota la deliberación al glosar las malas expresiones que Obando ha utilizado en las cartas anteriores. Y, por supuesto, él, Flores, se cuida de aparecer como el hombre altruista, generoso y desinteresado. Veámosla esa carta:

«Guayaquil, junio 14 de 1830
«Señor General José María Obando.

«Mi querido José María:

«Tres cartas tuyas he recibido, de las cuales la última es datada el tres del presente. No había querido contestar a las dos primeras, porque estaban escritas en el idioma de la dureza, y con una licencia que en ningún caso debe ser autorizada por la amistad, o mejor decir, que no debe tolerarse entre amigos, sino en caso de hablar solamente de asuntos propios. La última, concebida en términos moderados, y más conforme con la armonía que debe regirnos, me ha sido bien satisfactoria, porque estoy de acuerdo contigo en muchas de las observaciones que contiene.

«Jamás me ha tentado la idea de empezar la reorganización de los pueblos del Sur por una guerra fratricida, que nos desacreditase a todos, y que nos llevaría indudablemente al precipicio. En circunstancias tan angustiadas como en las que nos hemos visto, nada ha podido ocuparme más que la propensión a conservar estos pueblos tranquilos y ordenados, no era una política bien entendida de acoger los votos de Pasto, ni como tampoco lo habría sido el pretender forzarlos. Así es, que entre las cosas más agradables que ha tenido para mí tu última carta, está el convencimiento que tú manifiestas de mis intenciones en este negocio; y la más grande prueba del juicio con que lo he mirado, es, como tú dices, el no haber querido ocupar con tropas aquel territorio. Sus indicaciones para que estos asuntos sean ventilados en una Convención, está conforme

con mi modo de pensar, y tú sabes que lo que otros dicen, como lo que me hablas de Guerrero, se debe recibir de un modo que no influye en la marcha de las cosas, porque éstas siempre la rige la conducta positiva de los que mandan. Si tú fijaras la consideración en esto, sería proponerte nivelar las opiniones de todos, lo que es imposible en la revolución; y si yo me propusiera alegarte del mismo modo, no tendría cuándo acabar.

«Si llegase el caso que tú me indicas, de que el Cauca íntegro, concurriera a formar un estado con el Sur en razón de sus intereses particulares, y en atención a que los tres departamentos del Sur, solos, quedan expuestos a las pretensiones del Perú, las del Cauca serían siempre recibidas con entusiasmo y con agrado: aun me avanzo a decir que sería lo más que le conviene al Cauca, y lo que pusiera a cubierto de disgustos y alborotos: el poder del Sur se fortificaría de una manera temible para los extranjeros y respetable a las demás secciones de Colombia. Me alegraría infinito que esto sucediera, pero no trabajaré para ello por medios tortuosos que siempre detesto, y que no harían otra cosa que desacreditarme, y presentar motivos de celo y de disgusto. En todas mis cosas siempre me propongo una regla justa y que no me desacredite, y cuando llego a errar, es porque soy hombre; pero la intención del mal no me conducirá jamás.

«Hasta ahora todo marcha en estos departamentos tranquilo y feliz. Hay un entusiasmo inexplicable por la unión y los pensamientos por la paz, y porque la suerte del país sea sometida a la discreción y juicio de los representantes del pueblo es tal, que no se oye una sola contradicción. El

congreso se reunirá muy pronto en Riobamba, y de allí se emprenderán inmediatamente las negociaciones de amistad, de alianza, de franqueza y seguridad que deben ligarnos a las otras fracciones colombianas. Entre tanto, yo no daré un paso que pueda conducirnos a sucesos desagradables, y someteré en todo las deliberaciones que tenga que hacer, a la aprobación de aquel cuerpo. No dudo que tú contribuirás poderosamente a que esta intención no se altere, y a que en lugar de una deserción, nuestra amistad y nuestros deberes se estrechen y se rectifiquen (sic) siempre.

«Las muchas atenciones que han ocurrido a mi llegada a esta ciudad me obligan a concluir esta carta. No lo haré sin reiterarte mi afecto y buena amistad; y en prueba de ella me atrevo a aconsejarte que prescindas hasta donde fuere posible de usar en tus cartas expresiones fuertes, que muchas veces varían hasta el sentido de las cosas, y que casi siempre agrian los ánimos. Siempre soy tu invariable amigo, Juan J. Flores".

«Adición– En este estado recibo tu sorprendente carta del 5 del corriente: ella me ha sorprendido y me ha helado de horror. La muerte atroz del general Sucre ha producido en mi corazón una mezcla de sensaciones que yo mismo no alcanzo a explicar. Las cartas que he recibido del Ecuador y las lágrimas que se han derramado en este pueblo, es una razón más que aumenta mi dolor, por no decir mi desesperación. Tu carta me ha sido arrebatada por todo el mundo, y se imprimirá junto con una nota oficial que he mandado dirigirte en fuerza de mi deber y de los clamores generales. Es preciso confesar que aquí no se te ha culpado, porque nadie ha podido figurarse que un

hombre de sentimientos sea capaz de semejante iniquidad. Aunque tú, por las circunstancias, hayas desconfiado de mi amistad, yo he sabido como antes ponerte al abrigo de toda sospecha. Lo que importa ahora es, que tú despliegues toda tu actividad a fin de aprehender a los criminales, y que se les castigue ejemplarmente. También conviene sobremanera que tú hagas publicar oportunamente las diligencias que se practiquen y el esclarecimiento de un hecho tan atroz, a fin de satisfacer a los pueblos que están en expectación. Nada más tengo que decir por ahora, sino que yo quedaré llorando lágrimas de sangre por la pérdida de un ilustre general y de un amigo y compadre de todo corazón.- Flores».

La misiva deja varias impresiones: primero, que conforme a la inicial parte del documento, Obando había estado acariciando la idea de entenderse con Flores y anexar al Cauca –como en el futuro habría de ocurrir– al Ecuador, recién separado de la patria grande. No se puede negar que el general caucano cubría dos posiciones: una, la del patriota colombiano que, al mando de tropas, se traslada a la frontera siguiendo las órdenes superiores para impedir una eventual, pero muy previsible, invasión de Flores al territorio patrio. La otra era la del hombre calculador que de tiempo atrás cultiva una amistad con el ambicioso personaje que rige los destinos del hermano país y se apresta a facilitarle la anexión del Cauca –enorme extensión de territorio de la Nueva Granada– a un estado que ya había dejado de ser parte del territorio nacional colombiano.

En un segundo plano es de destacar que la carta, en general, utiliza términos muy cordiales, a diferencia de los

que, según el mismo Flores, emplea en su correspondencia Obando. Pero es fácil advertir que toda la respuesta de Flores deja a un lado el sabor de la amistad y se cuida calculada y meticulosamente en la escogencia de las palabras y los conceptos.

Bien podían estar ambos, Flores y Obando, comprometidos en el complot, aunque con intereses de apariencia diferente. Y aun más, iguales, si lo que se fraguaba era la anexión de una tercera parte del territorio de la Nueva Granada al Ecuador. En ese mismo propósito, que se descubre en la carta de Flores, no es excluyente que pudieran coincidir en la idea magnicida, animados ambos en el mismo fin. Y a esos propósitos, sin duda, era de alta conveniencia la desaparición del cumaneño.

Pero, aun prescindiendo del repugnante deseo anexionista de Obando, debe agregarse que en la sicología de éste reinaba un sentimiento profundo de odio contra la causa de Bolívar. Sentimiento que no había tenido, dos años antes, ninguna inhibición para planear y ejecutar la muerte misma del Libertador. Y Sucre, indiscutiblemente, representaba el lugar más destacado en el afecto de aquél. Pero a más de eso, no obstante el reiterado deseo de retiro por parte de Sucre de toda actividad pública, era él el mejor caudillo militar y político después de Bolívar. Más aun, nadie desconocía que éste lo estimaba como su virtual heredero y así lo había expresado públicamente, como atrás se vio.

Pero hay que adicionar, de otro lado, que Obando estaba en el entendimiento de que Sucre iba a Ecuador a desplazar a Flores y a poner el Sur bajo el protectorado del Perú.

Hay una carta de Obando de la mayor importancia, que publica el propio destinatario general Pedro Murgueitio –estrecho amigo, por cierto, de Obando–, y que corrió en el expediente a folios 23, 24 y 25, en la que sobresale esta creencia, al igual que las siniestras intenciones de Obando en relación con Sucre. Veámosla:

«Señor General Pedro Murgueitio. Popayán, mayo 18 de 1830. Mi amigo y compañero. Ha visto U. la quijotada más indigesta que la de Dorronsoro? Ya U. sabrá todas las ocurrencias de este Sr. Con algunos perdidos de Cali. Y creerá U. que el viejo Cancino haya tomado cartas en tal canallada? No puede U. figurarse lo molesto que estoy, y la acrimonia que ha causado semejante fenómeno. Ya se ve, D. Simón tiene la culpa de haber insolentado a los que se llaman defensores de su persona, como si un hombre, sea cual fuere, pueda formar causa personal. ¡Qué prostitución! ¡Qué vergüenza! Sin embargo, la rebelión ha envuelto a muy pocos de la gente ignorante movida por el célebre padre Ortiz, y adelantada por los Sres. Dorronsoro y Cancino. Todos, todos los Sres. Experimentados en las desgracias del año de 19, se han salido para sus haciendas, y otra parte del pueblo se ha irritado contra un procedimiento que podrá acarrearles mil desgracias. En el acto que tuve noticia de esta novedad, mandé al Coronel de Vargas a reprimir y corregir ese desorden: hasta hoy no he recibido aviso de su comisión, que estoy seguro habrá desempeñado exactamente; pero por si acaso se ha incrementado, he dispuesto tomar las provincias que de oficio se le avisarán a U. Yo espero, y lo esperan todos sus amigos que creen en el interés que tomará U. por conservar el orden, gloria e integridad del departamento. Sin embargo,

es preciso adoptar toda la prudencia para manejar este negocio, sin dar un paso adelantado, mientras no se sepa que esos señores se obstinen en su proyecto. Emplee U. todo su tino, pues positivamente es movimiento muy aislado el de Dorronsoro. ¡Qué malos son los hombres, que como éste se destetó en la escuela de los godos, sirvió en el Perú y se ha identificado con el absolutismo! A más, los godos no querrán vernos felices. Juzgue U. de los males inmensos que esta alharaca va a producir, 1º. El descrédito del Cauca, cuando en la balanza política ha influido poderosamente, cuando está decidida ya e indicada la organización legal de la República, cuando los magistrados electos para el Gobierno provisorio mientras se constituye la Nueva Granada, han sido de toda confianza y agrado popular, y cuando sólo necesitamos de paz. El otro mal tal vez insanable es la pérdida de Pasto, porque el Sur a la fecha se habrá constituido, y si no lo ha hecho, lo hace ahora que sepa la marcha del Libertador a Europa; porque Flores no se somete a otra autoridad, después de la de D. Simón, que a la suya. El me escribe, anunciándome la indispensable separación del estado del Sur, y los amigos me escriben, y escriben a todos, hasta al Prefecto, que el primer paso que se iba a dar era ocupar a Pasto para tener esa importante frontera a su estado. ¿Y qué será de la Nueva Granada y del Cauca que quedará entonces bajo los fuegos del Sur? Yo debía estar ya hoy más allá de Patía con el Batallón Vargas, y los elementos pedidos, en marcha para Pasto. ¡Y resultaría tal circunstancia la ocurrencia de Dorronsoro y Cancino! Mi amigo, dudo ya de la posesión de Pasto, que nos va a costar después mucha sangre. **Otro riesgo vamos a correr con el regreso del general Sucre. Este**

general ha ofrecido que si la República se separa, sustrae el Sur y se pone bajo la protección del Perú. ¿Qué le parece a U. este golpecito? ¡Vaya mi amigo, se prostituyó Colombia! Tenga U. mucho cuidado con ese señor si viene por ahí y haga que venga por esta plaza. Abramos el ojo porque la desesperación y la venganza contra los granadinos no se omitirá por los medios más ridículos. No soy más largo. Espero a Whitle, que deberá llegar dentro de dos días, para marcharme: todo lo tengo listo para irme luego que llegue. Entretanto escríbeme de todo, y en toda distancia cuente con su amigo y compañero. JOSÉ MARÍA OBANDO» (Resaltado del autor).

No se puede dudar sobre la autenticidad de este mensaje, que, como ya se dijo, fue publicado por el mismo Murgueitio en un folleto editado en 1840. La riqueza de las circunstancias en relación con lo que estaba pasando en los pueblos a que se refiere el autor, y aun las instrucciones militares que le da a su amigo, inferior en rango, al igual que el análisis de la política que formula, pero sobre todo la concomitancia con el viaje que efectivamente por esos días, y por órdenes del gobierno central, hacía Obando a la cabeza del Batallón Vargas a Pasto, donde llegó, según lo declara el testigo José Pasos en el proceso y lo describe el mismo general Obando, el día 29 de mayo, le imprimen el sello de la autenticidad a la carta. En aquellas épocas el mundo de las comunicaciones giraba todo en el género epistolar, tan profusamente utilizado entonces.

Los defensores a ultranza de Obando le pueden atribuir a este documento falsedad. En vano, porque este no es, ni mucho menos, un documento apócrifo. Allí esta el folleto pu-

blicado por Murgueitio. Pero tampoco es una acción perversa de Antonio de J. Irisarri, a quien, cierto es como se vio, que el historiador Guillermo Ruiz Rivas y varios otros fustigan inclementes, pero no se atreven a refutar nada de lo que consigna en su obra. Ya nos ocuparemos de Irisarri adelante.

Ahora, lo que la carta de Flores señala es que Obando aún no tenía una información exacta sobre la ruta de Sucre. Hasta allí era desconocida para él. Pero lo que sí queda al descubierto, previo el análisis político que hace, es que, precisamente por ese convencimiento de las supuestas intenciones de Sucre de proclamar la anexión del Sur al Perú –supuesto de por sí absurdo–, ya desmembrado el Ecuador de la Gran Colombia, él, Obando, estaba listo a impedir la marcha del Gran Mariscal, si para infortunio de éste llegaba a pasar cerca de sus dominios.

Por su parte Flores, sin duda alguna, veía también en Sucre a un émulo de mayor calado y ascendiente sobre los pueblos que el suyo mismo. Y apropiado como estaba del vasto territorio del Sur, es fácil distinguir en el plano de la sicología criminal que ambos pudieron estar comprometidos en el crimen, como lo proclaman los testigos y las cartas, pero con naipes marcados de manera que, tratando cada uno de lanzar la culpa al otro, pregonara con ahínco su propia inocencia. Luego analizaremos múltiples aspectos de la intimidad del siniestro suceso.

Llama la atención que el general Obando, al otro día del magnicidio, cuando según sus propias palabras recibe la infausta noticia, que a él no conmueve, porque como habría de anotarlo en su libro *Apuntamientos para la Historia*, no le importaba «que el general Sucre viviera o dejara de vivir»,

a flor de labio, o mejor, de pluma, tuviera ya la sindicación para el forajido Juan Andrés Noguera en esa carta a Flores que dejamos transcrita. Esa sindicación de relámpago habría de corregirla diez años después, cuando escribe en los mismos *Apuntamientos*, con cierto sabor a retractación: «Obedeciendo a la impresión del momento, causada por el juicio de las gentes vulgares, que siempre buscan las causas cerca de los efectos, consentí instantáneamente en que el inveterado malhechor Juan Andrés Noguera, sepultado desde 1826 en aquella montaña, como he dicho en el capítulo 6º de la parte 2ª, habría asesinado al general para robar y así se lo anuncié a Flores en el acto de recibir esta primera noticia…» Para entonces la evidencia de que Noguera se encontraba muy distante en el momento del crimen, era hecho comprobado e indiscutible.

La conducta de Obando con posterioridad al crimen y después, cuando se descubren unos documentos trascendentales que luego analizaremos, enmarca dentro de lo que se conoce como un indicio del comportamiento *a posteriori* del hecho. La fuga que habría de protagonizar y el posterior levantamiento en revolución, frente a hechos que no pertenecían a la esfera de la política sino de la justicia, hablan de su compromiso con el crimen.

Y, como si eso fuera poco, cuando le permiten ir a pagar la detención a Popayán dizque para organizar los documentos de su defensa, según fue su pedido, a la insubordinación militar que sobreviene, de inmediato, llega la proclamación de anexión por las armas de toda la provincia de Pasto al Ecuador, o sea a Flores. Curioso y llamativo modo de obrar, cuando éste es precisamente el sujeto al que él, Obando,

ha considerado su mayor enemigo y el verdadero asesino del Gran Mariscal.

Naturalmente esos movimientos forzosamente dejan la idea de la ausencia de convicciones sagradas alrededor del concepto de patria que tenía Obando. Necesariamente se advierte en ellos al hombre sin escrúpulos, confiado en el poder de la fuerza y la violencia.

Veamos otra faceta, ciertamente inquietante y reveladora, de lo consignado en esos *Apuntamientos*: «Y hasta el mismo Flores –anota Obando– me dice de Guayaquil contestándome la carta en que le comunique la muerte del general Sucre: "… que por allá no había faltado quien me quisiese atribuir aquella muerte, pero que él me había defendido enérgicamente, y que esperaba que en retribución también le defendiese yo por mi lado, si hubiese quien quisiese hacerle a él autor de ese delito"». Y a renglón seguido suelta el mismo Obando estas imprecantes y terribles palabras: «**Flores y yo somos dos personas, a quienes, después de pocos momentos de meditación, estuvo ya prohibido dudar de quién había sido el asesino de Sucre, porque, por buena lógica uno de los dos ha de haber sido: si fue él, lo debe saber por esta razón, y si fui yo, también lo debe saber**, porque sabe que no fue él: y si, por la hipótesis, él tenía la conciencia de que yo había sido, ¿cómo trata de formar pactos de recíproca defensa con el asesino? ¿Qué tenía él que temer estando inocente y a tanta distancia de donde había sucedido el asesinato? En los momentos en que Sucre, su rival terrible, debía llegar a Quito. ¿Flores en Guayaquil? ¿En aquellos días críticos le deja a Quito con tanta confianza?» (Resaltado del autor).

Es altamente revelador lo que se transcribe, en especial lo resaltado. Porque es el mismo Obando quien plantea la disyuntiva de la culpabilidad. Culpable es Flores u Obando, exclama. "Porque por buena lógica uno de los dos ha de haber sido". Un inocente, por supuesto, jamás aceptará, ni en grado de suposición, haber cometido el crimen. Y es de oportunidad devolver el argumento que hace cuando refiere que de Flores saberlo culpable a él, esa circunstancia lo inhibiría para hacer pactos con el mismo Obando. Pero hasta donde se ha visto, la cosa es al contrario. Ha sido Obando el que le había prometido anexión del Cauca al Ecuador, promesa que cumpliría después en el desarrollo de los acontecimientos desatados por él mismo. Las cartas, el aprecio que le muestra a Flores, la doble postura en sus acciones que se ha analizado, todo esto revierte la lógica exculpativa del general Obando.

En relación con los papeles entregados por Erazo como prueba acusatoria, habremos de mirarlos con detenimiento a la luz del derecho. Entretanto continuemos con el desarrollo episódico de la historia de Obando. Sus actuaciones *a posteriori* del juicio y su propia defensa.

Preciso es reiterar que Obando es tan hábil en defenderse como lo fue en la guerra. Y acepta, como se ha visto, que todo lo señala a él o a Flores. A ese mismo Flores al que un día ama y otro odia, según su conveniencia. Pero al que, tal cual se dejó consignado en cita de atrás, anexa las provincias del Sur de la Nueva Granada.

En la revolución del año 31, es decir, al año siguiente del asesinato de Sucre, no obstante que ya se había identificado su sindicación y que la misma es sostenida por aquellos que él y otros llamaban en esa época los bolivianos o bolivarianos

o serviles, entre ellos Flores, y el mismo general venezolano Rafael Urdaneta, contra cuya usurpación del poder público se dirigió el levantamiento, Obando y López han triunfado. Buscan por todas partes al vicepresidente, general Domingo Caicedo, para que asuma el poder. El presidente depuesto, don Joaquín Mosquera, ha salido del país. Entonces Caicedo, desde una finca, asume el mando y nombra a Obando Secretario de Guerra. Obando está en Palmira donde ha ganado un combate y marcha hacia Popayán. Todo le sonríe.

Y entonces, a la altura de esos acontecimientos, Obando se expresa de Flores en los peores términos. Nuevamente tomamos de su libro: «Yo, que conocía tanto a Flores; que sabía que el móvil de su política no era otro que el interés de perpetuarse en el dominio del Ecuador, contra la voluntad de Dios y de los ecuatorianos, que la autoridad que ha ejercido en el Ecuador, desde su independencia, ha sido una violenta usurpación de los derechos de los ecuatorianos...»

Pero no hay que olvidar que en esos momentos, como se vio en precedencia, Obando ha anexado al Ecuador, es decir a Flores, las provincias del Sur. Lo que equivale a decir que es, por consiguiente, un agente de Flores. Estamos en el año 31, y para entonces Flores es su amigo, porque uno no se anexa al enemigo.

Y sobre un punto tan contradictorio y vergonzoso pasa Obando con pocas líneas: "(...) De marcha para Bogotá recibí en Paicol un oficio del señor Pedro Mosquera, nombrado ministro del interior, en que me comunicaba desde Purificación el decreto por el cual el vicepresidente me nombraba ministro de guerra y marina, lo que acepté con gusto. **Importaba todavía mantener alucinado a Flores para que no**

nos impidiese con hostilidades concluir nuestra obra y le di parte de este nombramiento y de mi aceptación". (He resaltado)

He allí a un hombre lo que se dice taimado. Inasible, escurridizo, habilidoso. Y en forma tan simple elude la contradicción. Odia a Flores y denigra de él, pero le pide, como se verá adelante, antes de la muerte atroz de Sucre, que le diga qué tiene que hacer con él. Cualquier cosa, inclusive la muerte. Y lo sigue denigrando, pero cuando se levanta en armas por la razón de la fuerza, obliga a todos los territorios del Sur a convertirse en parte del Ecuador.

Entra triunfante a Bogotá. Ya había hecho su arribo, igualmente vencedor, su gran amigo José Hilario López. Y allí, en medio de armas manejadas por Obando, el vicepresidente encargado del poder ejecutivo, Domingo Caicedo, tiene que aceptar que su subalterno Obando sea el que lleve las riendas del poder. Un día, según lo cuenta éste en los *Apuntamientos*, decide renunciar porque el general Caicedo, bondadoso pero debilucho, ha dicho en privado que el que manda es el Secretario de Guerra. Y entonces el presidente debe ir a buscar a su residencia al ministro para pedirle que por favor no renuncie. Y no renuncia.

Ahora, al otro día de su llegada a Bogotá y antes de tomar posesión del ministerio, Obando entonces notifica a Caicedo que previamente debe resolverse lo relativo a su sindicación, y eso se resuelve en dos días, con una corte marcial. Júzguese qué militar o magistrado podría condenar al Ministro de Guerra, victorioso después de una revolución. Y sobre todo a un hombre de las energías y arrestos de Obando.

Leamos lo que él mismo escribe en los *Apuntamientos*:

«Al día siguiente recibí una comunicación para que pasase a tomar posesión del ministerio de guerra y marina, y contesté observando que estaba pendiente que ese día habíamos repetido con el general López otra solicitud pidiendo el enjuiciamiento sobre la acusación que se nos había hecho en tiempo de Urdaneta de ser autores del asesinato del general Sucre, y que mientras no se ventilase aquel negocio no debía encargarme del ministerio. El Vicepresidente mandó pasar los antecedentes a la suprema corte marcial, previniendo la preferencia en su despacho.

«El día 26 fui citado por un oficial para asistir a las 6 de la noche a una reunión de ciudadanos notables, casi todos los militares, en el alojamiento del coronel Braulio Molina, y yo concurrí a ella. Enérgicos y patrióticos discursos, declamaciones patéticas, quejas llenas de fundamentos, fuerza y previsión me conmovieron de tal modo que me obligaron a mi pesar a reconocer aquellas tristes verdades: desde entonces oí pronosticar a los padres de la patria lo que hoy lamenta ella; sí, desde aquel 26 de mayo de 1831 oí la predicción de lo que debía suceder desde el 4 de marzo de 1837, y el estado en que vendría a quedar la patria de los héroes en 1842: cito en testimonio a los tránsfugas que están hoy con los serviles; sin embargo, más insoportable y más horrible era para mí la idea de una dictadura: me pareció incompatible semejante título con los principios de libertad de que estaba amparada mi alma. Yo no me acordaba de las dictaduras que concedía el pueblo romano para salvar la independencia y libertad de la patria; sólo tenía delante de mí las de Colombia y del

Perú, arrancadas del pueblo para usurparle su soberanía y aquellos mismos intereses.

«En este combate de mi convencimiento y mis inclinaciones satisface a mis compañeros de gloria representándoles que habíamos dirigido los esfuerzos del pueblo y hecho derramar su sangre por restablecer aquello que más se aproximaba a lo legal; que yo había llamado desde Palmira al señor Caicedo para que como vicepresidente se declarase en ejercicio del poder ejecutivo, por la ausencia del presidente Mosquera; que teniendo la consecuencia de desconocer la autoridad de Caicedo y nombrar un dictador no haríamos otra cosa que burlar al pueblo y quedar yo haciendo el papel del general Bolívar, después de la ominosa acta de Bogotá, y el general Urdaneta después de la carnicería del Santuario; que me preservasen de la maldición popular y me dejasen hacer el oficio que había emprendido desde 1828, el de un general siempre ciudadano. Con esta y otras reflexiones y ofreciendo que el gobierno adoptaría la política apropiada a las circunstancias luego que entrara yo a servir la secretaría de guerra, abandonaron el proyecto y se entregaron a la confianza que debían tener en mis principios políticos.

«La suprema corte marcial, con presencia de las diligencias practicadas por las autoridades de Pasto y Popayán, y por las que creó y remitió el general Flores desde su república, falló diciendo que lejos de resultar cargo ni sospecha alguna contra los solicitantes, más bien se producían contra otra persona y que nos declaraba exentos de él y libres de sospechas; y yo fui a tomar posesión de la secretaría de guerra y marina».

De estos hechos ya puede uno imaginarse que Obando había llegado a una alta nota de prestigio público. Muerto Bolívar y acallados todos sus partidarios, entre ellos Tomás Mosquera, el país miraba a Santander en el destierro, y dada la calidad de general victorioso que ostentaba Obando contra el último bastión de partidarios del Libertador, el general Urdaneta, los que se agruparon bajo la bandera que entonces llamaron liberal contra la dictadura encontraban en el general caucano no solo al hombre apuesto, curtido en todas las batallas por la libertad, adalid de los humildes, romántico y desprendido, sino a un campeón del liberalismo. Y por cierto que no terminaría ese año sin que una asamblea constituyente, convocada por el encargado del poder ejecutivo, general Caicedo, pero a instancias de Obando, lo hiciera presidente encargado, cargo que, aparentemente con desprendimiento, no quería aceptar, pero que ejerció de fines de noviembre de 1831 a marzo de 1832.

De suponer es que esa corte marcial del primer juicio no habría sido un dechado del debido proceso. Porque se convocaba a instancias de un presidente debilucho que había perdido su autoridad ante el subalterno, y porque se trataba de favorecerlo con un fallo bien lejano de la justicia. Era Obando el dueño del establecimiento desde el punto de vista militar. Era el triunfador, al igual que su coacusado José Hilario López, frente a los cuales todos los vocales les estaban supeditados.

Obando, como ministro de Guerra, quitaba y ponía a su antojo. Y es conocido que realizó las mayores purgas en el Ejército. Precisamente en la amargura del destierro y la pobreza, el general Luis Peru Delacroix se queja en el *Dia-*

rio de Bucaramanga de lo que fue aquella época y tilda al general Obando de gran tirano.

Pero no es solamente esto, sino que las pruebas con las que el general Rafael Urdaneta, en los tiempos de su dictadura, acusó a Obando del crimen de Sucre, desaparecieron por arte de magia. El historiador Luis Martínez Delgado, [37] furibundo defensor de Obando, apunta sobre el particular: «El 26 de mayo de 1851 Obando y López pidieron al Vicepresidente de la República en ejercicio del poder ejecutivo, que ordenara la publicación de las pruebas anunciadas por el general Rafael Urdaneta. ¡Se les contestó que no existían tales documentos!

«¿Cuáles eran los documentos que tuvo en sus manos Urdaneta para acusar públicamente a Obando y López ? Los que había enviado nadie menos que Juan José Flores del Ecuador, "y en los cuales, según dijo el mismo Flores al Congreso de Riobamba, se hallaban comprobados el hecho y los autores". (Asesinato de Sucre)»

Así, pues, no es una demasía sostener que ese fallo absolutorio no merece, desde el punto de vista jurídico e histórico, ninguna aceptación. Pero, como una consideración adicional, para ese momento eran desconocidos unos hechos que se han visto de modo cronológico en la medida en que ha avanzado este relato, pero cuyos desarrollos darían lugar al segundo juicio, que será materia de amplio análisis en el capítulo que sigue.

---

[37] Autor citado. *Berruecos Asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho ordenado por el general José Flores*.

II

Otros aspectos contradictorios de Obando

Obando, dos veces presidente de Colombia por corta duración, contradictorio en todas sus actividades públicas, venerado aún hoy como antaño por una gran mayoría de colombianos que se niegan a creerlo capaz del magnicidio de Berruecos, era en verdad un hombre que alternaba un sentido altamente religioso de la vida, no obstante ser masón, con violentas pasiones. Era intrépido e impulsivo. Y hacía primar en sus acciones su irreflexiva combatividad.

Baste recordar que cuando los peruanos, bajo la presidencia del mariscal La Mar, dieron pasos invasores para morder la mano que les había dado de comer, contrasta el comportamiento de Sucre con el de Obando. Cansado aquél por dolores físicos y espirituales, cuando recién casado se aprestaba a abandonar la política y la vida pública para dedicarse al hogar y es requerido por Bolívar como el jefe de las fuerzas colombianas, no tiene inconveniente y asu-

me la defensa de la patria. Su genio para la guerra lo hace triunfador en circunstancias bastante desiguales en Tarqui. Y cuando eso ocurre con un patriota de sus altas dimensiones, el entonces coronel José María Obando mueve al teniente coronel José Hilario López y entran en conversaciones con el virtual enemigo peruano para pasarse a su bando. Veamos unas cartas.

Le escribe Obando al amigo Vicente Micolta de Cali:

«Al coronel Borrero le he encargado la organización y seguridad de aquel puerto (Buenaventura) para estar en comunicación con el general La Mar, que en persona manda el ejército auxiliar. Importa sobremanera que escribas tú a dicho general, dándole cuenta de mis operaciones, le acompañes esta carta y remitas todos los papeles públicos que se han dado en Popayán y hayan llegado a tus manos, pues interesa que sepa estas ocurrencias para abreviar sus movimientos.»[38]

Y al mismo mariscal La Mar, el 14 de diciembre, desde Pasto, le da cuenta de que la revolución ha estallado y, entre otras cosas, le dice:

«Pudiera ser que el general Bolívar desesperado de su plan, pretendiese alguna transacción con usted, pero esté usted seguro que es peor el desfallecimiento en que se halla, y los republicanos de Colombia estamos resueltos a no transigir sino con sus cenizas».[39]

---

[38] Guillermo Ruiz Rivas, obra citada, tomado de O'Leary.
[39] Ibídem.

Y anota Ruiz Rivas:[40] «Estas cartas, decomisadas en el curso de esa campaña y publicadas por O'Leary, pudieran tomarse como apócrifas, pero no lo son. El mismo Obando confiesa sus conexiones con el invasor:[41]

«"Yo no pude recibir una sola de las muchas comunicaciones que el general peruano don José María Plaza, jefe de la división de vanguardia, me había dirigido de orden del presidente La Mar, ni otras del general Mariano Necochea; pero tenía en Quito quienes me diesen frecuentemente aviso del estado de la empresa peruana, y cubriendo mi línea al sur para atender las fuerzas con que Flores me molestaba por aquella parte, consagré toda mi atención a las posiciones del norte, donde debía esperar al general Bolívar."

«Esta actitud de Obando –comenta Ruiz Rivas–, al aliarse con las fuerzas invasoras de un país con quien Colombia tenía ya firmados tratados de límites, se llama sencillamente traición a la patria; y así lo podrían entender las generaciones futuras; pero debe tenerse en cuenta que entonces, esa patria actual, se hallaba en estado fetal y sus límites, aunque respaldados por convenios, se encontraban en el filo de la espada y del gran caudillo de la América. Sin embargo, la lógica no puede dejar de registrar otra de las irritantes viceversas de la emancipación como es la de que los venezolanos estaban defendiendo un territorio granadino mientras los granadinos, apellidados liberales, se aliaban con los invasores del Perú; y que esta alianza, que tenía por objeto quebrantar el eje de Bolívar, contri-

---

[40] Guillermo Ruiz Rivas, obra citada.
[41] Obando, *Apuntamientos para la historia*.

buyó de una manera irreparable a hacer más pequeña la actual Colombia. El criterio de la época era tan diferente al nuestro que Bolívar, en vez de fusilar a Obando, terminó por ascenderle a general de brigada, aun después de haber conocido las comprometedoras cartas.»

Bueno es puntualizar que, más allá de esa generosidad de Bolívar con el híspido coronel, sus acciones de traición lograron, en su momento, quebrantar su paciencia hasta hacerlo exclamar ante los pastusos en referencia a Obando: "Abandonadlo a la maldición que lo persigue y arrojadlo a los torrentes del Guáitara o del Juanambú."

El historiador panameño Juan B. Pérez y Soto,[42] quien fue senador de Colombia cuando la separación de Panamá, escribió una destacada obra en la que recogió importantísimos documentos que comprometen grandemente a Obando, y que los defensores de éste han descalificado sin argumentos válidos más allá del insulto. Dijeron, como también lo hicieron con el libro de Irisarri, que era un libro parcializado. Pero nadie logró desconocer la autenticidad de las cartas y documentos que aquél acopia y publica en su obra. Y menos se podría negar la inmensa fortaleza probatoria de esos documentos que conforman una poderosa cadena indiciaria en cuanto a su autoría intelectual en el magnicidio de Sucre.

Veamos uno de esos indicios, que se desprende de una cita del mismo Pérez y Soto en que transcribe apartes de una carta de Obando a Flores.

---

[42] Autor citado, *El crimen de Berruecos*.

«Obando al recibir sus instrucciones de Bogotá –apunta Pérez– escribió al General Flores en Quito: "(…) Pongámonos de acuerdo don Juan… Dígame si quiere que detenga en Pasto a Sucre o lo que deba hacer con él… Hábleme con franqueza y cuente conmigo."»

Esas manifestaciones, desde el punto de vista de la valoración de las pruebas judiciales, constituyen indicios muy graves. Son unívocos en cuanto a arrojar, por vía de inferencia, un poderoso bastión acusatorio contra Obando, y asóciese a esto la publicación de *El Demócrata* que se vio antes y la declaración de don Genaro Santamaría, que también se recogió atrás.

Menester es que se diga que hoy por hoy la prueba indiciaria, decantada por toda la teoría que la gobierna, es una prueba segura, firme, porque es una prueba absolutamente intelectual, de elaboración lógica. Por modo que cuando unos conspiradores se organizan en un club de adictos a una determinada facción política, sabiendo en dónde se reúnen, y los miembros están enceguecidos por el odio contra el Libertador y en este caso contra su mejor amigo, el Gran Mariscal, y decretan en la reunión la muerte de Sucre, y el testigo Santamaría, al concluir la misma, ve en el atrio de la catedral a Sucre y piensa, con cierto horror, que está viendo a un fantasma, y a eso agréganseles las manifestaciones de Obando que se han visto a través de cartas, y sucede el crimen en los predios donde éste tiene mando militar y con la aparición de sus amigos, la elaboración de la inferencia en relación con la participación de Obando es clara y perfecta, así él proteste con vehemencia su inocencia.

Todo el conjunto hasta aquí, desde el ángulo de visión del derecho procesal y de las pruebas, es diamantinamente concluyente, a pesar de que lastime la simpatía que, por diversos aspectos, despierta Obando ante la historia.

El hombre llega al asesinato, sostiene el gran criminalista alemán Hans von Hentig, por tres grandes motivos: por el poder, por el botín y por la pasión. En ese mismo orden. De manera que el poder es la fuerza más determinante en el camino del asesinato. Y los factores de poder son múltiples, según los razonamientos y motivaciones que van sucediendo de acuerdo con ciertos momentos históricos o coyunturales. No tiene discusión que las pasiones contra el libertador que animaron a las gentes que decían profesar las ideas liberales y que los llevaron hasta la fatídica noche septembrina eran resultado de las ansias de poder. Por eso llegaron hasta esa cúspide en el deseo criminal que era el asesinato de quien había conquistado, con tantos sacrificios, la libertad de estos pueblos.

Si el asesinato no se consumó fue por algo fortuito –a despecho de los autores–, que se debe a Manuelita. Pero la intención era radical y determinante en obtener ese resultado.

Ahora sabían que habían logrado hacer retirar del poder al objeto de sus celos y odios. Bolívar ya no era el obstáculo a sus pretensiones. Pero quedaba Sucre, de quien, como lo dice el propio Libertador, se debía pensar que era el sucesor. Por modo que cuando se adopta una política que busque la eliminación del Gran Mariscal lo hacen con la misma premeditación, arrojo y decisión que le comunicaron a la acción del 25 de septiembre, dos años antes. Los

conspiradores eran los mismos, animados de las mismas pasiones violentas y desbordadas y del mismo credo político. Y las ansias de poder eran exactamente las mismas. Y, por supuesto, Obando era quizás el más resuelto y decidido hombre de armas al servicio de la recalcitrante facción y estaba con mando en punto clave de la ruta que la premura de llegar le había trazado a Sucre. Por lo demás, allí están, bajo el comando de Obando, los facinerosos que terminaron confesando el crimen, como se verá adelante.

EL SEGUNDO JUICIO

I

Descubrimiento por azar. Pruebas a granel

La segunda parte en el campo probatorio del juicio, o mejor, el segundo juicio –aunque en verdad nunca hubo uno que llegara hasta la sentencia contra Obando– tuvo inicio en las mismas operaciones militares que continuaban en la región del departamento de Nariño, después del último levantamiento por la nacionalización de los conventos.

A esta altura de la narración se presenta cronológicamente el hecho cumbre, desde el punto de vista probatorio. Previamente y por vía explicativa, es preciso anotar como antecedente que, con motivo de la medida adoptada por el presidente José Ignacio de Márquez en 1939, que suprimía los conventos de Santo Domingo, San Francisco, San Agustín y La Merced en Pasto y ordenaba la apropiación por parte del gobierno de esos bienes, el cura Francisco Solano de Villota y el militar amigo de Obando Antonio Mariano Álvarez se insurreccionaron con el pueblo, razón por la

cual el gobierno envió al general Pedro Alcántara Herrán al mando de tropas para someter a los rebeldes, que ya habían desterrado al gobernador de la provincia,

Obando había renunciado al mando que tenía en el ejército y vivía en Popayán una vida privada. Pero, católico como era y amigo de los insubordinados, tomó partido en defensa de la religión. Viajó entonces a Bogotá para hacer las protestas respectivas ante el poder central. Gestiones que, por cierto, poco resultado dieron. Empero, Obando se quedó unos días en Bogotá, habiendo participado en distintos actos públicos. Y allí estaba Mosquera igualmente, ya para entonces su archienemigo.

Cuando esto sucedía, corrió como pólvora en Bogotá el hallazgo de la prueba documental que, cuando se investigaba a los posibles cómplices y auxiliadores del eterno bandido Noguera, capturado Erazo y su mujer con esos pretextos, éstos, pensando que los investigaban por el asesinato del mariscal Sucre, enseñaron al investigador. Se trataba de unas esquelas firmadas por Obando. Es necesario entonces recrear el ambiente y los sucesos con la pluma del fustigado historiador Irisarri:

«Cuando llegó a Bogotá la noticia de los descubrimientos que hizo Erazo y de las cartas que a éste llevó Morillo *para que dirigiese el golpe,* se hallaba en esta capital el general Obando; y dice el general Mosquera en la página 117 de su *Examen Crítico*, que deseando saber aquél si era cierto que se había presentado en juicio una carta suya dirigida a Erazo, el mismo general Mosquera le aseguró que no había ninguna duda en el hecho, y que entonces trató Obando de explicarle el misterio que aquella enigmática carta contenía,

diciéndole que la había escrito el año de 1829 con el objeto de que fuese Erazo a reconocer una quebrada y a sacar de ella cierto armamento que se decía estar allí oculto: que lo mismo trató de persuadir a otras varias personas de esta capital, pero que nadie halló muy satisfactoria aquella explicación del enigma. Como hasta entonces no se sabía lo que Morillo declararía, y era de creerse que no dijese cosa alguna contra sí ni contra el que le había dado la infame comisión, creyó Obando que era fácil conjurar aquella tempestad, y que el papel, que no tenía en su fecha el año en que fue escrito, se haría servir para cualquier cosa, acomodándolo a un cuento como el que inventó en Bogotá, o a otro como el que estampó en sus *Apuntamientos para la Historia*; pues, ya fuese el supuesto indio Nacíbar, u otro cualquiera el conductor, ya el *golpe* de que se habla a Erazo, fuese recomendado en 1829, como se dijo en Bogotá, o en 1826, como se imprimió en Lima, poco importaba, siempre que no se refiriera a 1830. En esto no se corría más riesgo sino el de que Erazo dijese que aquel papel no lo recibió en 1826, ni en 1829, sino en 1830, y que Morillo declarase que él había sido en 1830 el portador de la orden para que Erazo dirigiese el consabido *golpe*. Pero, como acabo de decir, Obando no esperaba que la cosa tomase tan mal aspecto, ni que la mujer de Erazo, depositaria del papel acusador desde el momento en que fue recibido, desmentiría también los cuentos de los años de 26 y 29, ni que los proyectos fraguados para probar media docena de coartadas, no surtirían el efecto de probar una sola coma, sino por el contrario concurrirían muchas más pruebas de las necesarias para que no quedase duda ninguna de que el asesinato fue dispuesto por el coman-

dante general del Cauca, y su ejecución encomendada a sus íntimos confidentes.

«En la ignorancia de todo esto, quiso Obando dar una aparente prueba de inocencia, y antes de que llegase el exhorto del juez, reclamándole como reo de tal crimen, pidió su pasaporte en Bogotá para ir a presentarse en juicio; pero cuando él llegó a Popayán el proceso ya no ofrecía ninguna buena terminación para el acusado de ser el primer autor del delito. Ya Morillo había dicho cuanto Obando no esperaba que dijese; ya Sarria y Álvarez y los otros confidentes del comandante general de Cauca, estaban acusados, y de nada servían sus defensas contra el cúmulo de testimonios y de circunstancias que los condenaban; ya, en fin, las cosas no presentaban las facilidades de enderezarse que Obando se supuso en Bogotá; y no era prudente irse en aquel estado de cosas a ponerse en manos de la justicia. Por esto, el acusado, que hasta llegar a Popayán se manifestaba deseoso de confundir a sus calumniadores, como él decía, halló en aquella ciudad gravísimos inconvenientes para seguir su marcha hasta Pasto; y viendo que el gobierno estaba dispuesto a allanarle todos los obstáculos, ocurrió al último arbitrio que se le presentó para evitar aquel viaje, y se declaró rebelado contra el Gobierno, que hasta entonces había tenido por legítimo.»

Claro, un párrafo tan contundente no gustó a quienes a ultranza han defendido a Obando. Pero cuánta lógica racional encierran las palabras de Irisarri, en sucesos que son absolutamente incontrastables. Obando no solo se declaró inicialmente en rebeldía y se levantó en armas en Timbío argumentando temor a pasar por Berruecos –qué

ironía–, sino que también lo hizo un tiempo después en Pasto, cuando se dio cuenta de que no le iba nada bien en el proceso. Entonces levantó al país con la revolución que llamaron de Los Supremos, que nada tenía que ver con el proceso del asesinato de Sucre, y efectivamente significaba una flagrante contumacia. Ya en el campo de la acción, enroló en sus filas a los mayores bandidos y asesinos, entre ellos, quién lo creyera, al malvado Juan Andrés Noguera, a quien en el curso de la guerra habría de fusilar por traición el mismo Obando, o el que, según la versión de Lemos Guzmán, capturó el ejército del gobierno con dos sobrinos y fue fusilado en Pasto.

Y fue en ese interregno de la breve estada de Obando en Bogotá cuando ocurrió, atrás del cementerio de esa ciudad, el espectacular duelo a pistola de los dos feroces antagonistas. Mosquera es Secretario de Guerra. Y como se ha visto, no acepta las explicaciones acomodaticias que le da Obando alrededor de las cartas. Y naturalmente en los periódicos capitalinos se combate a éste con sobradas razones. El mismo Mosquera escribe notas que tienen su carga destructora contra su paisano y antiguo amigo de la niñez.

Y es entonces cuando Obando, prevalido de los recuerdos de La Ladera, paraje cerca a Popayán donde, como atrás lo relatamos, lo venció estruendosamente en las guerras del pasado, lo reta a duelo. Lo busca en su casa y, ardorosamente, con todo el gesto caballeresco, le formula el desafío con padrinos de honor.

Era una mañana gélida. Había viento. Los padrinos revisaron las pistolas. Todo estaba en orden y no hubo ánimo de conciliación que evitara el mortal desafío. Ambos, Mos-

quera y Obando, ardían por dentro de una ira desbordada. Sortearon quién disparaba primero y ganó Obando. Se podía dar por muerto Mosquera, que, impasible, con valor y de perfil esperó el disparo fatal.

Obando tiró a matar, pero marró la puntería seguramente por el viento. Mosquera, con desprecio, disparó hacia arriba y abandonó el terreno sin inmutarse ante el humillado pariente lejano, cuyo orgullo mayor, hasta allí, radicaba en el ya lejano triunfo de La Ladera. Vanidoso, Mosquera ahora era el héroe que prefirió la humillación del contrincante a cobrar su muerte. Ahora el ganador, en el campo del honor, era el odiado Mosquera.

Y en secuela del levantamiento por los conventos que había motivado el viaje de Obando a Bogotá y que concluyó después de varias vueltas con el triunfo de Herrán, yerno de Mosquera, en la batalla de Buesaco, victoria que dicho sea de paso le valió ser elegido presidente de la república en el período siguiente, las fuerzas del gobierno central desplegaron una operación limpieza en los alrededores de la capital Pasto. Y es aquí donde sucede un hecho fortuito, impensado, que da origen a muchos hechos, pero del que se va a desprender la prueba cumbre de cargo contra Obando:

Leámoslo con la pluma de Ruiz Rivas:[43]

«Un comandante, Manuel Mutis, que cumplía una comisión de orden público, apresó en un camino al bandido Erazo creyéndole responsable de los levantamientos revolucionarios frecuentes en los alrededores del río Mayo.

[43] Autor y obra citados.

Contó Mutis que él conducía a Pasto a Erazo y que, al pasar por el lugar donde cayó el Gran Mariscal, le dijo con malicia que lo llevaba detenido "por su participación en el asesinato de Sucre". Erazo relató entonces la forma como se perpetró y planeó el gran delito: su ejecutor había sido el coronel venezolano Apolinar Morillo (salido de militar a órdenes de Flores) quien se valió de Andrés Rodríguez, Juan Cuzco y Juan Gregorio Sarria (compañero de armas de José María Obando) para llenar su cometido. Llevado Erazo hasta su rancho, extrajo de un calabazo dos comunicaciones que "mantuvo en secreto" durante nueve años. ¡Eran tremendas!:

«"Buesaco, mayo 28-Mi estimado Erazo: el dador de ésta le advertirá de un negocio importante, que es preciso lo haga con él. El le dirá de viva voz todo, y manos a la obra. Oiga todo lo que le diga, y usted dirija el golpe. Suyo José María Obando"

«La otra comunicación rezaba:

«"Pasto mayo 3 de 1830- Querido Erazo: el comandante Morillo, que es el conductor de ésta, me hará el favor de atenderlo y servirle en cuanto pueda, pues es amigo mío. Vea usted en lo que le pueda servir. Su amigo, Antonio Mariano Álvarez."

«Los documentos son auténticos. El contenido de estos dos papeles representó la prueba para que se declarara que Obando había sido el enemigo de Sucre que había ordenado por medio de ellos, su alevoso asesinato. Y sobraba razón para juzgarlo así.

«El juez de Pasto recibió la declaración a Mutis, cuya firma en ella no es auténtica, libró exhorto al juez de Popa-

yán para que remitiese preso a Obando y ordenó la captura de los demás que aparecían como cómplices. Obando se presentó a Pasto sin escolta. Pero como el expediente ya se había formado en Bogotá, concedió sus declaraciones y siguió también sin escolta para la capital, para comparecer a juicio. El revuelo que estos documentos levantaron en los estrados de la ciudad fue escandaloso. A la vista de los dos papeles acusadores declaró que eran de su puño y letra, pero que el primero no se relacionaba con Sucre, en absoluto, sino con la captura de un bandido Noguera, ordenada mucho antes, cuando Erazo era comandante de la línea de Mayo. En efecto, tras del documento constaba que a Erazo le daba el título de "Comandante de la Línea de Mayo". Y Erazo hacía tiempo había dejado de ocupar este cargo, cuando ocurrió el asesinato del Gran Mariscal. "Pero olfateó el clima político, favorable a la candidatura de Herrán y se dio cuenta que estaba con fieras tan capaces como él mismo de cometer toda clase de atropellos. Pidió ser remitido de nuevo a Popayán para presentar mayor documentación y de nuevo fue allí conducido con todos los miramientos. El prefecto de esa ciudad le dio su casa por cárcel. Obando, en lugar de permanecer inactivo para esperar su juzgamiento, se fugó para ponerse a la cabeza de un movimiento revolucionario que acababa de estallar en el Timbío, se unió al sangriento guerrillero Noguera, sorprendió y pasó a cuchillo un destacamento del gobierno y resolvió utilizar su prestigio en el propósito de segregar la provincia de Pasto de la Nueva Granada para formar parte de la del Ecuador".

«(...) La suerte varia de la guerra hace llegar a oídos de Juan José Flores la posibilidad de que Obando gane alguna

batalla y se convierta en amo y señor de la república. ¿Qué hace Flores, él, que ha cubierto de oprobio, que ha producido documentos que atacan al asesino Obando? Le envía al coronel José María Villamil con el fin ostensible de celebrar un convenio militar. Pero cuando tiene conocimiento de que Obando ha sido derrotado en La Chanca el 11 de julio, recoge velas y hasta se niega a recibir a Blas Brusual, enviado por su amigo Obando, para sellar sus pactos. ¿Qué mucho es deducir que entre Flores y Obando existió un entendimiento para salir de Sucre? ¿Cuando Bolívar estaba en la campaña contra el Perú, no se entendió Obando con La Mar, con Plaza y con Necochea, para estorbar una acción sagrada para los intereses de la patria? Vencido por sus enemigos, Obando no tuvo otro camino que huir por el Putumayo para dirigirse en busca de sus antiguos amigos de Lima. Y allí permanece algún tiempo, durante el cual escribe su justificación, que publica en *El Comercio*, periódico dirigido por los hermanos Mariátegui. Herrán y Mosquera mueven los hilos de la diplomacia para obtener su extradición y tiene que dirigirse a Chile, a donde también llegan los tentáculos de la política granadina».

Es una buena síntesis la transcrita sobre los agitados hechos de ese 1839 y comienzos del cuarenta. Ahora, menester es que se anote que la desgracia de Obando después de la derrota de La Chanca, su marcha penosa a pie por una jungla plagada de peligros, inhóspita, sin alimentos ni recursos, ni siquiera mapas, realmente conmueve desde el punto de vista humano. Pero no hay duda de que más allá de tal conmiseración, lo que queda, bajo la óptica del conocimiento de los hechos anteriores, es la convicción de que

Obando, diga lo que quiera en su defensa, ha eludido en su momento, prevalido de la fuerza, la obligación de afrontar el juicio público que después reclama. Por supuesto los poderosos indicios siguen gravitando como un cordón de hierro sobre su destino.

¿Cuáles son los comentarios que sobre los papelitos formula Obando en su defensa, escrita más de nueve años después, y en contradicción a su primera versión que atrás se vio?[44] Cuenta él que el 5 de junio de 1830, a las 7 de la mañana, «recibió un papelito de Miguel Erazo (se refiere a otro Erazo que vivía en Olaya, sitio distinto al Salto de Mayo) fechado en la casa de Olaya en que participaba el hecho de haber sido asesinado a balazos el día anterior el general Sucre en la montaña de La Venta en el sitio denominado La Capilla, por una *partida* de hombres que le habían hecho fuego...»

Luego agrega un párrafo importante que ya se había transcrito: "Obedeciendo a la impresión del momento, causada por el juicio de las gentes vulgares, que siempre buscan las causas cerca de los efectos, consentí instantáneamente en que el inveterado malhechor Juan Andrés Noguera, sepultado desde 1826 en aquella montaña, como he dicho en el capítulo 6º. de la parte 2ª, habría asesinado al general para robarle; y así se lo anuncié a Flores.

«(...) Por la tarde empezó ya a presentarse el hecho por su verdadero aspecto, y abundaron tantos datos, que bien pronto nadie dudó que el Noguera, que había hecho

[44] *Apuntamientos para la historia de Colombia.*

derramar aquella sangre ilustre estaba a mucha distancia del teatro de su crimen. (...)

«(...) No puedo dar idea de lo que irritó aquella fechoría, no por lo que a mí me importara que el general Sucre viviese o dejase de vivir, sino porque comprendía ya demasiado bien la mano escondida e interesada que había cometido desde Quito aquella atrocidad y la malicia y bellaquería con que se había escogido para la ejecución del crimen el terreno que había de servir de teatro a mis operaciones militares con la dañada intención de hacer recaer sobre mí las primeras sospechas y apartarlas de su lejano y verdadero autor».

Tengamos en cuenta estos elementos de juicio para análisis posteriores y continuemos con el relato y lo que está ocurriendo nueve años largos después del nefando crimen. El general Herrán está al tanto de todo el conjunto. Aunque las acciones militares se han definido a su favor, continúan las guerrillas y los facinerosos sembrando el terror en la región. Entonces Herrán decide, en un juego de audacia, volver a vincular al ya mencionado siniestro personaje José Erazo a la nómina del Ejército aunque sabía él la clase de asesino y salteador de caminos que era, de la misma calaña del malvado forajido Noguera, de quien era amigo. Erazo debía servir de medio en la captura de éste. Más o menos el mismo planteamiento a que había acudido Obando, según sus *Apuntamientos*. Pero le fueron descubiertas unas cartas de Noguera dirigidas a aquél, o sea, un doble juego de parte del inicuo Erazo. Y por ese motivo el general Herrán ordenó que lo capturaran, sin pensar en nada más. Era un espía del bandido Noguera.

Por ser de la mayor importancia, me voy a permitir transcribir lo que anota el doctor Guillermo Camacho Carrizosa, uno de los más caracterizados y agresivos defensores de Obando, como lo son el propio Martínez Delgado y Guillermo Ruiz Rivas, cuyo relato coincidente ya vimos atrás:[45]

«Moraba cerca del río Mayo un famoso temerón llamado José Erazo, a quien sospechaba el gobierno de traición y espionaje, según se dijo entonces. Herrán lo hizo prender y lo redujeron a prisión en un cuartel de Pasto para juzgarlo en consejo de guerra. Erazo no fue siquiera interrogado sobre aquellos delitos. ¿Por qué ? No lo sabemos. Pero en cambio aparece que conversando *intra muros* con Erazo un oficial del ejército llamado Manuel Mutis, éste logró arrancarle a Erazo el nombre de los asesinos de Sucre, junto con otras circunstancias del crimen, como la de haberse ejecutado por orden de Obando, orden escrita que según añadió Erazo conservaba en su poder oculta en una cueva de piedras, a la que se trepaba por una escala.

«¿Cabe en la esfera de lo real que un hombre colocado en la situación de Erazo, reagravara su causa descubriendo un crimen de que ya nadie hacía recuerdo y en el cual él mismo aparecía desempeñando, por lo menos un papel harto sospechoso ? ¿Por parte de Mutis, que era enemigo acérrimo de Obando, no mediaron promesas ni amenazas ? Erazo estaba bajo el peso de una grave acusación e iba a ser juzgado: ¿Qué grado de fuerza probatoria alcanza el testimonio de un hombre rendido al temor de la muerte?

---

[45] Citado por el historiador Luis Martínez Delgado, *Berruecos.*

«¿Cómo desatan estas dudas los acusadores de Obando?"

«¡Alto silencio!"

Y agrega Camacho Carrizosa un párrafo castigante para el historiador guatemalteco del que nos hemos ocupado atrás, y una transcripción de lo escrito por éste:

«Irisarri –pluma asalariada y trashumante– hace toda clase de esfuerzos para explicar la confesión de Erazo, punto el más oscuro del proceso. Pero no alcanza Irisarri, con toda su dialéctica, a ocultar la hilaza de su fábula en que van eslabonándose los lances y episodios como en las comedias de capa y espada, por golpes de tramoya.

«En fines de 1839, dice Irisarri, creyéndose que José Erazo era uno de los peligrosos sostenedores de la guerra civil, encendida en Pasto de resultas de la suspensión de los conventos menores decretada por el Congreso, se envió a traerle preso a la capital de la provincia. Al pasar por el sitio en que fue asesinado el general Sucre, el oficial que lo conducía le hizo algunas preguntas sobre aquel suceso, como pudo haberlas hecho a cualquiera de los que vivían en aquellas cercanías. Pero como el delito nunca duerme profundamente y siempre teme el ser descubierto, persuadió a Erazo que el motivo de su prisión era el asesinato en que él había tenido una parte tan principal. Sus contestaciones a las preguntas del oficial infundieron en éste algunas sospechas, que comunicó al comandante Manuel Mutis; y éste, queriendo averiguar por sí mismo lo que Erazo supiese, se fue a examinar al preso y sin mucho trabajo consiguió que aquel le hiciese la revelación de su secreto. (Hasta aquí la cita de la *Historia crítica del asesinato cometido en la per-*

sona del Gran Mariscal de Ayacucho, de Antonio José de Irisarri)[46]»

En el libro de Martínez Delgado figura, en relación con el párrafo de Camacho que se ha transcrito, una diciente nota al pie que dice: «El coronel Gregorio Forero puso preso a Erazo. Al pasar por Berruecos, Desideria Meléndez (mujer de Erazo) llorando dijo que "siempre había temido que se descubriese aquello". Forero transmitió a Manuel María Mutis Gama como cosa espontánea la extraña revelación de los Erazo, y de aquí surgió el proceso sobre bases inmodificables porque así convenía.»

Antes de entrar en el análisis de estos elementos probatorios es preciso decir que a Irisarri, guatemalteco erudito e historiador, lo combaten, como hacen con Pérez y Soto, con palabras a veces soeces, los defensores de Obando. Para que el lector se forme una idea sobre este tema, Martínez Delgado[47] transcribe un panfleto canalla y vulgar que vale la pena mirar: "En *El Censor* (Quito), 28 de abril de 1845, pág. 23, encontramos una nota que sentimos tener que transcribir: "En la calle del Fango, del dómine Medianalga, empieza. Con este nombre era conocido Irisarri en Centroamérica, por haber recibido en solo la mitad, los azotes que le dieron en la cárcel. Esperamos emparejarla aquí cuando hayamos vencido al tigre hircano (Flores). De este modo le haremos cambiar el nombre Medianalga en Nalgaentera."»

A pesar de los epítetos insultantes que todos utilizan en contra suya, no se lee nada serio que lo contradiga o que

[46] Autor, obra citada.
[47] Autor, obra citada.

lo refute con validez. Sólo existe el rechazo con argumentos elaborados hacia la defensa, pero nada material de solidez probatorio. Lo más que dicen es que Juan José Flores pagó por escribir el libro, y cuando ya caído Flores en el Ecuador el libro estaba terminado, Mosquera pagó por la edición. Pero eso, por sí solo, no quiere decir nada en contra de la veracidad de lo escrito. Porque bien se puede financiar a una persona mientras adelanta una investigación histórica o científica, sin que el patrocinio desvirtúe el rigor histórico o científico de los estudios.

Pero es bueno que nos preguntemos: ¿quién es Antonio José Irisarri? ¿Será un aventurero o un mercenario? La seria editorial W.M. Jackson, editora de la obra que forma parte de una Colección Panamericana con las obras más relevantes en todos los campos de las letras continentales, hace una semblanza que lo presenta como uno de los americanos más preclaros del siglo XIX. Veamos:

«En otro género, la tradición literaria de Guatemala tiene un valor hispánico de primera fila en Antonio José Irisarri, a quien ya presentamos como novelista. Como crítico y polemista es uno de los más grandes que ha producido América, pero fama más extensa le alcanza por sus trabajos filológicos y, sin fijarnos particularmente en alguna de sus obras, por su idioma castizo, donoso al par que profundo, tan sobrio y tan lleno de gala en la expresión, que justifica el sobrenombre de "Cervantes americano", con el cual a menudo se le evoca. Andrés Bello lo consideraba "uno de los más grandes hablistas españoles de todos los tiempos, y el más grande de su época", y con este criterio coincide Menéndez Pelayo. Nació en la ciudad de Guatemala el 7 de febrero de

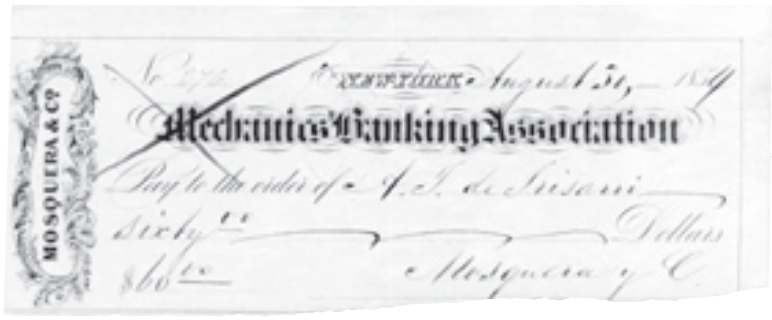
1786; de 19 años comenzó a viajar, distinguiéndose por sus letrillas satíricas y sus odas amatorias en México, de donde regresó con el tema de su gran novela *El cristiano errante*. En Chile figuró en la prensa autonomista y sobresalió entre los patriotas del período que los historiadores chilenos llaman "de la patria viela"; así lo afirma Camilo Henríquez: "El espíritu más vigoroso, en medio de los reveses, era el de don Antonio José de Irisarri". Erra por toda la América, contribuyendo aquí y allá a la afirmación de las libertades políticas, al impulso del progreso social, al gusto por las buenas letras y, en general, a la difusión de la cultura. De regreso en Guatemala, desempeña altos cargos públicos y pasa después a Norteamérica como representante diplomático de más de uno de los estados del istmo de Centro América. En Londres defendió la independencia del Nuevo Mundo con tanto celo como eficiencia; de él dice el erudito chileno Feliz Cruz: "Fue literato hasta los huesos, prosista hasta la médula y manejó la lengua española cual ninguno de sus contemporáneos (...) El más inquieto, talentoso y versátil prohombre hispanoamericano". Falleció en Brooklyn el 10 de junio de 1868».

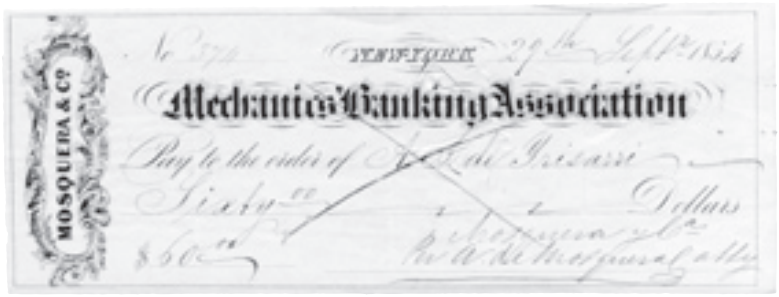
Tal como se ve, no estamos ante un zafio o un blacamán, según la expresión de García Márquez. Es en realidad un hombre de altas notas en una vida ejemplar y admirable, a quien, por lo tanto, no alcanzan a herir los epítetos acalorados de los defensores de Obando.

Ahora, en relación con el pago que se le hizo, no por Flores que por esos días cayó y a quien no califica bien el guatemalteco en su obra, sino por Mosquera que ciertamente le dio algunos recursos para la edición de la misma, ocasionalmente el autor

de este libro tuvo oportunidad de examinar el valioso archivo del Gran General Mosquera que conserva celosamente su biznieto, el médico José Tomás Mosquera, que vive en Cali. Y allí se encontraron todos los cheques que de sus cuentas corrientes en los Estados Unidos tuvo el cuatro veces presidente colombiano. Mosquera era un hombre organizado. No faltaba uno solo, según el consecutivo de esos títulos valores. Y vaya sorpresa: allí estaban los seis cheques que le giró el general al doctor Irisarri, los que, para darle mayor firmeza a lo aquí escrito, se publican de sus originales, para que el lector los pueda analizar y ver. Todos suman la exigua suma de trescientos dólares. No, definitivamente no es una suma con la cual se pudiere sobornar la rectitud de un intelectual de la altísima reputación continental de aquél.

En la introducción de *Historia crítica del asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho*, presenta Irisarri un documento ensayístico sobre el destino de América, sus grandes errores, la deficiencia de la política, los asesinatos que surcan el firmamento de la doliente historia de este continente de habla hispana. Y cuando llega al asesinato de Sucre, con escrúpulo de demócrata, estadista y hombre de letras y gabinete, deja plasmados estos párrafos dolorosos pero verdaderos:


MOSQUERA & Cº
Mechanics Banking Association
Pay to the order of
Sixty
Dollars
Mosquera y C


MOSQUERA & Co
NEW YORK
Mechanics Banking Association
Pay to the order of A. J. de Sucre
Sixty
Dollars
$60
Mosquera & Co
Per A. de Mosquera & Ally

MOSQUERA & Co
NEW YORK
April 30th 1855
Mechanics Banking Association
Pay to the order of A. J. de Sucre
Sixty
Dollars
$60
Mosquera & Co
Per A. de Mosquera & Ally

No 890
NEW YORK
August 13th 1850
Mechanics Banking Association
Pay to the order of A. J. de Sucre
Sixty
Dollars
$60
Mosquera & Co
Per A. de Mosquera & Ally

MOSQUERA & Co
No. 1726
NEW YORK
Feb. 6th 1850
Bank of America.
Pay to the order of A. J. de Sucre
Thirty
Dollars
$30
Mosquera & Co
Per A. de Mosquera & Ally

"El hombre acusado por todo el mundo, y que aparecía ya en la historia como el autor principal del asesinato cometido en la persona del General Sucre; el hombre que llegó a ser General de la República sin haber empleado su espada sino a favor de la causa de los españoles, o en las guerras intestinas que él mismo promovió en provecho suyo, dejó repentinamente de hacer el papel del reo que desea vindicarse, y se puso al frente de unos fanáticos que se levantaron contra el Poder Legislativo, a pretexto de que este poder, que es el de la nación entera, no debía reformar los abusos de que estaban plagados los conventillos de Pasto. El mismo hombre inconsecuente que se había manifestado sumiso a la autoridad del Poder Ejecutivo de aquella época, como emanado aquel poder del principio más legal, y cuando iba ya a expirar el período en que el nombrado para presidir a la República debía dejar al mando, reúnese a los que quisieron tan inoportunamente decir la nulidad de la elección de aquel magistrado, y revistiéndose de toda la autoridad, que solo en un Sultán podía verse sin escándalo por los hombres de principios, obra como un señor absoluto en todos los pueblos que pisa, dispone de las vidas y de las haciendas de sus conciudadanos, huella todas las leyes civiles, políticas y morales, y comete cuanto crimen es capaz de cometer el

más descarado de los bandidos. Él lleva la desolación y el espanto por donde no encuentra resistencia, acaudillando indios semisalvajes, esclavos, facinerosos y criminales que saca de las cárceles y a quienes permite cometer toda especie de atentados; se asocia a los hombres más temibles por su inmoralidad, como Sarria, Erazo y otros semejantes: saquea las haciendas de los particulares: estanca el abasto de la carne en todas las poblaciones que ocupa con sus hordas indisciplinadas: surte aquellos estancos con los ganados de las haciendas que saquea, y forma su erario del producto de esta contribución de nueva especie: asesina sin misericordia a los que se le oponen, ya se le rindan, ya los tome en su fuga: convierte el edificio de la Universidad de Popayán en cuartel de su bárbara soldadesca para que ella destruya la biblioteca pública, los instrumentos de física y cuanto podía haber a las manos de aquellos monstruos de rapacidad: se roba, en fin, la imprenta para convertir los tipos destinados a la difusión de las luces, en balas que dieran la muerte a los que no siguiesen sus tenebrosas banderas.

«Estos hechos yo no los he sacado de ningún libro, sino del general y uniforme testimonio de todas las personas con quienes he hablado sobre estas materias en las provincias de Pasto, de Popayán y del Cauca».

Conviene examinar, acorde con esta fisonomía de Obando, y para concluir que en él se conjugaban aspectos que no eran los del quijote en busca de aventuras nobles, de causas románticas, sino un rabioso e inescrupuloso combatiente, sin ninguna inhibición ante nada, como lo muestra Irisarri, una carta publicada por éste que envía Obando al repudiable indio José Erazo en 1828, o sea cuando ya había

tenido lugar el atentado de la noche septembrina. Obsérvese cómo cuenta con Erazo como su gran amigo, cómo lo adula, como lo envenena, cómo lo incita a la violencia, pero especialmente cómo le despierta el odio visceral y no noble contra Bolívar, a quien prodiga los peores epítetos. Y hasta le ofrece puesto en el próximo gobierno liberal. Ese no puede ser un personaje altruista sino un hombre bestial, capaz de cualquier cosa. Porque además, cuando él mismo ha hecho las abominaciones del bandido Noguera, al cual le atribuye sin meditación el crimen de Sucre en la carta a Flores, en esa misiva lo reclama con palabras de amistad.

Esta es la carta, para que el lector juzgue por sí mismo a ese otro Obando, el que vivía más allá de nuestra admiración:

«Campo en Timbío, Noviembre 7 de 1828.

«Sr. José Erazo.

«Mi estimado amigo: persuadido de que U. tendrá presente los males que han sufrido y aun sufren los pueblos causados por la ambición del General Bolívar que pretende coronarse contra la voluntad de los pueblos, que no aprecian otra cosa que su libertad y su seguridad como la tenía antes que viniese Bolívar del Perú. Con este fin están sublevados todos los pueblos de la República, y parte de su miserable ejército, y con este fin de destruir a ese hombre tirano es que nos hemos reunido todos para destruir ese poder azote de los pues (sic), U. me conoce, aunque no quiso U. irme a ver a Pasto; pero U. sabe que yo fui el que di salud a Pasto, que a mí se me presentaron todos los prófugos, y que a nadie, a nadie le falté; U. sabe esto. U. sabe que Pasto fue condenado por el General Bolívar a ser borrado del catálo-

go de los pueblos, pero yo no he hecho otra cosa que darle vida a ese pueblo perseguido por Flores y Bolívar. En fin, no tengo tiempo de hacerle a U. una relación exacta de todo y a nuestra vista lo haré, hasta que U. quede desengañado de todo.

«Cuento pues, con que U. reúna los hombres que pueda aunque sean cuatro, y se los traiga armados, y si es posible se traiga todas las armas que pueda y tenga; es el tiempo de que U. haga este servicio interesante y será U. colocado entre los libertadores de los pueblos. Todo Pasto está conmigo, y todos los pueblos; tengo una fuerza respetable para batir al pícaro de Tomás Mosquera que se mantiene sitiado en Santo Domingo y en fin viene el ejército de la República del Perú, que ocupará hasta el Mayo y me auxiliará para marchar sobre Bogotá. Es el día pues, amigo que U. haga este deber en servicio de los pueblos y de la humanidad, y U. a más de tener entonces un lugar distinguido en el Gobierno liberal de los pueblos, U. será recompensado de sus servicios.

«Procure U. verse con Noguera, que también nos auxilie con las armas que tenga, y que si quiere quedarse, se ocupe en interceptar los chasquis que hayan de Mosquera a ese pícaro chapetón que está de Gobernador de Pasto, si el comandante Lozano no lo ha amarrado.

«Si antes de nada quiere U. venirse solo a instruirse de todo, véngase, y si U. se halla convencido de nuestra justicia, véngase como le llevo dicho, pues Bolívar va a caer, y el orden constitucional está triunfante.

«Dios, Religión y Constitución.

JOSÉ MARÍA OBANDO».

No es el autor de tal misiva un hombre de paz, ni de conciencia, ni de respeto por algunos valores humanos de gran trascendencia. Allí se descubre a un hombre, amparado por la conveniencia, que se oculta en Dios y la religión, mentiroso contra Bolívar de quien dice mandó a borrar del mapa la ciudad de Pasto, traicionando a su patria entregado al Perú, aunque después le atribuye calumniosamente el mismo crimen al Gran Mariscal diciendo que era él, Sucre, el que iba a hacer entrega del Sur a las fuerzas peruanas. Buscar a Noguera, y al propio Erazo como socios en una aventura contra Colombia y su Libertador es algo que por sí mismo subleva a cualquier lector en relación con la verdadera personalidad del general Obando. Y es claro que un hombre de esas condiciones morales es capaz de cualquier cosa.

Esta carta, de indiscutible autenticidad, fue encontrada en la famosa petaca de Erazo, como se advertirá adelante.

Sobre el magnicidio de Sucre agrega Irisarri:

«Si yo me he propuesto escribir la historia del asesinato cometido en la persona del gran mariscal de Ayacucho, ha sido porque éste es uno de los más escandalosos crímenes de nuestra cruel revolución, y porque es necesario que los pueblos americanos españoles miren estos crímenes con el horror y la indignación que exigen las luces del presente siglo. Aquel héroe es uno de los muy pocos fundadores de la independencia de estos países, a quien no conocí personalmente; pero sus grandes hechos y sus virtudes cívicas me lo hicieron siempre respetable. Fuera de esto, la causa de este célebre americano es mi propia causa; no porque haya yo también tenido como él asesinos que quisiesen quitarme la vida en varias partes, sino porque la gloria de

aquel héroe es la gloria de todos sus compatriotas, y yo jamás podré dejar de ver como míos a todos aquellos americanos de mi tiempo, que nacieron en estos países cuando todos ellos eran nuestra patria común, antes que la mezquina política de nuestros legisladores nos hubiese convertido en extranjeros a los que nacimos nacionales, y a los que no podemos menos de ser hermanos».

Tengo la sensación de que las nobles palabras del doctor Irisarri que he dejado expuestas deben ser compartidas por cualquier demócrata que ame la libertad y que esté en capacidad de penetrar con fino instinto en los senderos y vericuetos de la historia, hecha no al deseo con que hoy quisiéramos que hubiera sido, sino al duro destino de lo que fue en verdad.

De otro lado, el relato que sobre la confesión de Erazo da Camacho Carrizosa, que antes vimos, transcrito por Martínez Delgado, no es irreconciliable, como se ha examinado, con el que él mismo transcribe de Irisarri, o con el de Antonio Flores –que no es pariente de Juan José– y que también transcribe Martínez Delgado, o con el de Guillermo Ruiz Rivas que atrás vimos. Todos son coincidentes materialmente con el de Irisarri en el punto de la captura y confesión subsiguiente de Erazo, aunque es preciso anotar que el texto del guatemalteco se halla mayormente enriquecido con detalles.

En reflexión sobre lo consignado, obsérvese cómo en el primero, el de Camacho, sobre todo por la nota al pie que citamos, se afirma que Desideria Meléndez, la mujer de Erazo, en el sitio de Berruecos, llorando, le dijo al coronel Gregorio Forero, que era el aprehensor, que ella siempre

había temido que se descubriese "aquello". La redacción de la mencionada nota al pie da a entender que a ella también la conducía detenida el nombrado Forero.

Es que además agrega la nota que Forero, inferior de Mutis Gama, transmitió a éste "la extraña revelación de los Erazo". O sea que cuando usa el plural, se está refiriendo a ambos esposos Erazo como confesantes y detenidos. Esto quiere significar que lo afirmado por Irisarri no es mendaz. Y, de otro lado, se puede igualmente llegar a la convicción de que las confesiones, cualquiera que haya sido la primera, fueron espontáneas.

Uno se siente inclinado a creer que la confesión de Desideria es más apropiada para una mujer y, por lo tanto, no solo debió de ser la primera, sino que indujo la confesión subsiguiente de su marido José. Pero nadie se extrañe con las confesiones de los criminales cuando son sorprendidos o descubiertos, porque ya en esos casos alguna fuerza interior los conduce a la sinceridad, que muchas veces redunda en beneficio de lo que se denomina dosificación de penas. El miedo a ser fusilado por el enorme crimen, como luego veremos, se apoderó de Erazo. Y en esas condiciones los culpables confiesan en busca de beneficios por colaboración.

Ahora, al doctor Camacho le parece insólito que diez años después alguien se vea acometido de arrepentimiento y confiese un crimen que, según él, ya todo el mundo tenía en el reino del olvido. Pamplinas, porque un crimen se descubre de la manera más impensada. Es lo cierto que el captor, como lo anotan los demás historiadores, utilizó una estratagema –perfectamente válida en el campo inves-

tigativo–, que fue la de hacerle creer que lo llevaba a él y a su mujer detenidos por el crimen de Berruecos y no por subversivo, salteador o espía.

Y es lo cierto que la escena de un crimen tan alevoso, que por su infinita gravedad a nadie se le podía haber olvidado –como no se ha olvidado aún– , produce ciertos estertores de la conciencia, que bien pudieron obrar primero en Desideria, como se ha dicho, y después en el taimado indígena por temor.

Se sabe entonces que tanto Erazo como su mujer confesaron el crimen con detalles, y efectivamente mantenían guardados en una cueva, escondidos en una petaca de fique, los papelitos comprometedores, cuya autenticidad se comprobó y no se atrevió a negar el propio Obando, aunque al comienzo de su indagatoria trató, muy desconcertado, de desconocer. El guardado que hizo Desideria, por supuesto, es un poco de lo que Gaitán llamaba la "malicia indígena", que naturalmente buscaba en la sicología del astuto Erazo comprobar, si algún día fuese necesario en el incierto porvenir, un hecho tan horrendo en el cual él ciertamente había tenido participación, pero la gran responsabilidad no era la suya sino la de uno más grande que él.

Esos papelitos, como los llama Lemos Guzmán, se constituyen en lo que se conoce como indicio vehemente, al que se agrega la confesión, que en este caso adquiere la fisonomía de aquello que los italianos denominan la *chiamatta de co reo*. Y es que los dos pérfidos sujetos, marido y mujer, revelan que el autor material del magnicidio lo fue el coronel Apolinar Morillo, a quien ponen igualmente preso y, ¡vaya una sorpresa para los acérrimos defensores del

caudillo caucano!, también confiesa. Y muere en el cadalso por esa causa.

Ocupémonos aún más de Erazo y los "papelitos".

Sea lo primero citar al propio general Obando.[48] En su libro *Apuntamientos* viene Obando, para referirse al tema concreto, haciendo la narración de cuando lo nombraron jefe militar de Popayán y las acciones que desempeñó en orden a pacificar la región hasta Pasto de los bandidos que entonces la infestaban. Y luego agrega: «Sin embargo, quedaron tres partidas de facinerosos, que aunque pequeñas, hostilizaban el comercio y cometían asesinatos y robos en las haciendas y en los caminos públicos. Una de ellas obraba sobre el Tablón de los Gómez, cuyos cabecillas eran Tomás Moncayo y Martín Gómez; otra recorría las montañas de La Venta y Berruecos, entre los ríos Mayo y Juanambú, capitaneada por Juan Andrés Noguera y José Erazo; éstos habían asesinado a una partida de 26 soldados en Olaya, a Catalina Viveros en La Cañada, a un señor Rosero en Alpujarra, a otros vecinos en Taminango, y recientemente en La Caldera a unos frailes ordenados y a un comerciante Manuel Pérez, de Popayán…»

Lo que quiere decir que, efectivamente, eran temibles asesinos tanto Erazo como Noguera. No obstante, Obando traba amistad y gran confianza con Erazo, del que se despide en la nota diciéndole "Suyo, José María Obando". Fórmula que denota enorme aprecio y amistad. Y en relación con el temible Noguera, como ya se dijo, no tuvo inconveniente en

[48] Obando, *Apuntamientos para la Historia*, editorial Bedout.

unirlo a él, con el rigor de las armas, cuando el levantamiento que hizo desde Pasto en su segunda fuga.

Y continúa Obando en su libro la historia sobre su acercamiento con Erazo, el nombramiento informal que le hizo de Comandante de la línea de Mayo y el papelito o esquela, como él mismo lo llama. Veamos:

«…Tuve noticia de que Erazo y Noguera habían discordado por la desigual distribución que se había hecho de las ropas robadas a Pérez en La Caldera, y me aproveché de este accidente para atraer a Erazo que era el más asequible de los dos, por medio de un indulto particular que le mandé con el presbítero José Torres, cura de Taminango, recomendándole además que lo exhortara para que se sometiese a la autoridad; y aunque Erazo no hizo uso de este indulto hasta el grado de presentárseme, con todo fui gradualmente ganando su confianza, confiriéndole comisiones de poca importancia, creadas sin necesidad e inventadas con el único fin de amansar a aquella fiera; comisiones que concluyeron por llenarle de contento viéndose ya ocupado por el gobierno y afectuosamente tratado por la primera autoridad de la provincia. En este estado de madurez le propuse ya que amarrase a Noguera y me lo entregara, mediante una gratificación que se le daría; él me observó que era necesaria una autorización para hacerse obedecer de las gentes que vivían a orillas del Mayo; y yo, conociendo que mientras existiese la facción de Noguera, era preciso conservar a lo menos el nombre de la línea de operaciones que allí se mantenía, hice en Erazo el nombramiento informal de comandante de la línea de Mayo, para que este documento le sirviese por la autorización que pedía. Noguera, según

me informaba Erazo, se guardaba ya mucho de éste, por habérsele separado, y hacía casi imposible el golpe que me había propuesto darle.

«En una salida que hice sobre Juanambú en mayo de 1827, tomé preso en Buesaco a un indio, Juan de Dios Nacíbar, que venía con una bestia cargada de víveres. Su semblante me hizo sospechar que no era de los presentados, y empleando ya las amenazas, ya las promesas, me declaró que venía de la hacienda de Sacandonoy de traer víveres para su familia que mantenía oculta en la montaña. Continué diciéndole que si venía de aquel punto era forzoso que supiese del paradero de Noguera, y que si no me lo decía todo, le iba a fusilar; fuese la verdad, o fuese por salir del paso, me comunicó que en Sacandonoy había oído decir que Noguera había salido a la Comunidad a vender víveres y comprar sal; me dijo que le parecía fácil su aprehensión empleando para ella paisanos, y me hizo para ello varias oficiosas indicaciones que me daban bastantes probabilidades de buen suceso. Entonces resolví mandar al mismo Nacíbar para que diera a Erazo los mismos informes verbales que a mí, y le puse una esquelita en términos muy vagos, dirigidos únicamente a que emprendiese que debía dar crédito al indio y acompañarse con él para asegurar el golpe sobre Noguera, sin hacer mención de éste, como convenía, según se ve en la copia siguiente:

«"Buesaco, mayo 28, Mi estimado Erazo: El dador de ésta le advertirá de un negocio importante que es preciso lo haga con él. El le dirá a la voz todo, y manos a la obra. Oiga usted todo lo que diga, y usted dirija el golpe. Suyo, José María Obando". En el sobre, que por fortuna estaba conteni-

do en la misma pieza de papel, quiso Dios, para prepararme defensa contra una atroz calumnia que había de asomar la cara trece años después; quiso, digo, que yo emplease estas precisas palabras: "Al comandante de la línea del Mayo, José Erazo."»

Es, sin duda alguna, una respuesta convincente a la terrible fuerza probatoria de las notas, que estudió y preparó durante varios años. Porque explica que la esquela fue dada de mucho tiempo atrás, cuando Erazo ostentaba el rumboso título de comandante de la Línea de Mayo. O sea que a simple vista desbarata conmovedoramente el tremendo indicio.

Es tanta la fuerza de la explicación, que el doctor Antonio Rocha, a quien antes citamos, en su magnífica obra sobre las pruebas judiciales[49] consigna a favor de Obando lo siguiente:

> *«El indicio de la historia, el asesinato del Mariscal de Ayacucho y el sino trágico de la recia personalidad del presidente Obando.*

«El general José María Obando es una figura histórica y prócer de Colombia grande y respetable como la propia nación, cuyos destinos presidió constitucionalmente en dos ocasiones y la última desde abril de 1853.

«(...) En verdad diríase que el trágico sino que se proyectó a todo lo largo de la vida de Obando, se hizo

[49] Antonio Rocha, *De la prueba en derecho*, en el capítulo sobre la prueba indiciaria.

más cruelmente presente, por así decirlo, en el enlace infortunado de una coincidencia de hechos que parecieron hundirse sólo para perder al hombre y al nombre de orígenes extraños.

«Porque ocurrió que los sucesos enlazaran de un modo infortunado, anudándose como un dogal alrededor de esa personalidad enérgica y múltiple. En 1826 el vicepresidente Santander había encargado a Obando de la Gobernación de la Provincia de Pasto, teatro de guerrilleros facinerosos que robaban haciendas, asaltaban los caminos públicos, hostilizaban y saqueaban el comercio. Entre esos cabecillas del bandidaje eran temidos sobre todos Moncayo Gómez, Juan Andrés Noguera y José Erazo. Obando logró batirlos a todos, pero quedaban por dominar Noguera y Erazo. Propúsose entonces atraer por medio de la amistad a Erazo y sirviéndose de éste como del más certero instrumento, acabar decisivamente con Noguera, cuyos dominios estaban en la montaña de Berruecos, entre los ríos Mayo y Juanambú. Para conseguir la confianza de Erazo nombróle "Comandante de la línea de Mayo" y lo autorizó para rendir a Noguera, con la fuerza o el engaño y tráerselo vivo o muerto. Fue en 1827 cuando con este propósito envió a Erazo con el indio Nacíbar el famoso papel que tanta desgracia y horror había de causarle al general Obando, papel que decía así:

«"Buesaco, mayo 28. Mi estimado Erazo: El dador de ésta le advertirá un negocio importante que es preciso lo haga con él. El le dirá a la voz todo y manos a la obra. Oiga usted todo lo que le diga y usted dirija el golpe. Suyo, José María Obando"».

«El mensaje no mencionaba el año y muchos años después del asesinato de Sucre, consumado en 1830, apareció entre los papeles de Erazo ese documento equívoco, sumamente peligroso por cuanto Erazo junto con Apolinar Morillo fueron quienes dieron muerte a balazos a Sucre. Sugestivo y coincidente era este escrito que pudo ser considerado como un grave indicio. La única defensa que le permitía a Obando el alevoso documento era la dirección escrita detrás del papel, y que decía "Comandante de la línea de Mayo". Ahora bien, Erazo no era comandante ya en 1830, ni Obando estuvo en Buesaco el 28 de mayo de ese año, como lo probó después.

«Morillo declaró después en el proceso contra Obando que los investigadores, enemigos de Obando, le habían hecho decir al principio que nada le pasaría si declaraba que el papel había sido dado por el general a Erazo y que éste se lo había mostrado al mismo Morillo con instrucciones especiales de matar a Sucre. Mas no hay hombre serio que no acepte que Morillo era un testigo inadmisible de la peor laya, oscuramente venal».

Hondas lucubraciones suscitan estos hechos. Pero la primera es que gratuitamente nadie se echa sobre sus hombros, siendo inocente, un crimen de tanto compromiso con la justicia y la historia. Erazo y su mujer podían ser ignorantes y toscos, pero no eran torpes como para no entender lo que se les venía encima. Y de hecho se les vino, pues aunque no fueron condenados por el magnicidio, cosa inexplicable de la que hemos de ocuparnos adelante, sí fueron llevados prisioneros a Chagres, región inhóspita en Panamá, donde Erazo murió de fiebres. Y ya dijimos, y lo volveremos a ver, cómo murió fusilado Apolinar Morillo.

Y ¿qué ocurre después ? Dentro del forzoso análisis que traemos es importante examinar lo que apunta el general ecuatoriano Buenaventura Reinales[50] en una de las obras más destacadas que se hayan escrito sobre estos tópicos. Reinales es hombre de la época en que todo esto ocurrió y su libro es fuente de consulta obligada. Después de confrontar el expediente inicial, las declaraciones recibidas tanto por el propio Obando y otros investigadores del país, como las que hiciera recibir en el Ecuador Flores, deja estas afirmaciones:

«De la confrontación de estas declaraciones resulta plenamente comprobado:

«1º. Que el 2 de Junio pernoctó en casa de José Erazo, ubicada en el Salto de Mayo, el General Antonio José de Sucre, en compañía de las personas nominalmente expresadas en el Capítulo anterior;

«2º. Que el día 3 siguió para La Venta, a las seis de la mañana, en asocio de los suyos y llegó allí como a las diez del día, a donde llegaron también poco después Córdoba, Beltrán y los demás conductores del parque;

«3º. Que como a la una de la tarde llegó del lado del Sur Manuel de Jesús Patiño, quien se quedó a pernoctar en la mismo venta;

«4º. Que el Comandante Juan Gregorio Sarria, quien había llegado a La Venta con Patiño, siguió de allí para el Salto con José Erazo, en cuya casa durmió y permaneció hasta el 4 por la mañana, esperando el relevo de su caballería;

---

[50] Autor citado, *El asesinato del General Antonio José de Sucre Mariscal de Ayacucho.* Imprenta Eléctrica, 1911.

«5º. Que el día 4, entre las seis y siete de la mañana, se puso en marcha el General Sucre, y al llegar a una angostura en el sitio de La Jacoba, se oyó una detonación de fusil y en seguida una descarga como de tres tiros, y la voz del General dijo: ¡ Ay balazo! Caicedo oyó las detonaciones como de fusil, y al ver a los asesinos vio cuatro hombres armados cada uno con su carabina; y Francisco Colmenares, quien oyó las mismas detonaciones, creyó que sería el Sr. García Tréllez que había hecho uso de sus pistolas para matar algunas aves; de manera que las detonaciones oídas los indujeron a apreciar las armas que las habían producido, pero el que las vio distinguió claramente que eran carabinas; y

«6º. Que el cadáver del general permaneció tirado en el camino público desde esa hora hasta el día siguiente en que Patiño pagó un peso a Domingo Martínez para que lo ayudase a sepultar, en cuyo acto el asistente lo despojó de las vestiduras superiores y fue arrojado a la fosa con sólo las que le hallaron los que vinieron a hacer el reconocimiento del cadáver.

«Tales son las circunstancias pormenorizadas que aparecen comprobadas en esta primera serie de investigaciones. Pasemos, por tanto, a la enunciación de la segunda.

«El Sr. General José María Sáez, Prefecto del Departamento del Ecuador, estado del Sur, se dirigió desde Quito, con fecha 27 de Junio del mismo año de 1830, al Sr. Prefecto del Cauca, significándole que de algunas declaraciones presentadas por los ciudadanos que acompañaban al Estado del Sur al general Antonio José de Sucre, resultaba que el Oficial Sarria, N. Erazo y N. Angulo fueron los principales

asesinos que asaltaron y dieron muerte a aquel benemérito Jefe en su tránsito por la montaña de Berruecos.

«Esta comunicación fue apoyada por el Sr. Dr. Vicente Azuero, Secretario del interior, con otra dirigida al mismo Prefecto excitándolo a agotar todos los medios de investigación y ordenando pedir al Ecuador los documentos que ya se habían recibido en la Prefectura y que vamos a compilar.

«El Sr. Comandante de armas en la provincia Imbabura le recibió declaración al teniente Pedro Prías el 9 de Julio de 1839, quien dijo que se había encontrado con el Comandante Sarria en Olaya, dos días antes del asesinato, y que le oyó decir al Capitán Quintero, de su Batallón, que maliciaba que la infamia cometida con el General Sucre podía ser tramada por el General Obando, porque conocía sus depravadas intenciones.

«El coronel Nicolás Vascones recibió en Quito, como primer ayudante del estado Mayor General, el 12 de Junio, la declaración del Presbítero Juan Ignacio Valdés, comisionado del general Obando para conducir a Flores el parte de la muerte del General Sucre, quien entre otras cosas manifestó que algunos sospechaban en Pasto que el autor del delito era un Comandante Morillo que había marchado para Popayán en esos días, y que al mismo General Obando le había oído preguntar qué día había partido ese Jefe. Igualmente dijo este señor que tenía instrucciones de hablar con el General Flores sobre algunas cosas relativas al asesino del Mariscal, porque podían inculparlo a él, y también de provocar transacciones para evitar la guerra; y el Sr. Antonio Moreno, segundo Comandante efectivo, adjunto al estado mayor General, recibió en Quito el 15 de Junio las nuevas

declaraciones de Lorenzo Caicedo, Dr. García Tréllez y Francisco Colmenares, las que se registran de la página 92 a 97 de la causa impresa, y sólo difieren de las primeras en que se les hizo agregar que el **Comandante Erazo** había llegado antes que el General Sucre a La Venta, cosa que desdijo el Sr. García Tréllez en su última declaración y que a su tiempo veremos que el mismo Erazo desmiente.

«Del contexto de esta segunda serie de comprobantes resulta que las declaraciones del teniente Pedro Prías, Presbítero Juan Ignacio Valdés, segunda de Lorenzo Caicedo, tercera del Dr. García Tréllez y nueva declaración de Francisco Colmenares, fueron recibidas en el mes de Junio de 1830, y sin contradecir las anteriores las corroboran y aclaran, estableciendo:

«1º. Que cuando el general Sucre llegó a La Venta ya estaba allí el **Comandante Erazo**, de cuya casa había salido; y

«2º. Que con Manuel de Jesús Patiño llegó a La Venta el Comandante Juan Gregorio Sarria, quienes estuvieron largo rato hablando con el General y luego se despidieron de él, y que Sarria y Erazo se fueron juntos en dirección del Salto, procedimiento que produjo sospechas en el general» (Resaltados del autor).

La transcripción del largo párrafo del imparcial historiador ecuatoriano es altamente ilustrativa en el tema que tratamos. Y sea lo primero destacar cómo tan severo y respetable historiador, general Reinales, en su relato y citando textualmente a los testigos, resalta cómo éstos se refieren a José Erazo en varias partes como el Comandante. Llamativo hecho, cuando, como se ha visto antes, la excusa de Obando enderezada a desvanecer el indicio que hemos

venido comentando surge del hecho de que para 1830 ya el bandido Erazo no era comandante del Salto de Mayo, cargo para el que él, Obando, lo había nombrado informalmente en 1827, como se vio precedentemente.

Pero entonces, ¿por qué razón los testigos en la cita del general Reinales lo siguen llamando Comandante exactamente cuando ocurre la muerte de Sucre ? Y conviene apuntar, por lo demás, que el relato se identifica con lo escrito por el doctor Irisarri.

Pero no son solo Irisarri y Reinales los que hacen estas observaciones. El gran defensor de Obando, doctor Antonio José Lemos Guzmán, comentando la captura de Erazo en el año 39, para ser más exactos en el mes de noviembre, según él, acepta que entonces Erazo, bajo las órdenes del gobierno de Márquez y la comandancia de Herrán, se seguía desempeñando como comandante del Alto de Mayo.[51] «En la persecución –anota– contra Juan Andrés Noguera por las montañas de Berruecos se le encuentran a este sombrío e invencible guerrillero unos papeles, y entre ellos cartas de José Erazo, quien le informaba de los movimientos contra él, a fin de que se defendiera, como ocurría, sin caer en las manos oficiales, a pesar de la extremada persecución que se le hacía a toda costa; **Erazo actuaba con las tropas de Herrán, y como Comandante, precisamente en esas zonas que tanto se conocía del Alto del Mayo, La Venta, Berruecos, El Arenal y El Tablón de** los Gómez; de esta suerte Erazo había incurrido en traición, lo cual determinó su captura." (Resaltado del autor).

[51] *De Cruz verde a Cruz Verde*, autor citado.

Ahora veamos, de la propia declaración confesión de Erazo, un párrafo altamente indicativo de que, para el fatídico 4 de junio, todavía era comandante de la Línea de Mayo, esto es, que tenía tropas a su mando.

«… siguió –dice Erazo– el general Sucre por la mañana del día siguiente con dirección para La Venta; que a eso de las 9 ó 10 del día, después que había salido también el parque, arribó al salto el coronel Apolinar Morillo, que iba con la bestia suelta, y él a pie con el pantalón alzado; que a su arribo, entregándole la orden del teniente Coronel Mariano Álvarez y comunicándole el motivo de su idea, cual era asesinar al expresado general, como lo hizo relación en su declaración antecedente, **trató de comprometerlo para que cooperase y tomase parte en aquel asesinato, mas como se denegase, quiso a lo menos que lo auxiliase con algunos soldados del Vargas que tenía a su cargo el que declara**, en lo que tampoco condescendió» (Resaltado mío).

El que declara, que dice tenía soldados del Vargas a su cargo, es decir a su mando, en el mes de junio del fatídico año 30, era nadie menos que Erazo.

Pero para abundar más, oigamos –figura en las páginas 8, 9 y 10 del manifiesto del Gobierno del Sur, que fue la investigación que mandó a adelantar Flores pero con rigor histórico– lo que expuso el sargento Lorenzo Caicedo, que como se sabe era uno de los miembros de la pequeña comitiva de Sucre:

«Antonio Moreno, segundo Comandante efectivo, adjunto al estado mayor General, y Juez Fiscal para proceder a tomar declaración al sargento primero Lorenzo Caicedo, acerca del asesinato cometido en la persona del Exmo. Sr.

General Gran Mariscal de Ayacucho Antonio José de Sucre: y habiendo de nombrar escribano que actúe, nombró al sargento primero de artillería Ramón Hidalgo, y habiéndole advertido de la obligación que contrae, acepta, jura y promete guardar sigilo y fidelidad en cuanto actúe: y para que conste lo firmó conmigo en Quito, a 15 de Junio de 1830.-ANTONIO MORENO.- RAMÓN HIDALGO, escribano.- Inmediatamente dicho Sr. Juez Fiscal hizo comparecer ante sí al sargento primero Lorenzo Caicedo, y preguntado: ¿Juráis a Dios y prometéis a la República decir la verdad sobre el punto de que os voy a interrogar? Dijo: sí juro.- Preguntado su nombre y empleo, y en qué se ha ocupado todo este tiempo, dijo: que se llama Lorenzo Caicedo, que es sargento primero, y que servía de asistente al Exmo. Sr. Gran Mariscal de Ayacucho Antonio José de Sucre.- Preguntado: que exponga el día y modo en que fue asesinado S.E. y el paraje dónde, dijo: que viniendo el que declara de Popayán para la ciudad de Pasto, sirviendo a S.E. el Gran Mariscal en un sitio llamado el Salto de Mayo encontraron **al comandante Erazo, y que siguiendo su camino el general para la Venta, encontró allí al expresado Comandante Erazo. (…)"** (Subrayado y resaltado del autor).

Y observemos la otra declaración del sargento Francisco Colmenares:

«…que el 2 del presente llegaron al sitio llamado Salto de Mayo en el camino que conduce de Popayán a Pasto, **y se alojaron en casa del Comandante Erazo (…)**» (Subrayado y resaltado del autor).

No hay duda entonces que José Erazo, para el 4 de junio de 1830, seguía siendo el comandante de la Línea de Mayo, cargo para el cual, como ya se anotó, lo nombró el mismo

Obando; y que, nueve años después, seguía desempeñando, aún bajo el mando del general Herrán.

Luego se puede afirmar, sin temor a equivocarse, que a Erazo no solo lo siguieron llamando comandante, sino que lo era cuando recibe la boleta de Obando y la de Mariano Álvarez. Y mírese cómo, pasados varios años y a pesar de ser un reconocido malhechor, Erazo torna a ser comandante del Alto de Mayo y de toda la región, según lo apunta el más encumbrado defensor de Obando, doctor Lemos Guzmán.

Entonces, si a Erazo las gentes lo llamaban comandante, y era comandante porque tenía soldados a su mando, no se ve razón alguna para que quien le otorgó tal grado no lo siguiera llamando de esa manera.

Y si este razonamiento está pegado a un punto incontrovertible como son los testigos que acabamos de ver, expediente a la mano, y la forma de llamarlo que el propio Lemos Guzmán utiliza, como se ha visto, agregándole la indagatoria misma de Erazo, no queda de otra que entender que la excusa dada por Obando y seguida literalmente por el doctor Rocha y los demás defensores, se derrumba, o mejor, carece de fortaleza para destruir el hecho indicador del indicio comentado atrás.

Este, ciertamente, es un análisis jurídico como también lo es el del doctor Rocha. Solo que se ha demostrado el error que soporta la argumentación tanto de éste como de Obando. Y siendo así, el formidable indicio conserva su prístina potencia.

Para ser más preciso, téngase en cuenta que la fuerza del argumento magistral del gran tratadista de las pruebas judiciales y hombre del derecho doctor Rocha, radica pre-

cisamente en el asunto de que Erazo, para la época de la muerte de Sucre, había dejado de ser comandante. Y las pruebas, al unísono, acreditan que sí lo era, como acaba de demostrarse incontrovertiblemente.

De otro lado, la historia de que Erazo ya no era comandante de la Línea de Mayo fue urdida muy *a posteriori* por Obando, cuando escribió sus *Apuntamientos*. Y ha de recordarse la otra versión que urdió en Bogotá ante el general Tomás Mosquera y otras personas sobre la orden a Erazo de que fuera a allanar una quebrada donde dizque había unas armas. Y es preciso también anotar que cuando rindió indagatoria estuvo tentado en esa diligencia a desconocer, como ocurrió con Álvarez, su firma en el papel de 28 de mayo. El doctor Irisarri estudia con gran sindéresis este aspecto concreto en cita que atrás fue consignada.

II

Falso que haya habido halagos y engaños para los que confesaron

Se dijo por los ardorosos defensores de Obando que en la captura de José Erazo y en su posterior confesión mediaron artes diabólicas de seducción, amedrentamiento, amenazas terribles, soborno por parte de gente interesada en sacar del juego político a Obando, que ya había sido candidato presidencial y hasta presidente encargado y su figura lo perfilaba hacia un nuevo debate eleccionario con grandes posibilidades de ganar. Nada de esto es extraño a los juegos políticos, por cierto. Pero conviene que miremos en detalle tales acusaciones.

Sobre la detención de Erazo y su confesión, sin que mediaran torturas, aparecen dos declaraciones, tomadas del expediente, de gran interés. Son reproducidas por el doctor Lemos Guzmán, aunque con una salvedad que también es preciso analizar. No obstante su extensión, vale la pena traerlas aquí al igual que el comentario de tan erudito his-

toriador, en aras a la ilustración de los lectores y a mostrar la más absoluta objetividad. Veamos primero las glosas del doctor Lemos:

«A 6 de octubre –como se dijo– es llamado José Erazo a la Comandancia General, y allá en Pasto permanece no sabemos por cuántos días, para aparecer de nuevo entre las fuerzas de La Venta, y como por encanto aprisionado y llevado aparatosamente otra vez a Pasto, el 2 de noviembre. En cuanto a esta prisión, según el Diario de Operaciones, hay una confusión completa, y ya es Marcelo Buitrago, ya Apolinar Torres, Forero o Gámez su capturador, fingiéndose una celada, para lo que no había necesidad, por estar Erazo, regularmente en filas, y así lo vemos concurrir disciplinadamente en su primer viaje, y a la primera llamada, sin valerse del equívoco recurso de una captura y de una celada. Y más aún; cuando Erazo se trasladó a Pasto, por cierto que en la compañía del coronel Jacinto Córdoba, ya se le había escrito al Presidente Márquez sobre los famosos papeles de aquél; la carta fue del gobernador Castrillón, y el presidente Márquez contestó, según el documento que vamos a copiar, prueba indestructible y plenaria de todo un propósito, de una conjura, como hemos calificado este enredo de corrupción, infamias y de ruindades.

«Dice así la carta, sobre cuya fecha llamamos la atención de los lectores:

«"Señor General Pedro A. Herrán.- Bogotá, 6 de noviembre de 1839.- Mi distinguido amigo: me ha sido muy grata la estimable carta de usted de 15 de octubre último, en que usted se sirve favorecerme, con tan honrosas expresiones… El Gobernador de Popayán (Castrillón) me incluyó copia de

una carta reservada que usted le dirigió. Me parece juiciosa la opinión que él me manifiesta sobre el negocio, y que me asegura haber transmitido a usted. Si como es muy probable, ese perverso fuera absuelto, los procedimientos contra él y sus cómplices se mirarían como una persecución, obra de la venganza; y si los denuncios que él hiciese pudieran dar un conocimiento más pleno de la conducta de ciertas personas, la necesidad de abrir contra ellas procedimientos judiciales no sé a dónde nos conduciría. Reitero mis votos, etc. etc.,- J. I. Márquez".

«Esta carta –continúa Lemos Guzmán–, como se ve, hace alusión a una del general Herrán del 15 de octubre de 1839, cuando aún no había sido detenido José Erazo; a la vez, la fecha de la del Presidente Herrán confirma lo anterior, como que Erazo fue detenido el 2 de noviembre, en La Venta, y es físicamente imposible que en esos tiempos pudiera hacerse llegar una comunicación en cuatro días desde Pasto hasta la capital. Pero por si acaso queda alguna duda de esta tramoya infernal y corrompida, copiamos otra carta:

«"Señor General Pedro Alcántara Herrán.- Popayán octubre 22 de 1939.- Mi amado general y apreciadísimo amigo: he meditado debidamente sobre el asunto de Erazo de que usted me habla en su apreciable carta del 14 (octubre) del corriente, que me entregó el sargento mayor Pedro Rodríguez; y como usted me indica que informe confidencialmente al presidente sobre esta materia, así lo he hecho, acompañándole copia de la carta de usted, y del otro papelito que me remite, agregando de mi parte algunas observaciones que he creído convenientes, para no dar un paso en falso. Si consideramos a Erazo con independencia de Sarria y de

otras circunstancias políticas con que está encadenada la conducta de este famoso malvado, yo le aseguraría a usted que ningunos resultados podrían temerse en los pueblos de esta provincia, ni aún en las inmediaciones del Mayo, porque me hallo persuadido que él no tiene amigos verdaderos sino hombres que le acompañan porque le temen (…) Erazo aunque con perfidias y dobleces ha hecho algunos servicios en las presentes circunstancias, porque conocen todos, y si después de esto se le castigara levantarían el grito los enemigos del gobierno (…) El asesinato del general Sucre está escondido en la tenebrosa montaña de Berruecos, y lo cubre un velo obscuro y misterioso (…) Erazo es bajo y astuto y viéndose preso y amenazado de muerte tratará de evadirse de las leyes y para conseguirlo comprometería a muchos, quién sabe si a los generales Obando y López, a Sarria, a algunos eclesiásticos, y a otras varias personas de Bogotá y de aquí mismo. ¿Qué resultaría de esto? Seguramente hurgar el avispero y torear la víbora (…) Soy de usted, etc. etc.- Manuel José Castrillón"

«Los anteriores documentos, citados parcialmente, hacen parte del archivo del general Herrán, y figuran en los folios 30 y 38, respectivamente». (Hasta aquí Lemos)

Lo primero que es necesario decir, respetando por supuesto el criterio del doctor Lemos Guzmán, es que ni en la carta del presidente Márquez que transcribe, ni en la del gobernador Castrillón se da por cierto que Obando esté comprometido. Al contrario, le asalta al gobernador la idea de que si Erazo llegase a comprometer por miedo a Obando y a López y a Sarria y hubiese detenciones, ello a la postre –lo dice Castrillón– podría conducir a unas absoluciones

que se tornarían altamente contrarias al gobierno. Es "hurgar el avispero y torear la víbora". Quiere esto decir que, a la fecha de las cartas, Erazo aún no había comprometido al general Obando.

Es claro, además, como todo el mundo en esa época lo entendía, que el asesinato del Gran Mariscal fue el fruto de una gran conjura que comprometía a López y a Obando, y también se sabía del compromiso de Erazo y de Sarria en el acto final del magnicidio. Ese no era un secreto.

Las cartas, por lo demás, son prudentes. Ambos, el Presidente y el Gobernador, creen que una captura de Erazo podría conducir a que éste soltara la lengua y produjera pruebas en ese momento desconocidas y, por lo mismo, bien podrían no tener la contundencia necesaria para impedir una absolución. Es "hurgar el avispero y torear la víbora", dice Castrillón. Y Márquez piensa en que la falta de unas pruebas concluyentes –*esta es la prueba de que eran desconocidas* a la fecha de las cartas– podría conducir a situaciones peores: «Si como es probable ese perverso fuera absuelto, los procedimientos contra él y sus cómplices se mirarían como una persecución, obra de la venganza», dice el Presidente.

O sea que tales documentos –exactamente a los que nos estamos refiriendo– de ninguna manera prueban que el presidente de la república, o el gobernador o el comandante Herrán estaban comprometidos en una gran conjura contra Obando, al que por cierto ninguno de ellos en verdad quería, y presumían culpable del alevoso crimen de Berruecos. Y es claro que razón le asiste al doctor Lemos en cuanto a que, para la fecha de las cartas, la captura de Erazo aún

no se había producido. Sólo existían unas expectativas de que, producida ella, el taimado bandido soltara la lengua y contara lo que contó en efecto.

Ahora miremos, como atrás lo dijimos, lo que fue la captura y la confesión de Erazo, acudiendo a la misma documentación –extraída del proceso– aportada por Lemos Guzmán:

«Pero abandonemos esta senda tan mortificante, y recorramos –continúa Lemos– otra. Preso José Erazo, en unión de otros "traidores" al gobierno noguerista (Pedro Fernández, Cruz Meléndez, Juan Rivera y Juan Zambrano), se les llevó a un cuartel de Pasto, y allí se desarrolló una admirable comedia, en que actuaron el padre Juan Ignacio Valdés y los coroneles Manuel Mutis, José Lindo y Vicente Bustamante, a espaldas de su jefe el general Herrán (es un tanto contradictorio el doctor Lemos cuando antes sostiene la tesis de la conjura contra Obando e involucra en ella a Herrán, y ahora reconoce la probidad de éste) cuya rectitud y timidez era necesario burlar; de estos cuatro actores principales, y también otros secundarios, dos nos dejaron un relato que es más que probatorio del malicioso proceder como se actuaba; los otros, Lindo y Mutis, no alcanzaron a retractarse porque marcharon al norte, y allí el uno, el coronel Lindo, pereció ahogado, y el otro, el coronel Mutis, en un combate; y cabe otra observación: Lindo era venezolano, y Mutis, como ya se dijo en otra parte de esta obra, y como lo asevera Posada Gutiérrez, era enemigo personal y mortal del general Obando y entre otras cosas por haber sido borrado, también con Lindo, del escalafón, y ambos dictatoriales urdanetistas.

«Copiemos aunque fragmentariamente los respectivos documentos:

«"En Popayán, a veintisiete de abril de mil ochocientos cuarenta y uno: El señor Intendente Gobernador estando en esta cárcel pública asociado de mí el escribano, y de los señores doctor Francisco Lemos y Blas Buchelli, se trasladó a la sala de visita en donde se hallaba Vicente Bustamante, a quien su Señoría por ante mí el escribano le recibió juramento que hizo por Dios Nuestro Señor y una señal de cruz, y bajo su gravedad ofreció decir verdad de lo que supiera y se le preguntare, y siéndolo acerca de varios puntos que se le van a interrogar, responde. Preguntado: cuáles fueron las medidas que se tomaron en Pasto al precipitarse la averiguación del asesinato del general Antonio José de Sucre, dijo: que a consecuencia de haber habido denuncios de que José Erazo estaba traicionando al gobierno poniéndose de acuerdo con Noguera, el general Herrán ordenó marchar al coronel Forero para Bogotá, y que a su paso asegurase a Erazo y su partida, y los remitiera a Pasto, lo que verificó dicho coronel remitiéndolo con tres o cuatro de su partida. Que luego que lo pusieron en seguridad, pasó el que declara a la tesorería que se hallaba en San Agustín, y a su paso por la guardia se encontró con dicho Erazo y que después de haberlo saludado le dijo se interesara para que no lo afusilaran, y más bien lo mandaran a presidio. El que declara le dijo que creía que no se le había llamado para matarlo; a lo cual replicó Erazo que su llamada era con aquél objeto, por cuyo motivo había mandado a llamar al presbítero Juan Ignacio Valdez con quien acababa de hablar en aquel momento, y responde. –Preguntado: Qué medios se emplearon

contra José Erazo en el solar del cuartel de San Agustín para obligarlo a que declarara falsamente contra el general Obando, expresando las personas que concurrieron a este acto, y cuál fue la autoridad que así lo dispuso, dijo: que ignora quién haya hablado con Erazo en el solar que se cita, y que sólo sabe que bajando el que declara de las piezas altas del Convento de San Agustín de aquella ciudad a la puerta de dicho edificio, se encontró en ella al coronel Lindo, con el cual siguió por el Altozano, y habiendo llegado a la mitad de la plazuela conocida con el nombre del Convento, de que se ha hecho referencia, se encontró con el Presbítero Juan Ignacio Valdés, el que le dijo al coronel Lindo y al que declara: "Ya está descubierto el asesinato de Sucre; Erazo lo ha dicho". Entonces el que declara le dijo: "cállese usted la boca, no diga a nadie"; a lo que contestó Valdés, ya se lo he dicho a quien debo".

«Que de allí se regresó a donde estaba Erazo, en compañía de Lindo, para preguntarle que le dijese qué le había dicho al Padre Valdés; a lo que contestó: "Yo no he sido, ha sido el coronel Morillo".

«Que entonces el que declara le dijo, no diga usted nada al Padre Valdés, ni a nadie; y dio por contestación: "Ya lo he dicho, Padre Valdés"; y siguió relacionando: "Que había llegado Morillo al Salto de Mayo, y que lo llamó a un lado de su casa, y le manifestó una orden que llevaba del general Obando invitándolo para una comisión; que luego Erazo llevó dicha orden a donde su mujer, quien la tomó diciendo la iba a guardar que podía servir con el tiempo, y que no se metiera en nada; que en seguida Morillo tomó el camino de Mercaderes, y con la tarde una hija de Erazo le

dijo a la madre: Allí vuelve el oficial que pasó para Mercaderes y que en aquel momento Erazo se fue para Alpujarra, en busca de una mula, regresando a su casa por la noche. Que concluida esta conversación con Erazo, se fue a casa del general Herrán acompañado del coronel Lindo, a quien refirió lo que había oído de Erazo, cuya noticia recibió el general Herrán con una demostración de sorpresa, dándose al efecto con la mano una palmada en la frente, diciendo: "No quería yo que esto se descubriera en mi tiempo; no digan ustedes esto". Que en seguida se despidió el que declara, y al salir a la puerta de la calle se encontró con varios oficiales y paisanos entre quienes sólo se hablaba de lo que había dicho Erazo, y volviéndose el que declara a donde el general Herrán le manifestó, que en la calle no se hablaba de otra cosa que de lo que antes le había manifestado, cosa que sorprendía al que declara porque nadie más que a usted general le hemos comunicado esto. Que el coronel Lindo dijo: "Que con haberlo sabido el padre Valdés, basta"; y responde.

«Preguntado: En dónde fue que encontró al oficial Apolinar Torres comisionado para pesquisar una petaca de papeles de José Erazo; si entre el que declara y Torres examinaron los papeles de La Venta, y si es verdad que entre los dos escogieron uno para aplicarlo al caso del asesinato del general Sucre, dijo: "Que con motivo de haber sido comisionado por el general Herrán para venirse a esta ciudad a pocos días de la prisión de Erazo, encontró en su marcha a esta ciudad y en el punto de La Venta al oficial Apolinar Torres, el que le mostró al llegar un montón de papeles, teniendo separados entre ellos algunos, entre los cuales

se encontraba una carta del señor General Obando para Erazo, fechada ahora cuatro años, en la cual le hablaba que fuese preparando la gente (obviamente se refiere a la carta que en otro lugar hemos transcrito); cuatro o más papeles algunos particulares de esta ciudad, cuyo contenido era sobre opiniones políticas, y una orden misteriosa o confusa que su contenido sólo podía entenderlo la persona que lo escribió, pues a cualquiera otra sería difícil entenderlo; siendo de advertir que este papel, a quien se le ha dado el nombre de orden, sería como en una cuartilla de papel sin timbre alguno, y en forma de esquela; de la cual sacó una copia el oficial Torres y se la dio al que declara", y responde. Preguntado: Si de este papel sacó copia el que declara y lo trajo a Popayán para repartirlo entre todos y remitirlo oficialmente en copia a las autoridades y principalmente al Jefe de la República, dijo: "Que no recuerda si el apunte original de que ha hablado en la pregunta anterior lo remitió al Jefe de la República, después de haberse sacado copia de él el señor Gobernador de la Provincia, Manuel José Castrillón, siendo esta la única persona a quien señaló el papel referido", y responde.

«Preguntado: Si es verdad que cuando trajeron preso al coronel Apolinar Morillo, estando incomunicado, sólo él estuvo con dicho Morillo en la pieza donde estaba, y le dio copia del papel que trajo de La Venta, dijo: "Que como el coronel Apolinar Morillo no pernoctó en esta, sino que fue detenido por poco tiempo hasta alistar la partida que debía conducirlo, mientras aquélla se preparaba, estuvo detenido en el cuarto de banderas del cuartel, a donde concurrió el que declara con muchos de los oficiales que estaban en el

cuartel, sin haberle el que declara dádole otro papel que una carta de recomendación por haberle exigido este favor dicho Morillo", y responde.

«Preguntado: Quién ordenó la prisión de Morillo, y qué procedió antes de ella, dijo: "Que habiendo recibido orden el que declara para remitir a Morillo a Pasto, le comunicó al coronel Eusebio Borrero para que verificase la remisión de aquél oficial, y que habiéndose así verificado, fue remitido escoltado desde Cali hasta Pasto", y responde.

«Preguntado: Cuáles fueron las personas más empeñadas en recriminar al general Obando, y qué circunstancias precedieron a aquellas indagaciones y procedimientos, dijo: "Que habiendo venido como lleva declarado a esta ciudad, ignora cuáles hayan sido las personas que hayan tomado parte más activa en Pasto, pues en ésta ignora también que haya habido nada más que conversaciones sobre este hecho". Y responde.

«Preguntado: Con qué personas habló sobre el asunto de que se va haciendo referencia antes de verse con el coronel Morillo, dijo: "Que no recuerda haber hablado sobre lo que se le pregunta sino con los señores Manuel José Castrillón y Fernando Balcázar". Que esta es la verdad bajo el juramento hecho: y leída que le fue etc, etc. –Ramón Beriña. Vicente Bustamante. Testigo Blas M. Buchelli. Francisco E. Lemos. Ante mí García León».

Es de indiscutible importancia esta declaración, clave para el proceso y para la historia. He allí, por ejemplo, la actitud del general Herrán, que no es la de un enemigo de Obando. Su exclamación de inconformidad con la noticia, su asombro y sobre todo su deseo de que eso no

se hubiere descubierto cuando él tenía el mando. Y la forma espontánea de Erazo contando con detalles que no pueden ser fruto ni del ingenio perverso ni de una confabulación. Pero ha de observarse igualmente que Erazo, aunque advierte que el matador fue Morillo, no niega su responsabilidad y teme por su vida pensando que va a ser fusilado, idea ante la cual, con inocultable cobardía, prefiere la cárcel.

Ningún testigo sobornado o comprometido por unos fabuladores o confabulados obra de esa manera. Lo que a Erazo preocupa hondamente es que lo "afusilen" y esa posibilidad, muy segura por cierto, le infunde un miedo profundo. Ahora, es natural que si se le hubiesen garantizado algunas prebendas para comprometer injustamente a Obando, Erazo no habría sido asaltado por el temor de que lo llevaran al paredón.

Y en relación con las diferentes preguntas que se le hacen a un testigo clave como ese, relacionadas con las presiones para acusar injustamente a aquél, de las respuestas nada puede prestarse a sostener que todo era un complot por motivos políticos contra el caudillo caucano. Las preguntas son naturales, resultado de las respuestas y las inquietudes que van surgiendo en todo examen de testigo. No se advierten respuestas contestes, ni preguntas sugestivas o capciosas. Por eso puede decirse que hay allí toda la fisonomía de un interrogatorio y las respuestas espontáneas y convincentes, asistidos por lo que se denomina la sana crítica testimonial.

Y aparece el coronel Apolinar Morillo como autor material en compañía de otros, y viene la alusión directa al

coronel Mariano Álvarez, muy amigo de Obando, y del que antes se ha hablado, autor de la otra esquela comprometedora. Estas denuncias las hace con todo fundamento Erazo. Entonces vino la captura de Morillo en Cali. Y su confesión no se hace esperar. Y pasa un mes de expectativas. Morillo es llevado a Pasto donde es careado con el general Obando. En esa diligencia un general muy ducho, inteligente y superior en todo sentido al pobre diablo que era Morillo, lo vence con cuestiones nimias de la memoria. En cuál casa estaba Obando, si la carta estaba cerrada o abierta y cosas de ese mismo cariz, sin tener en cuenta que habían pasado diez años y que la memoria le puede fallar sobre cuestiones circunstanciales a un testigo por la erosión del tiempo, pero no sobre los puntos de mayor impacto en la vivencia del testigo. Ahora, para la crítica del testimonio lo que hay que mirar es de qué manera íntegra Morillo encara a su superior y le sostiene con gran entereza todo lo relativo a la orden que verbalmente le da Obando, pero además, para que se crea en serio por Erazo, la carta que envía con él.

¿Halagos? ¿Cuáles a un hombre encarcelado y con la carga a cuestas de ser el asesino directo y material del Gran Mariscal de Ayacucho?

Dicho sea de paso, Morillo estuvo detenido y angustiado, solicitando recomendaciones a antiguos superiores. Era, según lo comentan distintos historiadores, un hombre vicioso. Jugaba y bebía. Desordenado en todo sentido y por supuesto sin ninguna moral, como Erazo. Como hecho curioso y hasta concitador de sospechas, durante la revolución de Obando fue puesto Morillo en libertad y reintegrado a filas. Allí peleó contra las fuerzas de Obando, hasta que la

revolución fue vencida, cuando volvió a ser encarcelado y, finalmente, fusilado en Bogotá como consecuencia de una sentencia que excluyó a Erazo y a su mujer, al igual que al propio Sarria y a Obando.

La leyenda, a la que le atribuye especial credibilidad el doctor Lemos Guzmán, dice que le dispararon balas de salva y que, por supuesto, el fusilamiento fue una farsa. El doctor Lemos hasta hizo recepcionar declaraciones extrajuicio, muy *a posteriori*, con las que intentó probar que Morillo murió muchos años después en Palmira, propietario de la conocida hacienda Balsora, no obstante su pobreza absoluta. Pero esa sí es una fabulación, porque lo cierto de todo esto es que a Morillo lo fusilaron en Bogotá.

Y continuando el tema que arriba enunciamos, veamos la otra declaración tan importante, a la que antes hicimos referencia, la del presbítero Juan Ignacio Valdés.

De entrada es imperioso que se recuerde que éste era el capellán del cuartel en Pasto, muy amigo de Obando y precisamente la persona que utilizó éste para llevar la carta personal suya al general Flores –quien estaba en Guayaquil a la muerte de Sucre–, misiva en la que le comunicaba la noticia del alevoso asesinato. Y fue precisamente este cura quien dio inicio a que la noticia de la confesión de Erazo se expandiera. El cura Valdés, por lo demás, no se muestra amigable con Erazo en un comienzo. Le han repugnado, y han resentido contra él, una serie de crímenes cometidos por Erazo y su gente y esa la razón para que ni siquiera hubiera querido verlo, no obstante los llamados que reiterativamente éste le hizo para pedirle, como sacerdote que era, su consejo. Veamos pues la declaración:

«En la ciudad de Popayán, a veintinueve de abril de mil ochocientos cuarenta y uno, el señor Juez Letrado de Hacienda, de orden verbal del señor Gobernador hizo comparecer al señor Presbítero Juan Ignacio Valdés, a quien ante mí le recibió juramento de que hizo in verbo sacerdotis, tacto péctore et corona, bajo el cual prometió decir la verdad de lo que supiere y se le preguntase; y siéndolo con arreglo a las preguntas indicadas por la Gobernación, se le interrogó del modo siguiente:

«Preguntado: Con qué motivo habló con José Erazo en Pasto, y en qué lugar, exprese los pormenores del caso, dijo: "Que estando en su casa el declarante un día domingo, fue el capitán Juan Miguel González, y le dijo, que el indio Erazo deseaba hablar con el que declara: que se denegó el declarante, porque estaba resentido con el tal Erazo, a consecuencia de los asesinatos que habían querido hacer en el Salto del Mayo en unión de Noguera, al declarante, al señor Comandante Manuel Vargas, y al capitán Juan Miguel González; que con este motivo le dijo el que declara al capitán González, que en lo que pudiera le serviría a Erazo, mas que no quería verlo; que el expresado capitán le instó y le indicó al que declara, que se quería Erazo confesar; que últimamente el que declara cedió a estas instancias, que se fue de brazo con el expresado capitán González, quien lo condujo al cuartel de San Agustín en Pasto: que al dentrar en la guardia, vio a José Erazo detrás de una reja de la puerta a mano izquierda con centinelas de vista, y que el que declara se dirigió al oficial de guardia para tomar su consentimiento y poder hablar con Erazo, que estaba privado de comunicación; que el oficial de guardia era ese día el capitán Domingo Mutis, que le

manifestó el que declara que José Erazo lo había mandado a llamar, e ignoraba el objeto, y que si se le permitía o no hablar con él; que el capitán Mutis le negó este permiso, manifestándole que estaba privado de comunicación; que en este estado el que declara le hizo ver al capitán Mutis que a él no le interesaba hablar con Erazo; que a efecto salió del cuartel expresando, que al salir le habló Erazo con estas expresiones: "Mi padre, no me oye?", que entonces le contestó, que no había permiso para hablar con él, que continuó el que declara, se dirigió a la casa del general Herrán con el objeto de visitarlo, que no lo encontró, y que sólo estaba paseándose en un corredor de la expresada casa el coronel José Lindo; que este llamó al que declara y le dijo, que el indio deseaba hablar con el declarante; que por qué no iba, y que él le contestó que había ido y se le había negado el permiso por el oficial de guardia; en este estado lo facultó y le dijo, que estaba facultado para ir, que fuera y viera qué le decía; que todo esto sucedió delante del coronel Lozano; que en el acto se dirigió a la prisión de Erazo, le manifestó al oficial de guardia que estaba ya facultado por el Jefe de Estado Mayor para hablar con Erazo; que en el acto pasó a Erazo, el mismo capitán Mutis que estaba de guardia, a un cuarto que estaba frente a la puerta, y que allí entró el que declara a hablar con el expresado Erazo.

«Preguntado: Qué le dijo Erazo, y bajo qué carácter expresó: "Que el que declara le preguntó con qué objeto lo llamaba; que Erazo le contestó, que en el de interesarlo para que lo defendiera, y para que le aconsejara qué debía hacer, pues que el capitán Joaquín Delgado, Edecán del General Herrán, había ido donde él a las seis de la mañana y le ha-

bía dicho, que si no declaraba que había matado a Sucre lo fusilaría, y que él se hallaba sin saber qué hacerse; que él sabía que un coronel viejo que había venido del Ecuador y que ahora vivía en Cali, que no se acordaba bien cómo se llamaba; que luego volvió y le dijo que un Morillo era el que lo había matado, pero que él no sabía si era por orden del señor Flores o del señor Obando; que él había recibido un papelito que no acordaba si era del señor Obando o del Comandante Álvarez, recomendándole al tal Morillo, cuyo papelito tenía en una cueva en el Salto del Mayo; que en este estado el que declara le dijo a Erazo que no creyera en amenazas, que su causa no era esa, que nada le sucedería; que lo juzgaban por la complicidad con Noguera, cuyas cartas se le habían cogido, y que cuidado cómo iba a decir nada de lo que al declarante le había dicho, que ni a Delgado, ni al coronel Lindo, ni al coronel Bustamante; que sacó el que declara uno o dos pesos fuertes, le dio a Erazo como limosna y se despidió de él diciéndole que contase con el declarante, que lo iba a defender, que nada le sucedería; pero que cuidado con lo que le había ordenado, que salió el declarante y que vio entrarse en el mismo cuarto al coronel José Lindo y al coronel Vicente Bustamante, y que el declarante se retiro", y responde.

«Preguntado: A quién le comunicó lo que Erazo le dijo, expuso: "Que se había dirigido a la casa del general Herrán, con objeto de manifestarle estas cosas y de defender a Erazo, que no habiéndolo encontrado en su casa, salió de ella; lo vio venir en la calle y le dijo que tenía que hablar, y al efecto entraron juntos el declarante y el general, que paseándose en un corredor le manifestó el declarante lo que

había precedido con él y Erazo; que el general le preguntó quién había ido a mover eso; que el declarante le dijo que su edecán el capitán Delgado; que el declarante entonces notó un gesto de desagrado en el general, porque se expresó con estas palabras: "¡Qué hombres! Vaya usted asegúrele a Erazo que esta no es su causa, que cuente conmigo, que nada le sucederá; y que aún la complicidad de Noguera la haré silenciar"; que en este mandato salió el que declara para donde Erazo; que encontró en la puerta de la casa del general al capitán Juan Miguel González, que lo tomó del brazo para dirigirse al cuartel donde Erazo, que a poca distancia el coronel Lindo y el coronel Bustamante que venían juntos del cuartel llamaron al que declara, y que Lindo le dijo: "Cuidado capellán con que usted le vaya a decir a nadie lo que el indio le ha dicho", que entonces le respondió el que declara, que a él nada le había dicho; que con esa respuesta Lindo se había molestado y echándole un ajo al que declara le dijo: "Pues si a usted nada le ha dicho, a nosotros sí, y algo más que a usted"; que en este estado el que declara ya no quiso ir donde Erazo; se regresó a donde el general Herrán, y le manifestó el motivo porque no había cumplido con su orden, haciéndole algunas observaciones acerca del mal paso que se había dado; que se retiró; que volvió donde el capitán González que le esperaba, y que como era su íntimo amigo y amigo también del general Obando le había contado todo lo precedido consultándole qué harían los dos para poner esto en conocimiento del general Obando que se hallaba en Bogotá, haciéndose este argumento: En el estado de duda en que se hallaba de lo que le había dicho Erazo, Que el capitán González le dijo al

que declara, que se dirigieran donde el coronel Vesga, que él sabía era amigo el general Obando; que el que declara no se animó, porque ignoraba hasta qué punto llegaba la amistad con el general Obando, y no conocía al expresado Vesga; cuya reflexión los desanimó y buscaron entonces al teniente José Antonio Sánchez con el mismo objeto indicado arriba; que resolvieron mandarle una posta a la señora del general Obando, a esta ciudad, y que al efecto el que declara le pidió al teniente Rafael Fernández su negro paje, llamado Benito, para que le sirviera de posta, que Fernández se excusó temiendo que el negro fuere cogido; que a estos y a don Tomás España en Pasto han sido a las personas que les han comunicado; y que sobre estos mismos hechos tiene dada la misma declaración con algunos pormenores por petición que hizo el señor general Obando hace más de un año, a la cual se refiere, por cuanto en aquel tiempo tenía más presentes los hechos y lo que ha agregado en esta relativo a las personas que ha nombrado, lo omitió entonces por temor de que fuera a causarle algún comprometimiento. Que lo dicho es la verdad etc, etc.. En este estado agregó: que desde aquel día en que iba a hablar con Erazo por orden del general Herrán, le privaron al expresado Erazo la comunicación con el que declara, y que desde entonces no ha vuelto a hablar con él –Domingo Medina, Juan Ignacio Valdés, Antonio García, Escribano en el número 3º.»

¿Qué se puede decir de un documento tan natural en el relato? Que lo que se ha tratado de demostrar, o sea la confabulación abusiva contra Obando y la inducción de la prueba para perder al inocente, no es asunto serio y menos

demostrable. Nada de lo que se ha transcrito permite siquiera dudar en relación con el estado sicológico de Erazo, no comprometido de modo directo en el hecho de la muerte del Gran Mariscal, pero sabedor del plan y conocedor de sus autores y seguramente auxiliador. Ese silencio se constituye en complicidad.

En la extensión del dicho testimonial del cura Juan Ignacio Valdés sobresale, en primer término, que sigue siendo gran amigo de Obando. Se preocupa por hacerle conocer todo esto que está pasando y que, en verdad, en cualquier tiempo tendría la misma gravedad que entonces tuvo. Pero se siente en el relato la vida, tanto del testigo como de la referencia a Erazo y a Herrán y demás personajes que actúan alrededor del hecho.

Nada en esta declaración puede ser fingido, porque hay una gran riqueza en los detalles secundarios y circunstanciales, que es precisamente en ausencia de ellos en donde ordinariamente se ubica el testigo sospechoso y falso o interesado. Se atisba en Erazo el golpe del temor. Se siente en la antecámara de la muerte y es conocedor de que la gravedad del crimen y su participación en él lo hacen acreedor de la pena capital. De donde la incriminación que hace, que al cura trata de disimularle en toda su intensidad, apoyada en los dos documentos que previsivamente ha guardado tanto tiempo, adquiere toda la pujanza de una prueba incontrastable. Así no nos guste. Y finalmente, sobre el tema, es imperioso que se advierta cómo la primera reacción del general Herrán al tener conocimiento del relato de Erazo por boca del cura Valdés es atajar el curso del proceso, o mejor, de los nuevos elementos probatorios, por lo cual le

confía una comisión muy especial al capellán ante Erazo, que Valdés no puede cumplir por la difusión que la noticia ya había alcanzado.

III

El comienzo del segundo proceso

Cronológicamente lo que siguió a la captura de Erazo fue el informe que envió el comandante Manuel Mutis al Gobernador, y luego, con base en él, se dictó lo que antes se conocía como auto cabeza de proceso:

«Por cuanto el Sr. Comandante Manuel María Mutis en esta fecha ha denunciado a la Gobernación que el ciudadano José Erazo le ha manifestado, en conversación particular, que sabe cuáles fueron los asesinos del Gran general Antonio José de Sucre, mariscal de Ayacucho; y atendiendo a que semejante noticia puede ocasionar ventajas al Gobierno del descubrimiento que se haya, he venido en decretar que comparezca dicho Sr. Comandante y declare bajo de juramento todo lo que sepa y le conste con relación a su denuncio, y si lo oyeron otros señores, que comparezcan del mismo modo, recibiéndose también la declaración de Erazo».

El 4 de noviembre de 1839 se le recibe la primera indagatoria a Erazo, que será ampliada al día 5. Ya vimos antes una parte de la misma, sobre todo en lo que respecta a la llegada del coronel Morillo y la propuesta que le hizo, que ratifica adelante en los siguientes términos:

«...que es cierto que recibió una orden del teniente Coronel Antonio Mariano Álvarez para que fuese de acuerdo con el Coronel Apolinar Morillo, en lo que éste le previniese (...) que sabido el objeto, que era el de asesinar al General Sucre, él declarante no quiso hacerlo ni entrar en tal proyecto"; y más adelante: "que cuando fue Álvarez a averiguar el hecho lo llamó a La Venta y le hizo recibir treinta pesos para que gratificase a los asesinos; que Morillo le había dicho a su mujer, había sido Andrés Rodríguez, un tal Juan del Cuzco, cuyo apellido no recuerda, y Juan Gregorio Rodríguez, natural de La Alpujarra, y que por esto les distribuyó la suma a razón de $10 a cada uno; que la orden que le llevó Morillo la tenía en su casa»[52].

Esta es en lo esencial su primera declaración, que amplía al día siguiente con mayor riqueza de detalles.

La ampliación, citada por Reinales,[53] en su parte pertinente dice:

«En ella, después de relacionar quiénes durmieron en su casa del Salto de Mayo, en la noche del día 2 de Junio de 1830, dice: "Siguió el general Sucre por la mañana del día siguiente con dirección para La Venta; que a eso de las 9 ó 10

[52] Buenaventura Reinales, obra citada.
[53] Ibídem.

del día, después que había salido también el parque, arribó al Salto el coronel Apolinar Morillo, que iba con la bestia suelta, y él a pie con el pantalón alzado; que a su arribo, entregándole la orden del teniente Coronel Mariano Álvarez y comunicándole el motivo de su idea, cual era asesinar al expresado general, como lo hizo relación en su declaración antecedente, trató de comprometerlo para que cooperase y tomase parte en aquel asesinato, mas como se denegase, quiso a lo menos que lo auxiliase con algunos soldados del Vargas que tenía a su cargo el que declara, en lo que tampoco condescendió". Adelante: "que esta conferencia acaeció fuera del rancho a donde lo sacó Morillo para hablarle, y estando en ella se acercó la mujer del que declara y le hizo la advertencia que el papel de orden que le había llevado podía servir y que lo reservase, con lo cual lo guardó, a pesar que Morillo aparece que quería volver a tomárselo; que con esto; y viendo la resolución del que declara, marchó Morillo en unión de su asistente, según recuerda, siguiendo la ruta para Popayán, de donde había regresado, disponiendo que su asistente fuese a esperarlo en Mercaderes; que al regreso de Morillo ya no estuvo el declarante en su casa, con motivo de haberse venido el declarante a La Alpujarra a coger en ella un macho colorado de Natividad Sosa para entregarlo a Pedro Córdoba en La Venta; pero que al pasar por el camino, entre oscuro y claro, por acercarse la noche, lo había separado de la casa, que estaba a poca distancia, una hija suya, que ya es muerta, y le dijo a la madre que viera aquel Oficial que le había despedido aquel día y volvía (con los tres hombres que no había visto y había expresado en su primera declaración). Que habiendo entregado el macho a

Pedro Córdoba en la casa grande de La Venta, donde estaba también alojado el General Sucre, salía el declarante y se encontró con el Coronel Sarria, que iba de Pasto, y entró a saludar al expresado General acompañándole el declarante; que después de haber estado un rato, y de que aun les brindó un vaso de vino el General Sucre iban para el Salto, y del puente para acá en el punto que llaman Las Guacas, se encontraron con el Comandante Morillo, que venía acompañado de los tres hombres que ha referido; que en este encuentro le habló nuevamente acerca del plan para que había querido comprometerlo, diciéndolo: que qué había resuelto, a lo que contestó que si comprometía al Coronel Sarria que iba junto, podría convenir y entrar en la ejecución de dicho proyecto; que hecha la proposición a Sarria por el mismo Morillo, le respondió que vendrían tratando por el camino y en el punto conveniente le daría la resolución; que serían como las siete u ocho de la noche cuando el encuentro con Morillo, y regresando desde aquella hora llegarían como a las diez a la cuchilla de La Venta, habiendo en el discurso del camino tratado entre todos tres que iban, sin entrar en esto los tres indicados mozos de quienes se recelaba Morillo, sin duda porque juzgaba que no necesitaba de aquéllos en caso de comprometer a Sarria y el declarante; que habiendo llegado, como ha dicho, a dicha Cuchilla, se sentaron separadamente los tres haciéndole una seña de tirarle la ruana el Coronel Sarria, le habló solo al que declara y en estilo que no recuerda le hizo la reflexión que era doloroso matar a un hombre a sangre fría y sin motivo, y que si era amigo se volviesen para El Salto y lo verificaron prescindiendo de aquel compromiso, dejando a Morillo con los tres hombres

en la entrada de la montaña, después que dicho Morillo les había expresado que a su ida de aquí había calculado bien los puntos donde debían colocarse para el asesinato, y que si no lo acompañaban lo cometería él solo; que aquella noche se internó Morillo por la montaña con los tres mencionados hombres, y el declarante con Sarria, fueron a dormir al Salto, en donde al día siguiente por la mañana recibieron la noticia del asesinato del General Sucre, por medio del oficio que le dirigió el Capitán Beltrán, participándoselo y pidiéndole auxilio para guardar el parque; que el referido oficio se lo pidió Sarria y se dirigió con él a Popayán a dar aviso de este suceso, y el declarante se vino a La Venta con cuatro hombres; que entre las insinuaciones de Morillo le hizo la indicación de que la orden de asesinar al general Sucre era dada por el General José María Obando al Comandante Antonio Mariano Álvarez, porque aquél no tenía confianza en José Erazo, y que Álvarez fue de concepto que debía tenerla porque era hombre de carácter, que guardaría sigilo; que también le indicó que el General Obando iba a mandar dinero para los que se comprometiesen; que habiendo venido el declarante a La Venta, llamado por el Comandante Mariano Álvarez, como tiene declarado, le instruyó quiénes habían acompañado a Morillo, y que entonces Álvarez prometió dar diez pesos a cada uno; que el señor Fidel Torres salió fuera al puesto del árbol de aguacate y allí le entregó al declarante, sin contar, una cantidad de pesos, que habían sido cincuenta, con la indicación de que los treinta eran para los tres hombres de que le había hablado Álvarez, y lo demás para el declarante; que Álvarez le expresó que aquella gratificación la había mandado el General Obando

para que supiesen guardar sigilo; que cuando volvió a su casa distribuyó los treinta pesos como se le había ordenado; que preguntándole a Andrés Rodríguez el modo como se había ejecutado el hecho, le refirió que al principio los puso Morillo, en el punto señalado, a los tres de una parte, y que Morillo se había colocado en la otra porque decía que lo conocía bien y podía asegurarle el tiro; que después dispuso poner dos a cada lado del camino, de modo que no se ofendiesen recíprocamente, situándolos a los unos de suerte que los tiros se dirigiesen al pecho, y los otros al costado izquierdo, y que hicieron uso para este acto de un fusil y dos pistolas que había llevado Morillo y de otro fusil de su asistente.»

Gran derroche de detalles. Seguramente el pérfido Erazo disminuye su participación. Es cosa común en la práctica judicial. Debió tener una mayor injerencia en el asunto, porque nótese lo de la distribución de la paga. El dinero lo recibe Erazo y lo distribuye, habiendo cogido, por supuesto, una parte para él. Y es claro que esta situación no habría ocurrido si Erazo no estuviera comprometido en el "golpe", como lo llama Obando. No hay lo que se dice un lenguaje plano, directo, que es ordinariamente el que utiliza quien se ha aprendido una lección en el caso del testigo falso. Uno cree estar viendo a Erazo, astuto y solapado en su vida diaria, pero ahora con la mirada humillada del indígena y del cautivo.

Mas hay una consideración adicional que no se puede dejar sin anotar. La participación activa de Erazo era en realidad lo de menos. Igual que la de Sarria. Lo que se buscaba básicamente era comprometer al indio, conocedor de

todo cuanto acontecía en su región. Era allí una autoridad superior, porque ostentaba mando y además era un malvado sin inhibición alguna. Un crimen de la magnitud del magnicidio de Sucre necesariamente tenía que ser en Berruecos y además debía tener la participación de Erazo. Eso lo sabían de sobra Álvarez y Obando. También Sarria, quien guardó silencio sin impedir el crimen. Como lo dijo un gran pensador, consentir un crimen es cometerlo.

Y es que en materia del testimonio humano lo que hace que se pueda prestar credibilidad a un testigo es la espontaneidad del mismo, su especificidad enriquecida con los detalles circunstanciales y ambientales, descontando el margen de error por la erosión de la memoria y sobre todo descubriendo el apoyo de otros elementos probatorios, como la prueba documental o el indicio, que fortalecen la deposición y que son garantía de conducción firme a la convicción plena del juez. Conforme lo anota uno de los más grandes expositores sobre el testimonio, François Gorphe, [54] «la prueba testimonial suele ser la más importante en materia penal. Podemos prescindir de la confesión y de los documentos; pero resulta bastante más difícil prescindir de testigos en cuantas ocasiones se quiere conocer cómo se han producido los hechos. "Los testigos –decía Benthan– son los ojos y los oídos de la justicia"; instrumentos precisos, aunque con frecuencia falaces, han de ser utilizados con gran sentimiento crítico. Prueba relativamente sencilla y fácil de recibir, pero casi siempre muy delicada de apreciar; fuente

[54] Autor citado. *Apreciación Judicial de las Pruebas*, Ed. Temis.

de numerosos errores judiciales, que podrían haber sido evitados. Esta prueba se completa admirablemente mediante la indiciaria o circunstancial, como hemos tenido ocasión de observarlo varias veces; los indicios resultan difíciles de interpretar sin la ayuda de los testigos; y los testimonios son casi imposible de apreciar sin utilizar algunos indicios de credibilidad.»

De suerte que en un estudio sereno pero crítico de la declaración de Erazo y de la de su mujer Desideria, vale admitir que las reglas de lo que se llama la sana crítica del testimonio se cumplen. Mas todo ese conjunto probatorio adquiere un poder incontrastable cuando a él se pegan no solo la prueba documental de las esquelas, sino el indestructible indicio que suponen las confesiones, como ya lo estudiamos antes, no obstante el lenguaje sibilino que comprensiblemente tienen las dos.

En relación con la declaración de Desideria vale la pena volver a citar a Reinales:[55] «Desideria Meléndez, esposa de José Erazo, declarando en la misma fecha, dijo: "que el Coronel Apolinar Morillo llegó, a la habitación de la que declara, en el Salto del Mayo, en circunstancias de hallarse enferma en cama; que a poco de su arribo sacó para afuera a José Erazo, su esposo, para tratar con él, y le había comunicado el designio con que iba asesinar al Sr. General Antonio José de Sucre, proponiéndole a Erazo que cooperase a su ejecución, y entregándole una orden que al efecto había llevado el Teniente Coronel Mariano Antonio

[55] Buenaventura Reinales, obra citada.

Álvarez; que volviendo Erazo al rancho, le participó cuál había sido el objeto de la ida de Morillo y que aún trataba de comprometerlo enseñándole el papel de la orden, el que lo tomó la declarante diciéndole que había de servir en algún tiempo y debía guardarse; que después partió aquél para abajo tomando el camino de Popayán, y Erazo se dirigió a La Alpujarra a coger un macho de Natividad Sosa y entregarlo a Pedro Córdoba, en La Venta; que al anochecer del mismo día había visto una hija suya llamada Encarnación, que ya murió; que venía dicho Morillo en junta, de regreso, y que estaban hablando con Andrés Rodríguez, Juan Gregorio Rodríguez y Juan, que decían El Cuzco, todos tres finados ya, cuyo acaecido le avisó la dicha su hija, y que el expresado Morillo iba con ellos por el punto llamado Guanábano, cerca del Puente del Mayo; que ignora si Morillo y los tres hombres referidos se hubiesen encontrado en el camino con su marido y el Coronel Sarria que llegaron en aquella misma noche al Salto cerca de la siete, habiéndose reunido en La Venta donde estaba en aquella noche alojado el General Sucre; que al día siguiente fue un posta con oficio dirigido a Erazo, en que el Capitán Beltrán le comunicaba el asesinato en la persona del Sr. Sucre y le pedía auxilio para proteger el parque; que el Coronel Sarria tomó el oficio y se dirigió en el acto mismo para Popayán, con el fin de comunicar la muerte referida, y Erazo se vino para La Venta; que la misma noche del día del asesinato tocó Morillo en el salto, estando Erazo en La Venta con el parque, y preguntándole si tenía aguardiente de venta, al contestarle que no había, se despidió y no lo volvió a ver hasta la acción de Palmira, en Popayán; que en la primera llegada de Morillo al Salto, no

vio ni supo que llevase asistente ni carga alguna, ni que tal asistente y carga hubiesen pasado antes ni después.

«Esta –agrega Reinales– es la declaración de Desideria Meléndez, que como se ve, no contiene ni miradas con José Erazo, ni llanto de ningún género, ni acriminación alguna contra el general José María Obando. De manera que hasta el 5 de Noviembre de 1830, en que rindieron y ampliaron sus declaraciones José Erazo y la Meléndez, ninguna responsabilidad imputaban éstos al mencionado General, ni había otra cosa que la supuesta orden del Coronel Álvarez."

Hasta aquí el relato y la transcripción que hace el general Reinales de las declaraciones de los esposos Erazo, lo que trasuntan es algo común en las actuaciones judiciales. En la primera declaración, no obstante la confesión que hacen Erazo y su mujer, todavía tienen una restricción a la sinceridad a que los obliga la fidelidad que mantenían con el general Obando. Que se hundan todos, menos él, que es el jefe y por quien Erazo sentía de tiempo atrás un verdadero afecto. Igual al que sentía Obando por él, no obstante saberlo bandido, salteador y asesino. Tal vez precisamente por esas inocultables calidades era que lo tenía en gran aprecio. Pero cuando de lo que se trataba era de demostrar por parte de Desideria que el relato de ella y el de su marido eran ciertos, en orden a buscar salvar el pellejo, su cálculo previsivo de una situación que ella se imaginó diez años antes, la condujo a ser más explícita y convincente en su declaración. Recordó entonces dos documentos que guardó celosamente en lugar seguro e inexpugnable. Y, como ya se ha señalado antes, no tuvo inconveniente en franquear su conciencia y dar acceso de los mismos y otros conocimientos a las autoridades.

Ahora, como venimos apegados a la pluma del general Reinales para ser más imparciales en la exposición, oigamos cómo continúa éste el relato, cuando a la mujer la requirieron por pruebas:

«Nuestros lectores recordarán haber visto que en la conferencia habida en la noche del 4 de Noviembre, entre los Comandantes Mutis y Álvarez, aseveró aquél que había visto la orden, puesta por éste y firmada de su puño y letra, que decía: maten al General Sucre; recordarán los términos de la declaración de Erazo, y ahora van a ver aparecer entre sus papeles la susodicha orden, que era la que se aseguraba haber recibido y guardado en el seno la mujer de aquél.

«En efecto, Desideria Meléndez marchó con el capitán Torres, y aunque nadie ha testificado cómo desempeñaran su encargo, el Sr. General Posada lo relaciona poco más o menos en estos términos.

«Llegados al salto, indicado por la Meléndez el punto donde estaban guardadas las cartas, tan alto que fue preciso poner una escala para subir a él, quitada una losa que tapaba la boca de una cavidad hecha a mano en la misma roca de la pared natural que forma el horrible y peligroso salto, sacó de aquel "archivo secreto" de Erazo, como él lo llamaba, una petaquilla que contenía varios papeles, y de ella, la misma Meléndez sacó y entregó al Capitán Torres las dos cartas autógrafas de que se ha hecho mención».

He allí, pues, cómo al relato que implicaba la confesión y el llamamiento de correos se agrega el poderoso bastión de dos documentos que, ambiguos en su redacción, ciertamente, encajan como anillo al dedo y robustecen lo atrás dicho. Y por supuesto, ante esas evidencias a los Erazos no

les quedó más remedio que comprometer a Obando, hasta ese momento, como lo anota Reinales, bajo el amparo del silencio.

A la vista de tales pruebas judiciales no existe juez alguno que pudiera desconfiar de la prueba de cargo y de amarrar a ella una sentencia condenatoria.

EPÍLOGO

Los historiadores, casi sin excepción, reconocen –¿cómo negarlo?– la autoría material del coronel Apolinar Morillo. Fue condenado a muerte y muerto bajo una descarga de fusilería.

Su muerte fue rodeada de leyendas. Que la hija del general Mosquera y esposa del presidente Herrán, Amalia, había estado ilusionando al reo con un perdón de última hora; que no le dispararon de verdad; que lo hicieron retractarse otra vez en la esperanza de salvar su vida. Todo eso pudo ser verdad a medias, pero sin duda alguna Morillo mató a Sucre con su fusil, y otros que él reclutó completaron la sangrienta y villana acción.

Hubo, naturalmente, conmoción en el país cuando ocurrió el magnicidio. Apenas lógico. Después la hubo cuando se descubrió a los autores de tal hecho abominable y, por supuesto, se repitió cuando ejecutaron a ese solo

hombre, mientras dejaban por fuera a los demás, entre ellos a Obando, a la sazón evadido a las tierras del Perú. Aquel suceso era igualmente motivo de conmoción desde antes de la ejecución de la sentencia. Entonces, conforme a la ley vigente, se elevó una petición de conmutación de la pena de muerte al consejo de ministros, que tenía esa facultad. Leamos cómo ocurrieron esos episodios, de la mano de Martínez Delgado:[56]

«Los secretarios de Estado, señores José Acevedo, Ignacio Gutiérrez y Mariano Ospina, votaron en contra de la conmutación de la pena capital. El segundo consultó epistolarmente el punto con nadie menos que con el Arzobispo Mosquera, ausente de Bogotá. Por su parte éste, en respuesta, le escribió una carta manifestando que él tampoco encontraba fundamentos para la conmutación. "Paseándose en Bogotá muchos que más o menos alguna parte tuvieron en la muerte de Sucre, dijo el prelado al señor Gutiérrez, debió ser fusilado." ¿Cuáles eran las personas a que hacía referencia el Arzobispo en forma tan clara ? ¿Por qué no lo dijo tratándose de un asunto de tal gravedad ? Si, como parece, hacía referencia en su carta al grupo de los de *El Demócrata*, o a los señores de las reuniones secretas que una señora reveló al general Mosquera, ¿en qué queda la carta que el mismo Arzobispo escribió al doctor Rufino Cuervo? En todo caso la frase "muchos que más o menos tuvieron alguna parte", comprueba que el Arzobispo no tenía pruebas ciertas contra determinadas personas. Por eso dudaba y por lo mismo

[56] Luis Martínez Delgado, *Berruecos*.

concluyó su carta al señor Gutiérrez: "Deseo en mi alma que llegue esta carta cuando usted haya votado la cuestión. He vacilado en decir a usted mi opinión, y aun lo hago con temor. ¿Si iré a cooperar a un voto adverso a Morillo? El pensarlo me horroriza, y si llega mi carta antes, ¡por Dios! No siga usted mi voto; délo por la conmutación"».

Es razonable pensar que no le asiste la razón al respetable historiador Martínez cuando deduce que el Arzobispo no tenía una firme seguridad en relación con las personas a las que aludía. Es lo cierto, y lo veremos luego, que el arzobispo Mosquera sí tuvo conocimientos directos, desde que ocurrió el crimen de Berruecos, y también sobre los conspiradores de Bogotá.

Pero su posición de prelado y por ello mismo el que creía su deber de no incentivar las ardientes pasiones y con ello conducir al rompimiento de la paz –que en ese momento había–, lo llevaron a ser en extremo prudente, por decirlo de alguna manera, en relación con lo que sabía. Conocimientos que también eran del dominio de muchos en esa Bogotá reducida en el espacio y en su gente; y en la que hervían los chismes de corrillos y tertulias, cuando todos se conocían por sus nombres y apellidos.

En lo que respecta al voto del señor vicepresidente (nuevamente era vicepresidente el general Domingo Caicedo), continúa Martínez: «El señor Caicedo, en fundado concepto contrario al de los señores Ospina, Gutiérrez y Acevedo, expuso: "Se ha dicho, y esta consideración es de grave peso, que Morillo ha sido sobornado para declarar contra Obando; que se ha pretendido manchar la reputación de éste; que las revelaciones de Morillo no eran sino la trama

urdida para perder a Obando y ejercer venganza contra él. Se ha hecho al gobierno mismo esta imputación. ¿Y cómo sin faltar al castigo del delito no convendría la existencia de un hombre que sería el testimonio vivo e irrefragable de la constancia del delito, de la rectitud del gobierno, de la justicia de los tribunales, y en su castigo, del cumplimiento de las leyes? ¿Conviene hoy toda la severidad de la justicia? Esta para mí es la cuestión. ¿Conviene que haya severidad contra uno de los cómplices que francamente ha confesado su complicidad, que ha justificado su arrepentimiento y que después del hecho, colocándose bajo la bandera de las instituciones, ha peleado leal y valientemente por la causa nacional mientras que los autores que enarbolaron el estandarte de la rebelión y contra quienes combatió, viven y se han evadido del juicio?"»

Ah, el señor Caicedo tuvo una larga duración en el gobierno. Era un hombre débil –bondadoso lo llaman algunos–, pero gozaba de las artes de la política para mantenerse en todos los gobiernos. Naturalmente se refería a Obando, quien había sido su ministro de Guerra, como el culpable. En cambio a Morillo lo consideraba su cómplice. Y no encontraba justo ser severo con la parte menor del complot mientras el otro –o los otros, como dijo el arzobispo–, vivía evadido de la ley. Era, en verdad, una actitud-constancia la del señor Caicedo, que procuraba mostrar su bondadoso talante, pero en el fondo lo que hay en ella es un alto reproche a la exclusión que en la sentencia se había hecho de Obando y los demás.

Y en cuanto al voto del arzobispo, medroso y evasivo, era igualmente de culpabilidad, aunque de cierto no se

trataba sino de la conmutación o no de la pena capital. No era en ese momento un juicio de responsabilidad, que ya se había hecho. O sea que sobre la base de esa culpabilidad innegable, lo que producía alguna reacción a favor del reo era que, como dice el adagio popular, la hebra se revienta por lo más delgado, y eso repugna un poco en cosas que son de justicia. Obando estaba prófugo después de haber bañado en sangre gran parte del territorio nacional, de haber saqueado haciendas, y, lo más grave, de haber pisoteado la justicia.

Hay un hecho que, sumado a todo el acervo probatorio que hemos mirado a espacio, aun a riesgo de volver repetitivo el relato, deja muy clara la convicción de la culpabilidad de Obando, de Álvarez, de Erazo y de Morillo, e, incluido por su silencio, de Sarria. El asunto es que los tres hombres que la víspera del magnicidio acompañaron a Morillo y a alguna distancia a Sarria y a Erazo –Morillo no dejó que se les acercaran–, murieron en forma graneada, pero en corto tiempo. Leamos la declaración de Cruz Meléndez, citado por Irisarri: [57]

«Cruz Meléndez, entenado de José Erazo, declaró casi lo mismo que su madre Desideria y su padrastro, con respecto a los pasos de Morillo, de los dos Rodríguez y Juan Cuzco, o Cuzqueño; agregando que Andrés Rodríguez le impuso a él en los pormenores del hecho; que de los tres compañeros de Morillo en aquella empresa, el Cuzqueño murió en casa de José Erazo a los pocos días de cometido el asesinato; que Andrés Rodríguez murió repentinamente yendo para Tami-

[57] Autor, obra citada.

nango y que Juan Gregorio Rodríguez murió en el cuartel de San Camilo de Popayán, cuando fueron las tropas de Obando a la acción de Palmira; de modo que con estas tres muertes, tan oportunamente acaecidas, quedó solo Morillo encargado del secreto principal, y era de esperarse que un coronel fuese bastante buen guardián de un secreto que le importaba mucho conservar en su pecho. Con todo esto, parece que el mismo Morillo temió alguna vez que llegase el día en que se creyese que para que el secreto no se le escapara por algún accidente, fuese conveniente asegurarlo con la misma diligencia practicada en los dos Rodríguez y el Cuzqueño. Aquella verdad tan sabida de los malvados, de que el muerto no habla, debía de ser un tormento para el confidente de Obando."

Estas muertes fueron confirmadas por otros testigos, como Juan Erazo –y no José–, en cuya casa fue donde murió Andrés Rodríguez, por Ventura Erazo y otros más.

Naturalmente que tales muertes fueron provocadas. Y ¿quién podía ser el interesado? En primer lugar alguien con poder, pues aunque es fácil matar, de todas maneras cuesta. En segundo término, uno al cual eventualmente le perjudicaran las posibles palabras de una confesión. Ese, por supuesto, era Obando y nadie más.

Y, de paso, las muertes de esos personajes y de quien, como en el caso de Andrés Rodríguez, le había narrado todos los pormenores de la muerte de Sucre a Cruz Meléndez, lo que hacen es confirmar la veracidad de lo dicho por José Erazo, su mujer Desideria, y Apolinar Morillo, porque una muerte trae otras y en el caso de la de estos miserables, eran demasiado peligrosos vivos para la seguridad de quien los

había armado y pagado para el siniestro crimen. En suma, termina siendo cierto que los muertos sí hablan, porque las muertes dichas tienen el poder de convertirse en indicios y en esa condición de señalar a alguien, según a quien convengan. En este caso, únicamente a Obando, como gran determinador del magnicidio.

Pero, al colocar el epílogo de todo este rumazo de dolor y execración, deliberadamente he dejado para lo último lo relativo al escrito que contiene el libro IV de las memorias del general Tomás Cipriano de Mosquera. Texto último del Gran General elaborado por él en 1870, ya en edad avanzada y retirado de la vida pública, precisamente diez años después de haber triunfado su revolución contra Mariano Ospina Rodríguez, y de haber muerto en las circunstancias ya señaladas el general Obando bajo su bandera y amistad.

Veamos una cita pertinente de Luis Martínez Delgado:[58]

«La tesis sobre la responsabilidad del grupo de los septembristas, sostenida principalmente en Venezuela, como lo hemos anotado, lo mismo que la relativa a la del general López en unión con Obando, tiene un antecedente que no es posible pasar por alto.

«Hay que comentarlo separadamente. El general Tomás Cipriano de Mosquera, en el libro IV del *Examen crítico*, que publicó en Chile en 1843, hizo, con fines sabidos, el descubrimiento de los autores intelectuales del asesinato de Sucre. Pero su relato quedó incompleto, según el mismo general Mosquera, hasta el año de 1870, cuando obtuvo

[58] Autor, obra citada.

informaciones complementarias e indispensables. Estas informaciones forman parte de sus *Memorias sobre la vida del general Simón Bolívar, Libertador de Colombia, Perú y Bolivia*.

«Don Jeremías Cárdenas, poseedor de los originales de la obra de Mosquera, correspondientes a la tercera y última parte de las *Memorias*, los cedió a J. B. Pérez y Soto, y el empecinado detractor del general Obando encontró en ellos abundante material para su antipatriótica, apasionada e infundada obra sobre el asesinato de Sucre.

«El manuscrito, bastante deteriorado y pésimamente redactado, lo compró la Academia Colombiana de Historia a la señora viuda del doctor Pérez y Soto y resolvió publicarlo como volumen de la Biblioteca Nacional de Historia. En la publicación respectiva se advierte por el expresidente de la Academia, que no lo considera como escrito original del general Mosquera sino como una copia en la cual se deslizaron muchos errores en la designación de lugares geográficos y en la mención de nombres de personas.

«Con justa razón el señor Cuervo hace constar lo siguiente: "En varias páginas del libro se viola descaradamente el lema académico: "Veritas ante omnia" y recuerda que la Academia, al publicar un escrito, no se hace responsable de los asertos y opiniones del autor. Si la Academia hubiera ido más lejos, adicionando la obra del general Mosquera con un necesario apéndice, muchas páginas habrían sido indispensables para anotar los graves errores de la publicación, provenientes en gran parte de descuidos graves.

«Mientras el Libertador –escribe Mosquera–, pobre y escaso de salud esperaba en Cartagena la ocasión de em-

barcarse para Europa a llevar a efecto el pensamiento de concluir sus días en Versalles, se le preparaban nuevos disgustos morales que tan profundas impresiones iban a producir en su ánimo.

«El Gran Mariscal emprendió su marcha para el Sur de acuerdo con el compromiso que contrajo con el general Caicedo. Tiempo es ya de revelar el secreto del misterioso origen político que tuvo el atentado execrable contra este ilustre americano. La revolución de Venezuela había despertado el espíritu turbulento de los partidarios del general Santander y de los exaltados liberales que simpatizaron con los conspiradores del 25 de septiembre, y eran los que promovían la idea de la separación de la Nueva Granada. Era para ellos un obstáculo la existencia de Sucre, que consideraban como el lazo de unión para mantener la integridad de Colombia. Formóse un club directivo de esta clase de partidarios para llevar a efecto el pensamiento de crear una república independiente en el centro de Colombia; y se organizó en Bogotá, compuesto de los señores Manuel A. Arrubla, Cipriano Cuenca, Ángel María Flores, doctor Vicente Azuero, Luis Montoya y doctor Juan Vargas; uno de los editores de *El Demócrata* y *La Aurora*, periódicos revolucionarios. Estos señores fueron los que indujeron al general Domingo Caicedo para que marchase por tierra al Ecuador el Gran Mariscal de Ayacucho, como hemos referido. ¿Cuál fue el objeto de esta insidiosa excitación al General Caicedo, para que promoviese la pronta marcha de Sucre a Quito, para trabajar a favor de la unión colombiana? He aquí el misterio: "Salir de Sucre". Todo el mundo conoce en Colombia la ruidosa causa que se siguió en 1840 a los

asesinos del Gran Mariscal y la ejecución que tuvo lugar de Apolinar Morillo, principal ejecutor de este crimen. Una señora respetable, según Mosquera, de Bogotá, muy amiga de doña Ignacia Zuleta, mujer del señor Arrubla, veía las sesiones misteriosas de este club, y movida de esa curiosidad propia de las señoras iba a escuchar por la cerradura de una puerta de la sala en que se reunían los del club directivo, y pudo oír el plan que se habían propuesto de inducir al general Caicedo, y dirigirse a los generales López y Obando, que no obstante ser enemigos del Libertador, los tenía colocados en Neiva y Popayán, para que Sucre en su tránsito al Ecuador, desapareciese. El señor Luis Montoya se encargó de dirigir las comunicaciones a Neiva al general López con su mayordomo José Manuel Elizalde, que había llegado ese día a la hacienda de Boitá; y así sucedió, llegó Elizalde y fue el conductor de los pliegos. Hasta aquí la revelación que le hizo la señora a Mosquera. Cuando regresó éste de la campaña del Sur en 1841 y le comunicó este descubrimiento a su hermano, el arzobispo de Bogotá, manifestándole que con ello se comprendía bien lo que los editores de *El Demócrata* habían dicho, que Obando haría con Sucre lo que ellos no habían hecho con Bolívar. Mi virtuoso hermano, agrega el gran general, se contristó y me dijo: por mi mano ha pasado una de esas cartas criminales y yo le he dado curso, sin maliciar siquiera semejante atentado. Le pedí una explicación, y me hizo la siguiente: tú sabes, me dijo, que Flores promovió una manifestación de algunos vecinos de Pasto para que se agregasen al Ecuador, y dio su Decreto de 5 de mayo de 1830, acogiendo aquella manifestación y mandó fuerzas a Pasto para proteger esa agregación. El prefecto

y comandante general, señores Arroyo y general Obando, protestaron, y el segundo por indicación de nuestro hermano Joaquín, que había sido elegido presidente y marchaba para Bogotá, siguió a Pasto con el batallón Vargas para impedir la segregación de Pasto y su agregación al Ecuador. Pocos días después de la marcha de Obando, llegó un posta de Neiva trayendo comunicaciones de esa ciudad y de la de Bogotá, y yo recibí una carta en que se me encargaba poner en mano propia de Obando la inclusa. El teniente coronel José del C. López, jefe del Estado Mayor, me comunicó que había llegado un extraordinario para el general Obando, y que lo iba a remitir a Pasto, y le supliqué, me dijo, que le hiciese el favor de incluirle una carta que acaba de recibir de Bogotá y al ponerle otra incluyéndole la que había recibido, llegó el sargento Caicedo, anunciándome que venía de parte del general Sucre, que ese día llegaría a nuestra casa; pues a ella llegaba siempre al pasar por Popayán. Mi hermano le escribió, según su relato, una esquela en que le decía: te incluyo la adjunta carta que he recibido para ti, no puede ser más larga porque voy a recibir a Sucre que debe alojarse en casa. Obando contestó a mi hermano: He recibido tu carta, te la aprecio. Sucre no pasará de aquí. Con tono consternado me agregó mi hermano: desde ese momento no tuve tranquilidad. Las caballerías que había contratado Sucre para marchar le fueron embargadas y el dueño de ellas, señor Luciano Valdez, dio aviso al general Sucre que no podía seguir al día siguiente por esta razón y que le proporcionaría otras caballerías. Mi mujer, señora Mariana Arboleda, le manifestó al general Sucre que no debía seguir por Pasto; que ese embargo de las caballerías

a un hombre de su categoría, algo significaba. El general Sucre no creía en nada desfavorable para él, y se empeñó en seguir, como lo verificó. El 11 de junio estaba mi hermano a la mesa con mi mujer, el señor Lino de Pombo, Rafael Mosquera, nuestro primo, y otros amigos, cuando entró un sirviente de mi hermano, llamado Camilo, y le dijo: Mi amo, acaba de llegar el comandante Sarria y ha dicho en la gallera que han asesinado al general Sucre en la montaña de Berruecos. Rafael Mosquera, dando un golpe sobre la mesa exclamó: ¡la carta! Levantándose todos de la mesa, se fueron a la sala. Mi hermano dijo a sus amigos, presentándoles la carta de Obando: ¡esta carta y la que recibí de Bogotá pueden formar el sumario de un proceso; yo soy inocente, y quemo estos documentos porque mi carácter sacerdotal así lo exige! En época posterior le refería esto al señor Mariano Calvo, porque éste estaba creyendo que era Flores quien había mandado a asesinar a Sucre. Me pidió permiso para hablar con el Arzobispo sobre este particular y le dije que no tenía embarazo. El Arzobispo le repitió cuanto me había dicho y el señor Calvo quedó asombrado de una trama tan infernal. Andando los tiempos fui en 1847 a Antioquia, y averiguando por la existencia de Jesús Manuel Elizalde, se me aseguró que estaba lazarino en un pueblo inmediato a aquella ciudad. Me trasladé a él para informarme de su propia boca de lo que hubiese en la comisión que llevó; y me dijo, exclamando: ¡ Ay, general ! Estoy lazarino y tal vez es un castigo de Dios por haber llevado unos pliegos al general López, que me dijo mi patrón Luis Montoya que eran muy interesantes; y que debía marchar a Neiva a entregarlos, dándome una mula de silla para que hiciese el viaje con

prontitud. El general López hizo llamar inmediatamente a don Carlos Bonilla para comprometerlo a que en el paso de "Domingo Arias" del río Magdalena volcaran la canoa en que fuera Sucre para ahogarle. El señor Bonilla se indignó y se negó a ello. Elizalde oyó la discusión, y me dijo: que desde ese momento se había afligido temiendo las consecuencias. Graves fueron las meditaciones que tuve habiendo completado el descubrimiento de los verdaderos autores del asesinato de Sucre. ¿ Cuáles fueron los motivos políticos que indujeron a los autores del delito a perpetrarlo?

«¿ Cuál la debilidad de López y Obando, para prestarse a buscar asesinos para inmolar al esclarecido Sucre en una encrucijada en la montaña de Berruecos? Mi hermano el señor Joaquín Mosquera, al marchar de Popayán a encargarse del Poder Ejecutivo, se encontró a tres leguas de Popayán con el general Sucre, en la Parroquia de Paniquitá: durmieron en el mismo lugar y se entretuvieron esa noche, discutiendo el modo como podría contrariarse la revolución que se veía venir de parte de Flores con motivo del decreto de que hemos hablado, de 5 de mayo. Cuando por una casualidad se descubrió lo que todos sospechábamos: quién había sido el verdadero asesino de Sucre: diez años de este fatal acontecimiento se siguió la causa por todos los trámites regulares de un juicio, y fue condenado a muerte y ejecutado en la plaza de Bogotá, el reo principal Apolinar Morillo quien antes de morir exclamó en el patíbulo: "que él pagaba con su vida el crimen que había cometido; pero que otras personas al oír los tiros que se disparaban contra sus corazón, debían pedir perdón a Dios, por haber tramado el delito porque él era castigado.»

Antes de hacer el comentario obligado, debo decir que Martínez Delgado rechaza todo el contenido por motivos fútiles, que ya habían sido anotados por el doctor Rufino Cuervo. El relato es deficiente en lugares, quizás fechas, uno que otro nombre, entre ellos el del doctor Vicente Azuero, y seguramente no tiene la excelsitud idiomática de una buena escritura. Mosquera, en verdad, no era un buen escritor. Pero se hacía entender, al igual que Obando. Se sabe que las memorias de Páez se las escribió Rafael Pombo. Sin embargo, esas no son razones suficientes para desechar el fondo de las gravísimas revelaciones que hace el Gran General. Son evidentemente pobres las objeciones que recitan: ¿por qué lo escribió tardíamente ? Primero, porque él mismo lo dice, tuvo conocimientos posteriores que antes no tuvo. Segundo, porque son unas memorias que se escriben, de ordinario, al final de la vida.

Pero, con las advertencias que hace el señor Rufino Cuervo, que son válidas, es preciso aducir de entrada que el hecho de que la Academia de Historia haya comprado el manuscrito, así fuere en copia, si es que en copia lo adquirió, indica la veracidad que le atribuye. Y que lo haya publicado es ya, de por sí, un aval de seriedad. No otra cosa podía hacer una entidad de tanta prestancia como esa en relación con las memorias de un hombre tan respetable y acatado como lo fue el general Mosquera, grande hasta en sus errores.

Además es preciso tener en cuenta que ese mismo Mosquera, al escribir ese texto a la edad de 72 años, ya venía del pasado. No era un hombre de futuro. Todo lo había sido en el pretérito, y había dejado los odios, que acendradamente cultivó, en la cesta de una serenidad que al fin ganó, cuan-

do se hizo alcalde de Coconuco y vivió de recuerdos en su hacienda.

Pero a eso es preciso agregar que en relación con Obando ya no le asistía emulación alguna como en la juventud, ni lo lastimaba el recuerdo de La Ladera, ni siquiera le enorgullecía el desplante que le hizo en el campo del honor con gran desprecio.

No. Obando murió bajo el amparo del sentimiento de amistad de Mosquera. Y con la soberbia de su talante –como se dejó atrás apuntado–, vengó su muerte, inflexible aun ante los ruegos de clemencia de su propia hija.

Y tampoco es de desecharse que él mismo, que había perseguido con furor a Obando más allá de las líneas territoriales de la República en el convencimiento de que éste era réprobo de un crimen repugnante, fue precisamente como presidente el que le otorgó el decreto definitivo de amnistía, como también se ha visto en páginas anteriores de esta obra. O sea que todo puede decirse de Mosquera, menos que en el escrito final haya podido desequilibrar sus memorias con actos de pasión o rencor que había limado el tiempo.

En escrito de 20 de julio de 1867 dirigido al Senado, que lo estaba juzgando y lo condenó finalmente por violación de la Constitución como Primer Magistrado de la Nación, Mosquera, al presentar su autobiografía, en la parte pertinente se expresa de Obando, para entonces muerto y ya no su enemigo, como sigue:[59]

[59] *Bolívar y Mosquera*, edición del Banco del Estado, 1978.

"El Presidente, General Obando, fue juzgado ante el Senado y sometido a juicio criminal ante la Corte Suprema. Se hizo con él lo que se quiere hacer conmigo; aplicar las disposiciones de la Constitución de 1843, y proceder con arreglo a una ley abrogada por la Constitución de 1853.

"El día que se discutía la Sentencia en el Senado se prolongó extraordinariamente la discusión, y ciertos individuos constituidos en autoridad, de los cuales han muerto los dos principales, resolvieron hacer una revolución, asesinando a Obando y a Melo y proclamar un dictador. Algunos pensaban en mí; pero no llegaron a proponérmelo. Súpolo el Barón Goury du Rosean, Ministro de Francia, y fue personalmente a mi casa a decirme que impidiese tal escándalo. El General Espina, segundo jefe del ejército que yo mandaba, fue a informarme sobre lo mismo. Hice llamar al General Briceño, que desempeñaba la Gobernación de Cundinamarca, para que tomásemos medidas para evitar aquel crimen. Fui a la plaza mayor y allí encontré ya el tumulto. Manifesté a los principales conspiradores que yo no permitiría tal exceso, y mandé redoblar la guardia que custodiaba al Presidente preso, para salvar su persona, encargando de este servicio al sargento mayor Vélez. He aquí el motivo por el cual el General Obando, mi enemigo político, volvió a ser mi amigo personal".

Y agrega:

"He concluido el cuadro de mi vida pública." (…)

Realmente admirable ese hombre rijoso, pasional, excesivo a veces, pero compenetrado de un gran sentido del deber y de la historia.

Tal era el general Tomás Cipriano de Mosquera, valeroso y arrogante, pero hombre de principios elevados y altruistas. Ante él, puede afirmarse con seguridad, nadie osaría defender la idea de que estuviere mintiendo tres años después, casi que *in artículo mortis,* y nada menos que en sus memorias, para agredir injustamente la memoria de quien fue alternativamente su amigo, su enemigo, otra vez su amigo, y cuya vida entregó en defensa de los principios y batallas que peleaba ese gran general. Eso que sostuvo en el escrito final merece el respeto que en vida se le tuvo a Mosquera, y en la muerte también.

Porque Mosquera es respetable como pocos hay en la historia de Colombia. Y no se ve alumbrar, por parte alguna, una sola razón para que edificara al final de su vida una bellaquería contra el hombre que murió en el cálido rincón de su amistad.

El relato sobre la confidencia, muy familiar por cierto, que le hace el Arzobispo en relación con la carta de Obando y la de Bogotá que el Arzobispo inocentemente envió a aquél, es sencillo, sobrio, desapasionado, aunque con la fuerza natural de los acontecimientos que desató la misiva.

La pregunta de Mosquera acerca de la razón para que López y Obando se hubieran vinculado a una acción tan abominable, no la contesta él. Pero la respuesta es obvia: por disciplina de partido. O mejor, de bandería. Sí, eso fue lo que ocurrió porque los dos, López y Obando, eran hombres de ese partido que desvió su camino y llegó hasta la sima inconcebible de intentar asesinar a Bolívar y luego, con torcidos cálculos políticos, decretar la muerte de Abel.

Todo esto se reafirma cuando cualquiera siente que en esas memorias podría permitirse Mosquera el retozo de sus viejos sentimientos, si es que para entonces hubiera seguido con el aguijón del odio contra ese hombre al que vengó y cuya mano calentó en su mano y compartió con él el vivac y los azares de la guerra, liberales ambos para la época; pero de ninguna manera podría haber vinculado a su hermano el Arzobispo en todo ese relato –que no deja bien parado, por cierto, al prelado, como que las razones del culto no son suficientes para guardar silencio en relación con tan graves conocimientos que ameritaban su denuncia. Pero eran razones muy respetables del Primado–. Esa vinculación a su hermano no se concibe de no ser religiosamente cierto lo que afirma. Adicionalmente debe agregarse que lo allí consignado se ratifica, aunque parcialmente, con lo dicho por el Arzobispo en la carta a don Ignacio Gutiérrez que hemos visto unas páginas atrás.

Nadie puede inventar la historia del señor Elizalde, a quien el temperamento de Mosquera lo lleva a buscar en un pueblecito de Antioquia para verificar su versión, leproso como estaba, en la creencia de que pagaba un castigo de Dios por la villanía de un crimen en el que fue cómplice necesario, como mensajero. Y la confirmación que Elizalde le hace.

O sea que todos estos hechos y sus pruebas conducen, independientemente de argumentos o argucias un tanto acomodadas para defender lo que resulta indefensable, a la convicción absoluta de que Obando, hombre de doble faz, fue el autor del magnicidio con las complicidades y participaciones que se han visto con tanto detalle. Y se comprende

que un hombre de la recia personalidad de Mosquera hubiere estado indignado durante todos los años en que lo estuvo con Obando, el amigo de su niñez, de cacerías, el émulo en los ardores de la guerra y en las ambiciones personales de la vida, al saber, con toda la convicción de su alma, que era el brazo ejecutor de un crimen, el más atroz y canallesco de cuantos se han agotado en esta tierra de violentos.

Un sentido natural de justicia lleva a los seres humanos a repudiar el crimen, hayan pasado los años que fueren. Es el mismo rechazo que sentimos por la acción de Caín. O por el magnicidio de Lincoln. O por el asesinato de Jaurés. Y es precisamente por él que mantenemos la recóndita aspiración de que se sancione, así sea moralmente, al criminal. Al escribir este libro afloran tales motivaciones sicológicas en relación con el mal que significó la muerte alevosa, traidora y despiadada del mariscal Sucre. Se ha demostrado a plenitud la culpabilidad del general Obando y sus secuaces, y puede, finalmente, sostenerse que los levantamientos armados por él contra la justicia y aun su sufrimiento en el largo camino de la selva, o su pobreza en el Perú, no pueden convertirse en bien o juzgar la culpabilidad manifiesta, o hacer que se piense en el facilismo de que ya fue suficiente castigo. No. El juicio de la historia no debe festinarse ni ablandarse, por más que el corazón se conduela con ese ser desgraciado que se llamó José María Obando... o Iragorri.

ricos: *Momentos y personajes de la historia*, (tres tomos), *La separación de Panamá*, al igual que otro volumen de variadas prosas, *Notas del caminante*, y tres libros más de poemas, en todos los cuales muestra una escritura elegante, fina y muy bien elaborada. Es un escritor versátil, erudito y severo. Además es miembro de las Academias de Historia del Valle del Cauca y de Santander.

En el libro que hoy presenta Editora Feriva S.A. penetra el doctor Barona Mesa con agudo bisturí en los recónditos espacios de la historia, sobre un tema aún sensible, doloroso y en cierta manera urticante. Pero lo hace con rigurosa imparcialidad a la luz de toda la documentación existente; y cuando formula su juicio final, aun en contra de su inocultable simpatía hacia el que cree el autor del magnicidio, lo hace con la autoridad de sus probadas disciplinas en el campo jurídico, para que la historia tenga en él un elemento formidable de convicción.

Un sentido natural de justicia lleva a los seres humanos a repudiar el crimen, hayan pasado los años que fueren. Es el mismo rechazo que sentimos por la acción de Caín. O por el magnicidio de Lincoln. O por el asesinato de Jaurés. Y es precisamente por él que mantenemos la recóndita aspiración de que se sancione, así sea moralmente, al criminal. Al escribir este libro afloran tales motivaciones sicológicas en relación con el mal que significó la muerte alevosa, traidora y despiadada del mariscal Sucre. Se ha demostrado a plenitud la culpabilidad del general Obando y sus secuaces, y puede, finalmente, sostenerse que los levantamientos armados por él contra la justicia y aun su sufrimiento en el largo camino de la selva, o su pobreza en el Perú, no pueden convertirse en bien o enjugar la culpabilidad manifiesta, o hacer que se piense en el facilismo de que ya fue suficiente castigo. No. El juicio de la historia no debe festinarse ni ablandarse, por más que el corazón se conduela con ese ser desgraciado que se llamó José María Obando... o Iragorri.

ISBN 958-97794-5-X

9 789589 779453